

Manolo Pichardo

La izquierda
democrática en
América Latina



La izquierda democrática en América Latina

Manolo Pichardo

LA IZQUIERDA DEMOCRÁTICA
EN AMÉRICA LATINA



La izquierda democrática en América Latina

Manolo Pichardo

ISBN: 978-9945-609-22-6

2017

Editorial SANTUARIO

Av. Pedro Henríquez Ureña No. 134,

La Esperilla, Santo Domingo, Rep. Dom.

E-mail: editorialsantuario@gmail.com

<http://editorialsantuario.blogspot.com>

Tels.: 809 412-2447; 809 637-1918

Corrección: Miguel Wisky

Diagramación:

Amado Santana (amado_alexiss@yahoo.com)

(809) 477-5602

Diseño de portada: Náyila Pichardo

Impresión: Editora Búho

Impreso en República Dominicana

Printed in The Dominican Republic

Índice

Breve exordio	9
Prólogo	15
FERNANDO LUGO	
Preámbulo	21
Nacimiento de los conceptos izquierda y derecha	31
El impacto de la gestión de Lula	35
Uruguay y el Frente Amplio	53
De Carlos Menem a los Kirchner	59
Los empresarios y el socialliberalismo	75
La Coppel y el Foro de Sao Paulo	87
El ascenso de Evo Morales	97
Correa y la revolución ciudadana	109
El Paraguay de Fernando Lugo	121
Hugo Chávez: Inicio del efecto dominó	133
Ollanta Humala: Impulsado por la izquierda, atrapado en la derecha	153
Retorno del sandinismo por la vía electoral	157
Schafik Hándal no pudo, Mauricio Funes inició	165
El Plan Atlanta	173

Breve exordio

El trabajo que entrego al público en este volumen es el producto de la ampliación de una serie de artículos breves que publiqué en el periódico Listín Diario bajo el título *La izquierda democrática*. No pretendía escribir más de una entrega ya que su publicación obedeció al impulso de responder en solitario un análisis periodístico del comunicador cubano-estadounidense Carlos Alberto Montaner, reproducido por el diario mencionado el 3 de enero de 2011 con el encabezado *Agonía y muerte de la izquierda democrática*.

Mi “respuesta” no iba dirigida al autor del análisis, sino a mis lectores, algunos de los cuales me habían hablado sobre aquella publicación y sugirieron que me refiriera a ella, cuestión que había contemplado e hice 10 días después de la aparición de aquel trabajo en el mismo rotativo, el que ha acogido mi columna Umbral durante más de una década. Mi trabajo, sin embargo, no dejó satisfecho al grueso de los que siguen o seguían mi espacio, por lo que el mismo día de la entrega me pidieron (los más íntimos a modo de exigencia) ampliar las ideas expuestas en el artículo, sugerencia que atendí hasta la publicación 43.

Haber extendido hasta 43 entregas mi columna semanal con el tema en cuestión, llevó a una parte de esos lectores a pedirme

que siguiera escribiendo sobre la izquierda democrática en América Latina, a sugerirme recoger en un volumen lo publicado en el diario, lo que me tomé menos en serio debido a que mis compromisos políticos no me dejaban espacio para un proyecto que me desviaría de tareas impostergables y con plazos fatales. Esto explica que desde la última publicación de la serie hasta la salida del libro hayan pasado cinco años, un desfase que me obligó a la actualización de algunos datos y procesos políticos que para en 2011 estaban en desarrollo y para el 2017 evolucionan en el mismo hilo histórico conductor que pauta el presente y proyecta el futuro latinoamericano.

Como verá el lector, inicié abordando el significado de los conceptos izquierda y derecha; el nacimiento, la evolución de éstos y sus derivaciones, con la idea de que en lo adelante se vieran con mayor claridad los acontecimientos que en el orden político, económico y social se han producido a partir de los debates entre jacobinos y girondinos durante el proceso revolucionario francés que liquidó los remanentes feudales que, desplazados en el ámbito de la producción, se mantenían en lo político desde la monarquía absoluta.

Era necesario abordar los procesos históricos desde la óptica del desarrollo de las ciencias, el avance de la tecnología y las relaciones entre las distintas fuerzas sociales para exponer la evolución de los conceptos y las definiciones que se desprenden a partir de los contextos y matices derivados del desarrollo desigual del capitalismo, aun en un mismo espacio continental como el americano, en el que por un lado está los Estados Unidos como la más alta expresión del sistema, y por el otro América Latina, que arrastra un rezago que coloca a la región en un estadio de relaciones productivas que el país del norte no proyectó ni desde la instalación de las 13 colonias.

Bajo estas premisas me dispuse analizar lo que significó o significa la izquierda democrática en América Latina, su vigencia y fortaleza, contrario a la afirmación de Montaner de que ha muerto. Y mi aseveración de que ésta no ha fallecido tiene que ver con su evolución y el inicio de una etapa marcada por la llegada al poder del presidente Hugo Chávez, que aunque no lo menciono en el texto tuvo sus raíces en el ascenso a la administración del Estado del Partido de la Liberación Dominicana (PLD) en 1996 bajo el liderazgo de Leonel Fernández, heredero de Juan Bosch que concibió un partido de liberación nacional de orientación marxista no leninista para gobernar en alianza con sectores progresistas de la sociedad contra la oligarquía dominicana como había manifestado en su tesis *Dictadura con respaldo popular* antes de concebir la nueva formación política que su sucesor llevaría al poder.

Por fuerza de los giros históricos, el triunfo electoral del PLD en 1996 hubo de producirse en alianza con las fuerzas conservadoras, y en un momento en que las ráfagas del aplastante triunfo de Occidente contra las democracias populares se manifestaban en el poder de las políticas neoliberales que imponía los Estados Unidos, país que estuvo detrás del golpe de Estado al padre político de Fernández, por lo que éste debió manejar su impronta de izquierda con la cautela que ameritaba el contexto, aunque dando señales de acercamiento con los gobiernos amigos del PLD, como el cubano y su posterior relación con los de izquierda surgidos de las urnas a partir de la ola marcada por Chávez.

La llegada del PLD al poder constituyó el prelude del efecto dominó que cambiaría el mapa político latinoamericano de la mano de las fuerzas sociales que utilizaron como instrumento partidos y líderes, en una combinación que comenzó a abrir caminos hacia la prosperidad social desde las distintas realidades, como podremos

ver en el desarrollo del libro en el que abordo en detalles el desempeño de cada uno de los gobiernos que, desde una perspectiva de izquierda o progresista, han administrado o administran el Estado.

El recorrido que hago no solo me llevó a analizar los éxitos de los gobiernos progresistas, sino a señalar errores que se han cometido en términos individuales y los que como región venimos arrastrando sin que se les haya puesto atención. Y uno de ellos es el referido al proceso de desindustrialización y primarización de nuestras economías, al poco avance en el proceso de integración regional o los subregionales, como el Mercosur y el SICA.

Al final dedico un espacio para tocar el tema de las conspiraciones contra los gobiernos progresistas, al referirme a lo que he denominado Plan Atlanta, que definió como objetivo sacar por vía no electoral a los gobernantes progresistas que alcanzaron el poder a través del voto popular. Este plan derivó en los llamados golpes suaves que han resultado exitosos. Y, como para ir estilizando su urdimbre, aunque no tuve tiempo de abordarlo en el libro, parece que crearon una variante del plan que busca ganar el poder utilizando las propias fuerzas progresistas; así, por ejemplo, llama la atención que Luis Almagro, canciller del expresidente José (Pepe) Mujica, alcanzara la secretaría general de la Organización de Estados Americanos (OEA) por el apoyo que recibió de gobiernos de corte progresista, y ya instalado como máxima autoridad del organismo regional, asumiera una actitud hostil, militante y sistemática contra los que lo impulsaron.

Michel Temer, llegó a la vicepresidencia de Brasil de la mano de Dilma Rousseff y el Partido de los Trabajadores, PT, que fundó y lidera Luiz Inácio “Lula” da Silva. El aliado fue reclutado, como explico en el capítulo dedicado a Brasil, para liderar la trama en contra de la presidenta con la finalidad de desmontar todos los

programas que se venían implementando desde el anterior gobierno del PT en favor de las grandes mayorías con resultados tan contundentes como la salida de la pobreza de 40 millones de personas.

Dos casos podrían constituir una coincidencia, pero un tercero debe llamar la atención sobre un comportamiento inducido. Por ello una alerta se enciende en el caso de Ecuador con el triunfo de Lenín Moreno, hombre de confianza de Rafael Correa, que a poco de asumir el poder se distanció de él y los principales dirigentes de Alianza País, los que le acusan de traicionar al movimiento y pactar con los derrotados en las elecciones para poner en ejecución el programa de gobierno de la oposición que procura desmontar lo construido por la Revolución Ciudadana.

Este elemento abre un espacio para la reflexión, por ello, aunque no constituye parte del cuerpo del texto que pongo en manos del lector, lo abordo en este exordio por considerarlo de importancia y entender que en la división de las fuerzas progresistas, la penetración de éstas o el reclutamiento de sus militantes, podría estar el futuro en la lucha por el poder, cuestión que comienza a generar desconfianza y confusión en las izquierdas.

Prólogo

FERNANDO LUGO¹

Manolo Pichardo, una de las personalidades políticas más influyentes en América Latina, nos entrega una obra que indudablemente será de lectura y consulta obligatoria, “La izquierda democrática en América Latina”.

Con gran profundidad y, al mismo tiempo, capacidad de síntesis, Pichardo no sólo repasa los principales proyectos progresistas latinoamericanos del siglo XXI, sino que explica con contundencia la importancia que ha adquirido la izquierda democrática en la región. Cómo, luego de aplicarse a rajatabla el Consenso de Washington en toda la década de 1990, al caer el denominado socialismo real, los pueblos de América Latina emergieron con mucha más fuerza que la población de otras regiones del planeta enarbolando los nuevos postulados de una izquierda democrática.

¹ Fernando Armindo Lugo Méndez (1951), presidente del Paraguay de 2008 a 2012. Destituído en junio de 2012 burdamente por un golpe de Estado parlamentario que le dio menos de 24 horas para su defensa en base a acusaciones que sus propios verdugos reconocieron que no estaban de ninguna manera probadas; fue electo senador por el Frente Guasú (2013-2018) y es hoy presidente del Congreso paraguayo. Además, encabeza todos los sondeos para ser nuevamente presidente de la República, habiendo sido proscrito a presentarse al cargo (diciembre de 2016) un año y dos meses antes de que se inicie el período de tachas y reclamos (febrero del 2018). En todas las encuestas, su gobierno es calificado por la mayoría de la población como la mejor gestión en el último cuarto de siglo.

En el preámbulo nos detalla en forma precisa y sintética cómo se dio el resurgir de una nueva izquierda democrática, de un progresismo aggiornato, debido en gran medida al colapso de la vieja izquierda. Dice Manolo muy certeramente que *“la inevitable muerte del Socialismo Real mantuvo con vida al capitalismo que, asumiéndose solo, habiendo derrotado al socialismo al estilo europeo, o soviético, diseñó un plan para reducir al Estado a su más mínima expresión y con ello entregar al mercado el destino económico del planeta”*. Ese predominio absoluto del mercado condujo al *“llamado Consenso de Washington, para dejar desamparadas a las masas y entregar el destino de todos a capitalistas aferrados a las desregulaciones que les permitieron comenzar a saciar la glotonería de un sistema que se hacía más salvaje e inhumano”*, sintetiza muy bien Pichardo.

¿Por qué surge el progresismo con fuerza significativa en América Latina, a inicios del siglo XXI? Manolo lo responde con gran claridad, señalando que cumplió un rol trascendente *“la arrogancia con que el capitalismo asumió su victoria frente al socialismo (real) para dejar a la intemperie a los pueblos del mundo, (y ello) despertó la llama de las ideas progresistas”*.

La trascendencia del cambio que protagonizó la renovada izquierda latinoamericana es destacada a partir de la irrupción de Chávez, a finales del siglo XX. Al respecto, señala que *“en América Latina, la región más desigual del planeta, se comenzó a articular un movimiento que creó la ola independentista que inició con Hugo Chávez y arropó a todo el continente que se hizo dueño de su propio destino”*, dejando así en claro que fue decisiva la revolución bolivariana de Venezuela, para el resurgimiento del ciclo progresista del área. Sostiene, con fundamento, que *“el triunfo de Hugo Chávez en Venezuela... representa el punto de inflexión que marca el inicio de oleadas de partidos de izquierda que comienzan a asumir el poder”* en la zona.

En su texto, Pichardo analiza no sólo lo general, sino cada uno de los procesos progresistas, con sus avances y retrocesos, convirtiéndolo en un compendio de indudable valor, por su profundidad y amplitud, una ecuación no fácil de alcanzar. En el caso de cada uno de los análisis particulares, se comprueba su conocimiento profundo de la realidad de cada país latinoamericano, siempre en función de la nueva “ola independentista” que se concretó, como bien lo señala en su estudio, en organismos históricos como la *“Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, CELAC, que se levanta sin la tutoría del llamado Hermano Mayor”*.

Para Pichardo son Lula y el PT quienes consolidaron el proceso progresista en la región. Afirma que *“Brasil, desde la izquierda, comenzó a administrar el capitalismo con más éxito que sus representantes, pues en ocho años, durante el gobierno del presidente Luiz Inácio Lula da Silva, 40 millones de ciudadanos y ciudadanas salieron de la pobreza y 16 ingresaron al mercado laboral”*.

Así como narra el éxito de la izquierda democrática en Brasil, Pichardo detalla también cómo similares proyectos progresistas consiguieron cambiar a Uruguay, Argentina, Bolivia, Ecuador, Venezuela, Paraguay, Nicaragua y El Salvador. También sintetiza por qué fracasó el proceso que se inició en Perú, con la elección de Ollanta Umala.

Indudablemente, uno de los aportes más importantes del acabado estudio de Pichardo es el análisis del “Plan Atlanta”, bajo cuyo influjo estamos viviendo en la región. Lo diferencia claramente del “Plan Cóndor”, la tenebrosa coordinación de las dictaduras militares que terminó con la vida de decenas de miles luchadores políticos y sociales progresistas en la década de 1970. Entiende, con razón, que son dos planes con objetivos similares pero métodos enteramente diferentes.

La causa del “Plan Atlanta”, la sitúa Manolo Pichardo en *“el ascenso al poder por vía electoral de partidos progresistas a todo lo largo y ancho de América Latina, que como hemos visto, comenzó a cambiar la suerte de nuestra región para beneficio de nuestros intereses y contra el despojo... durante más de 500 años... esta nueva realidad provocó una rearticulación de las fuerzas de la derecha de nuestra región bajo la orientación de líderes conservadores latinoamericanos y potencias foráneas”*.

El “Plan Atlanta” se gesta, nos informa Pichardo, a partir del *“foro que reúne a líderes de todo el mundo bajo la sombrilla de la Fundación Paz Global que preside Hyun Jin Preston Moo, y la participación de la Conferencia Liderazgo Uruguay, el Instituto Patria Soñada y la Fundación Esquipulas”*. Cita, al respecto, un primer foro en el que participó en el 2011, en Brasilia.

Pichardo llama “Plan Atlanta” al que surge en esta ciudad de los EEUU de América, donde asistió al mismo foro detallado más arriba por segunda vez, en el 2012. Nos relata que *“la ciudad de Atlanta fue el escenario de este encuentro productivo, en el que se conformaría, como de hecho se conformó, la Misión Presidencial Latinoamericana, que reúne a expresidentes de nuestra región, la que al final suscribió la denominada Declaración de Atlanta, en la que entre otras cosas, expresan ‘la convicción de que se está ante una oportunidad histórica para que América (Norte, Centro y Sur), inicie una nueva era en sus relaciones, dejando atrás el pasado signado por desencuentros...’”*.

Nos relata Pichardo que *“sin embargo, antes de la firma de la declaración se produjo una reunión con estos expresidentes latinoamericanos en una suite del hotel Marriot, donde se desarrollaba el evento... que sirvió de escenario para revelar o diseñar... un plan que se comenzó a detallar a partir de la intervención de un expresidente suramericano que expresó en un típico lenguaje de guerra fría:*

‘Como no podemos ganarles a estos comunistas por la vía electoral les comparto lo que sigue...’.

Expresa que el plan expuesto consiste “*en dos pasos; el primero... iniciar una campaña de descrédito contra los presidentes de orientación de izquierda o progresistas para ir minando su liderazgo. Para ello decía contar con medios de comunicación... al abordar lo que sería la segunda etapa del plan, también hubo mención de algunos nombres de individuos ligados a las instituciones judiciales de la región comprometidos con la conspiración que llevarían a los llamados ‘Golpes Suaves’, encubiertos de juicios políticos...’.*”

Lo que nos describe Manolo Pichardo es efectivamente lo que ha ocurrido en los últimos años, como él bien nos lo recuerda. Desde los “Golpes Suaves” perpetrados en Honduras, Paraguay y finalmente Brasil, siendo éste el objetivo mayor, así como toda la campaña mediática y de injerencia de jueces comprometidos con la conspiración, como bien lo indica. La investigación aporta datos significativos de otras fuentes, como son los brindados por el exsenador del Frente Amplio del Uruguay, Carlos Baraibar.

El Plan Atlanta, entonces, lleva cinco años de aplicación y, efectivamente, ha conseguido revertir la ola ascendente del progresismo en América Latina, que era de gran preocupación, como atinadamente puntualiza Pichardo, para los poderes dominantes de la región.

Lo que no ha conseguido el Plan Atlanta es derrotar enteramente al progresismo, que sigue dando la batalla aún bajo circunstancias mucho más difíciles que hace cinco años, cuando fue creado.

Pichardo rechaza que se quiera equiparar al “Plan Atlanta”, en curso, con el “Plan Cóndor”, de la década de 1970, pues los contextos —este último en plena Guerra Fría y bajo dictaduras militares— son enteramente distintos. Pero no por ello sus objetivos finales son diferentes: lo que buscan los sectores de derecha

regional y extrarregional es desestabilizar –como lo hicieron con Allende en 1973– a los gobiernos progresistas actuales y, quitados del gobierno (Honduras, Paraguay, Brasil, Argentina), minar su capacidad de reacción a través de una persecución mediática y judicial de sus principales figuras.

La cuestión no es que la derecha –el caballo del comisario– compita limpiamente en elecciones con el progresismo, agregamos nosotros, sino impedir la participación de los principales líderes progresistas, como buscan proscribir a Lula en Brasil, a Cristina en Argentina, a Sendic en Uruguay, a Zelaya en Honduras y a mí, en el Paraguay, como ya lo han hecho a través de un fallo extemporáneo e inconstitucional. Todo ello, como han dicho los que impulsan este “Plan Atlanta”, para ganarles de otra forma, dado que *“(como) no podemos ganarles a estos comunistas por la vía electoral”*.

Este magnífico análisis que nos deja Manolo es para leerlo y releerlo una y otra vez, pues allí están nuestras venas abiertas, sangrantes, de toda América Latina. Están las traiciones a la democracia y nuestra misma soberanía, como región. Allí está también nuestra resistencia, nuestra lucha y nuestras utopías, más presentes hoy, incluso, que en el pasado.

En este libro están las claves para enfrentar mejor a quienes están implementando el “Plan Atlanta”, las claves para una victoria renovada del pueblo, para que continúe con más fuerza y consenso el proceso de emancipación de nuestra Patria Grande, que había cobrado nuevos bríos a inicios del siglo XXI.

En este libro están, también, nuestras victorias, nuestra dignidad y nuestra solidaridad. Y, estos últimos valores son los que impregnan el agudo y esclarecedor estudio de Pichardo. Son, agregamos nosotros con toda convicción, coincidiendo con Manolo, los valores que prevalecerán y nos permitirán tener una América Latina libre, justa y soberana.

Preámbulo

Los pantalones largos

Para que América Latina pudiera ponerse los pantalones largos, que diseñó Hugo Chávez con la llegada del progresismo a nuestra región, fueron necesarios 500 años de auge y la caída de potencias mundiales, de luchas por los mercados, de afianzamiento del capitalismo, de lucha entre dos sistemas económicos antagónicos, de recomposiciones geopolíticas, de las “independencias” que hace dos centurias nos dieron banderas, territorios, himnos y nacionalidades sin las libertades para definir nuestras acciones económicas y políticas.

El detonante estuvo en el triunfo de Occidente a inicios de la década de los 90, cuando Mijaíl Gorbachov, arrastrando todas las deficiencias de un régimen basado en una economía planificada que decidió prescindir del mercado para producir las riquezas que darían el estado de bienestar a la población, dio el tiro de gracia a lo que intentó construir Vladímir Ilich Uliánov, “Lenin”, a partir del 1917 con el triunfo de la Revolución Bolchevique, que obvió los pronósticos de Carlos Marx, en el sentido de que la revolución socialista llegaría primero allí donde el capitalismo hubiera alcanzado su mayor desarrollo.

No era posible, a la luz del análisis del autor del Manifiesto Comunista, construir desde el pre capitalismo un Estado socialista donde la clase obrera sería el alma del sistema. De ahí que, países que no superaban aún las relaciones de producción feudal, no podían dar el salto hacia un esquema de producción que descansara en el proletariado, cuando éste era superado por el campesino que todavía seguía adscrito a la tierra, o unido a ella por inercia o los rezagos de un capitalismo mercantil que ni se acercaba a coquetear con la industrialización, como ocurría con los países que formaron parte de la Unión Soviética.

Así pues, la inevitable muerte del Socialismo Real mantuvo con vida al capitalismo que, asumiéndose solo, habiendo derrotado al socialismo al estilo europeo, o soviético, diseñó un plan para reducir al Estado a su más mínima expresión y con ello entregar al mercado el destino económico del planeta. Y para que éste nadara a sus anchas, sus representantes más conspicuos derribaron todas las barreras que de algún modo fueron las responsables del estado de bienestar en algunos países capitalistas con rostro humano, confiando, según predicaban, en la mano invisible de Adam Smith, para que su magia arreglara cualquier distorsión que dañara a las mayorías.

En medio de ese afán se diseñan las políticas del llamado Consenso de Washington, para dejar desamparadas a las masas y entregar el destino de todos a capitalistas aferrados a las desregulaciones que les permitieron comenzar a saciar la glotonería de un sistema que se hacía más salvaje e inhumano, que comenzó a producir riquezas como nunca para engullírselas, para acumularlas en detrimento de los que siempre las han producido.

De esta forma se reeditaba el liberalismo económico que comenzó a hacer estragos, a generar pobreza y pobreza extrema, de suerte que, la arrogancia con que el capitalismo asumió su victoria

frente al socialismo para dejar a la intemperie a los pueblos del mundo, despertó la llama de las ideas progresistas diseminadas entre comunistas y socialistas, y de los socialdemócratas que ya estaban en manos del neoliberalismo, y a partir de entonces, en América Latina, la región más desigual del planeta, se comenzó a articular un movimiento que creó la ola independentista que inició con Hugo Chávez y arrojó a todo el continente que se hizo dueño de su propio destino, lo que trajo como consecuencia la articulación de alianzas conservadoras entre fuerzas nacionales y extranjeras que buscan desarticular la marcha del progresismo, valiéndole de toda suerte de estratagemas como explicaré en la última parte de este trabajo.

Los procónsules fueron forzados a entender el nuevo contexto, y las multinacionales a acogerse a nuevas reglas de juego que comenzaron a poner fin a sus obscenos e históricos modelos de explotación que, aunque muchas de ellas siguen operando en nuestros territorios, lo hacen en condiciones de respeto y bajo reglas jurídicas que defienden los intereses de los Estados que ahora representan a sus pueblos. Por ello ya las riquezas se quedan, y con las políticas de inclusión aplicadas por los gobiernos progresistas latinoamericanos y una más justa redistribución del ingreso derivada de ellas, se fue cambiando la realidad que hemos padecido por siglos.

Pero en medio de la emancipación y el crecimiento económico, que inició con una más justa distribución de las riquezas, experimentamos un proceso de desindustrialización que hace insostenible el crecimiento del PIB regional que desde la crisis económica que estalló en 2008 comenzó a dar signos de debilitamiento, pues desde la llegada de los europeos no hemos hecho más que exportar materia prima, que en una coyuntura de ebullición de la economía China, un importante socio comercial del

Sur, nos dio holgura, mas no solidez, pues resulta que la caída en el crecimiento del gigante ha tenido su impacto, pues dio inicio a la contracción de nuestras economías.

Es necesario entonces apostar a que nuestras exportaciones tengan valor agregado y que vayamos pensando en la integración regional para que construyamos no solo un gran mercado de 600 millones de consumidores y productores de riquezas, sino una unidad geoeconómica y política que convierta a nuestra región en una de las más ricas e influyentes del planeta, para que esto redunde en beneficio de nuestros ciudadanos y ciudadanas que deberán mejorar sus condiciones materiales y espirituales de existencia, que es alcanzar el estado de bienestar que nos hará vestir con los pantalones largos de la adultez.

Con una población joven, un ascenso demográfico que contrasta con el envejecimiento de la población en Europa (incluyendo a Rusia) y EE.UU, el tamaño de nuestra población y el exitoso manejo de las últimas y sucesivas crisis que, aunque han impactado de forma negativa en el crecimiento del PIB regional, nos colocan en una perspectiva de desarrollo sostenible, siempre y cuando pongamos atención al fenómeno de la “primarización” de las exportaciones para revertirlo.

Para que tengamos una idea de lo que ocurre, es necesario referir que en los últimos 10 años la industria manufacturera de México perdió tres puntos porcentuales del PIB; que en Brasil, entre el 2005 y el 2010, hubo una retracción al disminuir la participación manufacturera de 18.1 a 15.8 por ciento; que en Colombia el retroceso del sector manufacturero, desde el 2008 a la fecha, es de un 20 por ciento según estimaciones, y que en Argentina, a pesar de los esfuerzos hechos por las administraciones de los Kirchner para revertir un proceso de desindustrialización que inició en la década de los 80, el fenómeno no se ha podido detener.

La explotación excesiva de los recursos naturales para mantener un ritmo de exportaciones que nos permitan tener una balanza comercial equilibrada y el crecimiento económico que experimentamos en los últimos años, no sería necesaria si a lo que vendemos en el exterior le agregáramos valor, pues con menos materia prima y más participación de la industria, tendríamos mayores ganancias, ciudadanos con mayores ingresos, más capacidad de compra y, como consecuencia de esto, un gran mercado demandando bienes y servicios; de ahí que, la integración viene a jugar un papel fundamental para crear la gran unidad económica latinoamericana, la que devendrá en la unidad política que ya comenzamos a construir desde una Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, CELAC, que se levanta sin la tutoría del llamado Hermano Mayor.

El papel de Cuba

El acercamiento de los Estados Unidos a Cuba fue algo que algunos esperaban ocurriera durante el primer mandato del presidente Barack Obama, pero ocurrió debido a que si iniciaba los contactos de manera abierta durante los cuatro años de su primera administración, los lobos de la ultraderecha, que siguen anclados en la Guerra Fría y que por tanto no entienden que hay un reordenamiento global con pérdida de hegemonía de su país, desatarían los demonios para impedir un segundo mandato del líder estadounidense.

Obama debió posponer algunas de sus promesas de campaña hasta consolidar su liderazgo nacional, sensibilizando a la sociedad y al mismo establishment, expresado en los poderes del Estado y fácticos, donde se esconde el residuo de los odios ideológicos de la confrontación Este/Oeste, porque los representantes

fundamentales de estos grupos no se dan cuenta de que el mundo pasó a ser de bipolar a unipolar, y de éste, en el que creen estar, a multipolar, realidad que nos presenta un tablero geopolítico, geoeconómico, “geofinanciero” y “geocomercial” con actores nuevos que mueven las fichas conjugando estrategias para jaque mate en bloques.

Como sabemos, la unipolaridad ejercida por los Estados Unidos tras la caída del muro berlinés, trajo como consecuencia un retorno al liberalismo económico, como hemos afirmado, que puso como centro de las políticas públicas al mercado. Los países capitalistas ya no tenían que suavizar o contener el ímpetu de su naturaleza, expresada en el control del Estado para poner las ganancias de capitales como fin, ya que el referente socialista no existía como estímulo sedicioso que desembocara en las revoluciones populares que predicaban los sustentadores del Socialismo Real.

Los Estados Unidos junto a Gran Bretaña lideraron la brutal acometida contra todo lo que oliera a políticas sociales; el neoliberalismo se fue imponiendo entonces a través de fórmulas que, según sus promotores, crearían las condiciones para impulsar el desarrollo global. Las fórmulas estaban contenidas en el recetario del Consenso de Washington, que el Tesoro, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo impusieron, sin estudiar las distintas realidades políticas, económicas y sociales de los países.

Es conocido que la implementación de estas políticas derivó en crecimiento económico con profundización de la pobreza; esto es, acumulación de riquezas por parte de unos pocos y carencias materiales para las mayorías. También afirmamos que este cuadro reactivó el discurso de los partidos de izquierda, sobre todo en América Latina, que pasaron de no tener referente ideológico, tras el colapso de las democracias populares, a articular nuevas

alianzas, en un amalgama de posiciones ubicadas desde el extremo hasta el centro, para satisfacer las demandas de cambios de los pueblos de nuestro hemisferio, atrapados en un cada vez más obscuro cuadro de desigualdades sociales y económicas.

El triunfo de Hugo Chávez en Venezuela, como sugerimos antes, representa el punto de inflexión que marca el inicio de oleadas de partidos de izquierda que comienzan a asumir el poder e incluso uno, como el peronismo en Argentina, que se recicló, y pasó de ejercer un gobierno de corte neoliberal con Carlos Menem, a recuperar la administración de la mano de Néstor Kirchner, para gobernar desde una visión de izquierda.

Con el presidente Chávez, como ficha de vanguardia, se inicia el efecto dominó que alcanzó casi a toda la geografía latinoamericana, con las excepciones de Colombia, Panamá, México y Guatemala, porque Costa Rica, bajo el liderazgo de Oscar Arias y Liberación Nacional, a pesar de la cercanía tradicional con los EE.UU, decidió establecer relaciones con China, competidor, por la hegemonía mundial, con el poder del norte de nuestra América. Honduras y Paraguay fueron frenados por golpes de Estado de formas y estilos distintos, y en Perú, con Ollanta Humala, que alcanzó el poder con las fuerzas de izquierda, abandonó el carril seducido por las fuerzas conservadoras que actuaron bajo el rostro visible del escritor y fracasado político Mario Vargas Llosa.

Durante el proceso comicial siguiente lograron imponer a Pedro Pablo Kuczynski, tras cerrarle las puertas al fujimorismo; un fantasma que parece perturbar la paz del premio Nobel de literatura peruano y de los sectores que no pudieron tener control del gobierno de Alberto, un presidente que encabezó uno de los gobiernos más corruptos que haya padecido el pueblo peruano. Durante esa campaña electoral las fuerzas progresistas convergieron en el Frente Amplio que escogió como candidata a la

presidencia a la joven Verónica Mendoza, quien logró irrumpir en el escenario político electoral con un mensaje que caló en los sectores populares, aunque no logró rebasar la línea del tercer lugar ante el despliegue del poderío económico de las otras dos fuerzas que, finalmente, polarizaron en la segunda vuelta.

Sobre un nuevo tablero, Latinoamérica comenzó a definir su propia agenda. Este escenario hizo posible que el 17 de diciembre de 2008, el presidente de Brasil, Lula da Silva, convocara en Salvador de Bahía, la “Cumbre de América Latina y el Caribe sobre Integración y Desarrollo”, CALC, reunidos sin la participación de EE.UU, Canadá y Europa, para abordar los temas: Crisis alimentaria, crisis financiera, crisis energética y cambio climático.

Este evento se convirtió en la antesala de lo que sería la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, CELAC, una respuesta a la Organización de los Estados Americanos, OEA, instrumento creado por los Estados Unidos para legitimar sus acciones interventoras en la región, las que se expresaron en derrocamientos de presidentes, intervenciones militares y la creación de instituciones como la Escuela de Las Américas, con sede en Panamá, que sirvió para entrenar a golpistas, torturadores, terroristas y asesinos que fueron soportes de las políticas de Washington en nuestra región.

El nuevo teatro latinoamericano no solo sirvió para sepultar el Área de Libre Comercio para las Américas, ALCA, y crear la CELAC, sino para darle un giro diferente al acercamiento entre los países del Sur que procuraban la facilitación de comercio a través del MERCOSUR, acción que se expresó en la creación de la UNASUR, esquema que busca la integración política de los pueblos de la subregión.

No puede dudarse de que la mayoría de los partidos progresistas que están en el poder en América Latina han tenido como referente a la Revolución Cubana, y que los líderes de estas formaciones

construyeron un liderazgo bajo la influencia directa o indirecta del desaparecido Fidel Castro, por lo que en la creación de estos organismos políticos necesariamente hubo de estar la orientación del líder revolucionario. Esa fue la razón que llevó al fracaso a la VI Cumbre de las Américas en la que no se redactó un documento final porque los Estados Unidos y Canadá se negaron a abordar los temas “Bloqueo contra Cuba” y “Descolonización de Las Malvinas”.

Tras finalizar aquella cumbre los líderes latinoamericanos advirtieron a los Estados Unidos y Canadá que no habría otra edición del encuentro sin la presencia de Cuba. ¡Dicho y hecho! En la VII no solo estuvo el más grande país de las Antillas, sino que allí se anunció el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre la isla y el coloso del norte, porque la administración del presidente Obama entendió que en medio del reordenamiento global, Latinoamérica se consolidaba como bloque que no pretendía dejar fuera a ninguno de sus hermanos, y menos a Cuba, referente de lo que se construye ahora; por lo que el país que vio nacer a José Martí se constituyó en la puerta para llegar al resto, como lo admitió el mandatario estadounidense en su intervención ante la ONU el 28 de septiembre de 2015, cuando solicitó al país que dirigía terminar con el bloqueo económico y comercial a la tierra que permitió a Máximo Gómez pasar de ser un soldado al servicio de la corona española a un prócer antillano.

La desaceleración de nuestras economías

La desaceleración de las economías de América Latina tiene una estrecha relación con la crisis financiera mundial que estalló en 2008 y que se expandió por todo el planeta afectando la economía real con volatilidades en los precios de las materias primas, específicamente en los del petróleo, que en julio de ese

año alcanzó los 145 dólares el barril, y que para febrero de 2016 descendió por debajo de los 30 dólares.

El peligroso juego de la especulación, de las compras a futuro, de la economía de casino que llevaron al colapso a poderosos bancos como Lehman Brothers y calificadoras de riesgo incapaces de advertir el socavón de su propio piso, reeditó la desigualdad y la precarización del empleo desprendidas de la aplicación de las políticas del Consenso de Washington, males de los que no nos reponemos totalmente.

Pero algo queda claro, y es que en los países donde gobiernan o han gobernado los partidos de izquierda o progresistas, las grandes mayorías han logrado conquistas que pudieran resentirse por los efectos de la crisis, pero nunca desmontarse sin que ello desemboque en revueltas de indignados para impedir que se quiebre el estado de bienestar que se comenzó a construir en América Latina con el rescate de los recursos naturales, el frenazo al saqueo y la aplicación de políticas sociales que han conjurado las enormes desigualdades que todavía padecemos, porque las riquezas se comenzaron a repartir con mayor equidad.

En Argentina, a más de un año del gobierno de Mauricio Macri, ya con sus políticas antipopulares, los números comenzaron a revelar el alza del desempleo o la precarización de éste; los altos niveles de inflación y el incremento de la pobreza en un millón. No menos que este desplome de la prosperidad del pueblo comenzó a ocurrir en Brasil tras el golpe de Estado parlamentario contra Dilma Rousseff a manos de los sectores conservadores que el pueblo le había negado el poder por la vía del voto; el arrebato del poder que lastimó la institucionalidad democrática vino acompañado de recortes en el presupuesto dirigido a la implementación de políticas sociales, cuestiones de las que hablaré durante el desarrollo de este trabajo.

Nacimiento de los conceptos izquierda y derecha

Como el concepto izquierda ha sido sometido al vaivén histórico de las ideologías y sus matices a lo largo de los años que nos separan de la Revolución Francesa, doy inicio a este trabajo poniéndome en el escenario que dio origen a la voz que usamos para ubicar a los políticos de acuerdo al mensaje que promueven, y lo hago a propósito de la confusión que generó el desplome de los países donde funcionaba el llamado Socialismo Real, en la que el problema existencial llevó a la pregunta: ¿Qué significa ser de izquierda en el siglo XXI?

Durante el desarrollo de la Revolución Francesa, en la Convención de 1792, mientras se producían los debates que pretendían dar forma jurídica al proceso revolucionario, los jacobinos, diputados integrantes de un grupo político radical defensor de la soberanía popular y abanderado de la república y, por lo tanto, opositores a la monarquía y la Iglesia, se sentaban a la izquierda del salón; los girondinos, sentados a la derecha, representaban las posiciones moderadas que procuraban conciliar los postulados de la Revolución con instituciones del derrocado régimen como forma de alcanzar la reconciliación del pueblo francés.

Durante los debates se hizo costumbre entonces referirse a los grupos como los de la izquierda y los de la derecha; y así, estas

palabras, usadas en principio para identificar a los bloques de diputados por el lugar que ocupaban en el salón de debates, fueron tomando significación ideológica, porque se comenzó a vincular el área ocupada, con las posiciones asumidas en cada lado.

Así pues, los partidos, instituciones e incluso individuos que planteen cambios en la sociedad, que defiendan los intereses y derechos de las mayorías, aunque no necesariamente en la forma que lo hacían los jacobinos, son ubicados en la izquierda; y los que defienden el mantenimiento de los viejos hábitos sociales y están del lado del gobierno de los pocos o la oligarquía, son situados en la derecha.

En su evolución, el concepto izquierda ha devenido en un amalgama de discursos que la convirtieron en plural: las corrientes comenzaron a anidar en ella y los apellidos fueron necesarios para dejar establecido que, la revolucionaria, estrenada en Francia en el siglo XVIII y extendida al siglo XX de la mano de Lenin, Mao, Fidel, El Che y Ho Chi Minh, tenía su sello; y que la democrática, representada por Jacobo Arbenz, José Figueres, Juan Bosch, Rómulo Betancourt, Luis Muñoz Marín y Víctor Raúl Haya de la Torre; también la socialdemócrata de Willy Brandt, Felipe González, Peña Gómez, Carlos Andrés Pérez y Alan García, tenía su singular impronta.

La izquierda arropada con el viejo apellido del progresismo, articulado después del colapso del Bloque Socialista liderado por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URSS, tras las reflexiones llovidas en el Foro de Sao Paulo convocado por Lula, resucitó al izquierdismo en desbandada para armar un proyecto continental convergente en el que caben todas las corrientes nacidas del tronco jacobino.

La evolución de los conceptos izquierda y derecha tiene que ver mucho con que las ideas que sustentan pueden ser progresistas

para el caso del primero, o conservadoras para el caso del segundo, de acuerdo al momento histórico en que las instituciones defiendan o rechacen algunos temas, porque lo que ayer fue revolucionario, hoy puede ser reaccionario.

Un ejemplo que demuestra lo que acabo de afirmar es el hecho de que durante la Revolución Francesa, los revolucionarios consideraban la intervención del Estado como un hecho contrarrevolucionario. Dicho de otro modo, conservador o de derecha. Y la razón era simple: en esa coyuntura el Estado representaba los intereses de la oligarquía; estaba completamente desvinculado de las grandes mayorías. Hoy es distinto, los conservadores, la derecha, quiere reducir a su mínima expresión al Estado para que el mercado actúe a la libre mientras los revolucionarios o los de las izquierdas exigen la intervención de éste con la idea de que sirva de garante a los intereses de las mayorías.

Viendo así las cosas, si la inercia hubiera servido de muralla al germen de la dialéctica que bulle en la historia, entonces Felipe González, Zapatero ¿y Blair? que dirigieron sus países desde una perspectiva de “izquierda” (aunque dice Joseph Stiglitz, que gobernantes de partidos de centro izquierda como éstos, hicieron gobiernos de derecha) fueran considerados de derecha, porque como pretendían los girondinos, desde el sistema capitalista gobiernan en la monarquía, una expresión política del sistema feudal.

Pues bien, teniendo claro el concepto y conociendo que el momento o contexto es el que determina si las posiciones o propuestas defendidas o sustentadas, son de izquierda o derecha, lo que identifica a los izquierdistas hoy día, es el crecimiento económico con justa distribución de las riquezas, la defensa del medio ambiente, la regulación del mercado por parte del Estado, el apoyo a los programas científicos que promueven la clonación,

el experimento con células madre, la inseminación artificial y el control de la natalidad como instrumentos para mejorar las condiciones de vida de los pueblos, además del reconocimiento a núcleos familiares no tradicionales.

Los unifica también el rechazo a la xenofobia, la tolerancia frente a los migrantes, la diversidad religiosa y las preferencias sexuales; la universalización y socialización de los sistemas de salud, la igualdad de género, y una serie de temas considerados de avanzada en la actualidad, y que procuran crear sociedades incluyentes con la justicia social y económica que lleve al mejoramiento de las condiciones materiales y espirituales de existencia de los pueblos.

Partiendo de lo expresado, ¿es cierto que la izquierda democrática ha muerto como afirmara Carlos Alberto Montaner en un artículo que publicara en un periódico estadounidense y reproducido por el Listín Diario? Pienso que tiene razón si su afirmación se refiere a las viejas izquierdas, porque es cierto que la izquierda revolucionaria se hundió en el autoritarismo y el dogmatismo que le impidió renovarse, desconociendo que el cambio es inherente a su naturaleza, que la democrática de los años 50 cayó víctima de la política exterior estadounidense, y que la socialdemócrata perdió el rumbo cuando en el ejercicio del poder se corrompió y se sumó a las políticas del Consenso de Washington para convertirse en cómplice del desastre que profundizó las desigualdades.

Pero una nueva izquierda ha peinado el continente manteniendo vivas las esperanzas de inclusión y prosperidad colectiva.

El impacto de la gestión de Lula

Brasil, desde la izquierda, comenzó a administrar el capitalismo con más éxito que sus representantes, pues en ocho años, durante el gobierno del presidente Luiz Inácio Lula da Silva, 40 millones de ciudadanos y ciudadanas salieron de la pobreza y 16 ingresaron al mercado laboral, lo que demuestra que, en la apuesta por la nueva izquierda democrática, el pueblo brasileño inició su marcha por el sendero del progreso económico y social.

El rompimiento del líder del Partido de los Trabajadores del Brasil, PT, con el viejo esquema para apostar a esta nueva izquierda, llevó la prosperidad a Brasil que permitió la elección de la candidata señalada por él, como escribí en un artículo que titulé: “Cardoso, Lula y Dilma” y que reproduzco a continuación:

Amigos del ala conservadora de la socialdemocracia en el continente, que incluso estuvieron por el país en algunos encuentros en los que se analizó el avance del progresismo en América Latina, afirmaron que de no haber existido un Cardoso en Brasil no hubiera crecido un Lula.

La afirmación intenta explicar que el éxito del gobierno del Presidente brasileño salido del movimiento sindical se debió a las reformas estructurales que impulsó el mandatario ‘intelectual’ socialdemócrata, que en contradicción

con la doctrina política que sustentó su discurso, caminó sobre los rieles del Consenso de Washington y John Williamson.

Las reformas estructurales buscaron achicar el Estado con la intención de dejar al mercado como imperio en la sociedad para poner de lado la protección a los ciudadanos; ellas generaron crecimiento, números que exhibían el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Interamericano de Desarrollo, las calificadoras de riesgo y todas las entidades financieras que formaban parte de la estructura que portaba el frenesí que contagió de capitalismo salvaje al planeta.

La fábrica de riquezas se activó. Los mercados estaban excitados y la explosión se acercaba en parecido a la Revolución Industrial. Pero el Estado, pequeño y débil como se había planeado, al dejar a los ciudadanos y ciudadanas a su suerte, contribuyó con la generación de pobreza, y en nuestra América morena se fue construyendo una brecha entre ricos y pobres cada vez más ancha, que acentuó nuestra condición de continente más desigual.

Cardoso estuvo allí de protagonista, hasta que Lula, el metalúrgico inteligente, asumió la Presidencia y rompió el esquema anterior para trillar un camino propio, en el que el mercado debió sujetarse al control del Estado para que sus beneficios se derramaran con más justicia a través de políticas sociales.

Y así, sin tomar dictados, con una especie de economía social de mercado, generó 16 millones de empleos, sacó de la pobreza a cerca de 40 millones de sus compatriotas y dejó a Brasil en la vía de convertirse en una potencia económica mundial, con mayor peso político en la comunidad internacional, condición que aprovechó para impulsar una diplomacia con énfasis en la paz y la tolerancia.

Con su estela de éxitos eligió a Dilma, y nadie dudó que el peso de su figura la llevaría al contundente triunfo que obtuvo en segunda vuelta, tras la promesa de continuar

su obra, porque en la otra acera estaba Serra como la sombra de Cardoso, amenazando con cambiar todo lo que había hecho el obrero metalúrgico, para pavora de las favelas.

Dilma al filo del desgaste y la conspiración

Los medios de comunicación tradicionales del Brasil, entre ellos la revista *Veja*, ligada a los sectores más conservadores, incluyendo las dictaduras militares, mantuvieron siempre una campaña de descrédito contra los dirigentes del Partido de los Trabajadores mucho antes de que esta formación política asumiera el poder de la mano de Lula da Silva.

Esta revista, la de mayor tirada a nivel mundial después de la *Times*, lanza al mercado de lectores 1 millón 200 mil ejemplares, de los cuales 925 mil son suscripciones, tiene una historia de reportajes sensacionalistas, que en unos casos se han elaborado con la intención de vender ejemplares y en otros con la de hacer daño político o favorecer a determinado partido o sectores de poder, como ha ocurrido con transnacionales, y partidos o políticos como Lula, Fernando Collor de Mello, e incluso la presidenta Cristina Fernández de Argentina y el hijo de ésta, porque el medio de comunicación tiene lazos con el otro país suramericano desde su nacimiento.

Muchas de sus historias, basadas en supuestos trabajos de investigación con fuentes anónimas, han debido ser rectificadas ante la imposibilidad de demostrar los supuestos hechos que han involucrado hasta acontecimientos científicos que nunca se produjeron viéndose en la necesidad de retractarse e incluso ser obligada por los tribunales a dar derecho a réplica a los involucrados en sus “historias” como cuando al candidato del PT, Lula da Silva, se le acusó de recibir dinero de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC.

Carla Luciana Silva, en un ensayo que tituló, “Veja, revista importante de Brasil” escribió: “Hasta principios de los años 2000, el PT constituyó su principal tema de preocupación. El 23 de octubre de 2002, en vísperas de la elección que llevaría a “Lula” a la presidencia, Veja golpeó duro. Bajo el título “Lo que quieren los radicales del PT”, el candidato del PT aparecía tironeado por una correa con un perro de tres cabezas –las de Lenin, Marx y Trotski– que lo desequilibraban. Mientras que Lula enviaba su “Carta a los brasileños” destinada a tranquilizar a los inversores, Veja advertía contra los sectores “extremistas” de su partido”.

Silva pone algunos ejemplos para dejar claro hacia dónde se mueven los intereses de la influyente revista al plantear que “preocupada por la llegada al poder de dirigentes progresistas en América Latina, la revista se dedicó a denunciar las “dictaduras populistas”. El 10 de mayo de 2006, bajo el título “Hace mal”, presentó a un “Lula” visto de espaldas después de haber recibido una patada en el trasero, ridiculizando la pretendida ingenuidad del jefe de Estado frente a su homólogo de La Paz, Evo Morales, que acababa de nacionalizar el gas y el petróleo bolivianos, explotados por sociedades brasileñas. Es que desde el punto de vista de Veja, los intereses de las multinacionales prevalecen. El 4 de julio de 2012 denunció una tentativa de golpe de Estado en Paraguay. No la exitosa de Federico Franco: la fallida del presidente venezolano Hugo Chávez, que habría tratado de hacer destituir a Franco por el ejército paraguayo”.

El pretendido papel policial de Veja, que encaja perfectamente o forma parte del Plan Atlanta, al que nos referiremos más adelante, es denunciado por la autora cuando establece que “Veja quiere mostrarse al frente de la lucha contra la corrupción: un editorial del 5 de septiembre de 2012 presentó la revista como la “brújula ética” de Brasil. Pero esta etiqueta cumple antes que nada

una función de despolitización. “Instalando la corrupción en el centro de su tratamiento de la información política, Veja transforma lo político en policial y escamotea el hecho de que su propia acción policial es eminentemente política”, analiza el periodista Roberto Efrem Filho. Así, antes de presentarse como la punta de lanza de la campaña anticorrupción que terminaría por obligar a Collor de Mello a dimitir, Veja le dio todo el apoyo posible. Más tarde, reinventó su imagen y su papel en la caída del presidente corrupto. Pasó lo mismo, en 2005, con el escándalo del mensalão, que hoy afirma haber revelado, pero que estalló como consecuencia de un artículo del diario La Folha de São Paulo.

Veja no escapa, sin embargo, a lo que denuncia y Carla la desnuda: “El semanario se encuentra, por otra parte, directamente involucrado en casos de corrupción. Se descubrieron vínculos entre Policarpo Júnior, periodista político de Veja, y el empresario Carlinhos Cachoeira, acusado de malversaciones. El asunto desembocó en la creación de una Comisión de Investigación Parlamentaria (Comissão Parlamentar de Inquérito, CPI), conocida como ‘CPI Cachoeira’. Júnior, nombrado redactor en jefe en enero de 2012 y encargado de las páginas políticas para Brasilia, fue acusado de haber publicado artículos y reportajes que no tenían otro objeto que promover los intereses del empresario”.

Remacha: “Confrontada, especialmente a través de Internet, a un sentimiento anticorrupción que ella misma promovió, Veja reaccionó violentamente, incluso denunciando en titulares ‘tácticas de guerrilla destinadas a manipular las redes sociales’ (16 de mayo de 2012). En esta investigación, acusó al PT de haber instalado un robot encargado de publicar mensajes anti Veja en Twitter”. Y finaliza, como para que sepamos que Veja no está sola: “Como muestra de solidaridad, la publicación competidora O

Globo dio su apoyo a Veja, en nombre de la ‘defensa de la libertad’”.

Pues bien, sabiendo que esta revista y otros medios de comunicación respondían a intereses contrarios a los de las organizaciones de izquierda y progresistas, era previsible que el triunfo del PT traería una campaña feroz y permanente contra la administración de Lula, lo que en efecto ocurrió para colocar al gobierno petista bajo el fuego de un permanente asedio que involucró a los colaboradores más cercanos del Presidente, entre los cuales estaba José Dirceu, a quien se veía como el sucesor de líder del Partido de los Trabajadores.

Dirceu, fue jefe del Gabinete Civil de la Presidencia de la República, y se vio obligado a renunciar por las denuncias de corrupción en su contra que encabezó la revista Veja; fue sustituido por Dilma Rousseff, quien se ganó la confianza del mandatario al punto de que, a pocos meses de su segundo período, esto es, el 13 de noviembre de 2008, el gobernante anunció desde Roma que su nueva jefa de Gabinete sería la candidata a la presidencia por la organización política que lidera.

Dirceu, quien fuera el dirigente estudiantil más perseguido por la dictadura, preso político que luego vivió una azarosa vida en la clandestinidad, el hombre clave para amarrar las alianzas que le dieron el triunfo electoral al PT, fue encontrado culpable de los cargos que lo vinculaban a actos de desviación de fondos públicos que servirían para repartir entre legisladores a cambio de aprobar leyes para favorecer al Gobierno.

La hostilidad mediática acompañó al presidente Lula da Silva durante sus dos administraciones, de hecho, el asedió se acentuó durante los últimos meses de su segundo mandato, cuando la campaña electoral entró en calor y el líder petista descargó todo su prestigio, que no había sufrido mellas, sobre la candidata de su

organización política, a la que llevó al 46.8 por ciento en la primera vuelta, frente al 32.6 de José Serra y el 19.3 de Marina Silva, su antigua compañera de partido; a ella se enfrentaría en las elecciones que favorecieron su reelección.

Dilma, militante desde su juventud en las izquierdas, perseguida, apresada y torturada por la dictadura militar, asumió la presidencia del Brasil en un contexto de crisis económica que estalló en 2008 en los Estados Unidos, pero que contagiaba a todo el planeta, teniendo menor impacto en algunos países asiáticos como China y en América Latina, que seguía manteniendo un PIB en crecimiento y, el país que comenzaba a gobernar la pupila de Lula, el más grande, en términos económicos y poblacional, crecía a un ritmo del 7.5 por ciento. Pero al primer año de su administración el cuadro económico comenzó a cambiar, pues la economía se contrajo al punto de que el PIB creció apenas un 2.7 por ciento, y el año siguiente, esto es el 2012, el PIB no pudo superar el 0.9 por ciento, número que representa un estancamiento de la economía.

Las medidas de blindaje de la economía que había tomado desde los primeros meses de su gestión, anticipando lo que podría ocurrir, la condujeron a proteger los salarios y el empleo. Llevó el salario mínimo de 275 dólares a 348 y bajó la tasa de desempleo a 5.5. La mandataria luchaba por mantener e incluso mejorar los logros de su antecesor, pero elementos exógenos, como la crisis mencionada y su impacto en la caída en los precios de los commodities, en especial el petróleo, estancaron el crecimiento de la economía brasileña.

Su primer gobierno transcurrió en medio de las precariedades económicas, con un crecimiento promedio de 1.7 por ciento, los escándalos de corrupción de Petrobras, la insinuación de un juicio político durante la campaña para la reelección que

procuraba anular su candidatura; además de las protestas callejeras, inexplicables para muchos analistas que han manifestado no entender por qué se produjeron, si fue de manos de Lula y la gobernante que 40 millones de pobres se convirtieron en clase media y el país se consolidó como la séptima economía del planeta.

En su camino hacia la reelección, la mandataria se enfrentó al final del proceso con Aécio Neves, tras una campaña electoral llena de sorpresas, tragedias, manipulaciones, mentiras mediáticas, presentación de programas y debates que finalmente desembocó en 56.05 por ciento para la candidata del PT.

El asedio no cesó, y los escándalos de Petrobras alcanzaron su clímax de ebullición. Lula y la presidenta se convirtieron en blancos de los ataques; llegaron donde querían desde el principio. El peso del líder del PT es preocupante para los sectores conservadores de la región que ven en él a una figura influyente a nivel continental; calculan que destruyendo su imagen sepultan su impronta, sus inocultables aportes al progreso de Brasil y lo eliminarían como referente de éxito en un esquema de izquierda que reparte el ingreso con mayor equidad, cuestión que irrita a las oligarquías que perdieron el control del pastel que se engullían a solas.

El juicio político para la destitución del Dilma cobró fuerza, porque si ella cae, según pensaban, provocaría el efecto dominó inverso al creado tras el ascenso al poder de Hugo Chávez. Revertir los procesos de liberación nacional en América Latina es el plan, pues siendo Brasil la economía más fuerte de la región, que representa el 56 por ciento del PIB del resto, y cerca de la mitad de su población, el impacto de la salida del PT por la vía no electoral iría más allá de lo que ocurrió con Fernando Lugo, cuyos efectos no desbordaron las fronteras del Paraguay.

Dilma dio, junto al liderazgo del PT y sus aliados, batalla a sus adversarios políticos para que el proceso de democratización del Brasil no fuera quebrado por los sectores que, frustrados por sus sucesivas derrotas electorales, combatieron con malas artes para abortar el producto de la voluntad popular; ella, paralelamente, también debió hacerle frente a los desafíos de una economía global que sigue influyendo de forma negativa en las economías latinoamericanas. Las reales acechanzas eran preocupantes como nos dijo el periódico mexicano *El Economista* en un trabajo de la redacción publicado el 23 de octubre de 2015 que tituló “Termina época de los commodities; precios de materia prima deprimen finanzas de AL” del que reproduzco a continuación un fragmento: “Como un importante productor de minerales ferrosos y metales no ferrosos, Brasil sufrió en 2014 los efectos de la caída global en el precio de los commodities. Las compañías medianas y grandes vieron sus operaciones afectadas, con paralización de proyectos, despidos, reducción de los márgenes y ajustes internos para reducir costos”.

A pesar de las cuestiones de orden externo que apalearon la economía de Brasil durante la administración de Dilma, el balance, de los gobiernos del PT, es elevadamente positivo, pues 19 millones de personas encontraron empleo, más de 40 millones, como hemos dicho antes, salieron de la pobreza; hay que tomar en cuenta que de éstos, 20 millones vivían por debajo de los niveles de pobreza o en pobreza extrema. Estos números son verdaderamente impresionantes si tomamos en cuenta que la población brasileña es de 200 millones de personas y que esto se alcanzó en poco más de dos décadas.

En 2014, durante la administración de la gobernante, la FAO retiró a Brasil del mapa mundial del hambre, ya que durante las administraciones petistas el país redujo en 82 por ciento la población que en 2003 vivía en situación de subalimentación.

En 2014 el desempleo se redujo a niveles históricos, al colocarse en 4.9 por ciento, y, como colofón, para marcar las iniciativas que contribuyeron a la reducción de la pobreza, el salario mínimo se incrementó en un 73 por ciento durante las gestiones de Lula y Dilma.

Bienestar e inconformidad

Pero la gente protestó, exigió aún más, se tomó las calles. Esa clase media que salió de la pobreza no estaba conforme como dice Moisés Naím, en su libro “El fin del poder” al referirse a las afirmaciones de Samuel Huntington, que plantea que en las “sociedades de rápida transformación” las expectativas de la población crecen a mayor velocidad que la capacidad que tienen los gobiernos para satisfacerlas.

Y tras poner ejemplos que confirman estas aseveraciones, al hacer mención de China y Chile, dice: “Y lo mismo hemos visto en países que han tenido gran éxito económico como Brasil o Turquía, donde la gente, en vez de salir a celebrar su nueva prosperidad, sale a protestar y plantear reclamaciones muy justificadas a su gobierno”.

Lo de reclamaciones justificadas lo explica al plantear que en Chile, por ejemplo, las universidades dejaron de ser centros de enseñanzas para sectores privilegiados de la sociedad, que ya todos tienen acceso a ellas, pero que surgen reclamos nuevos, como la mejora en la calidad de la formación. En el caso chino refiere el espectacular progreso de sectores populares que antes no tenían acceso a vivienda y hoy cuentan con ellas, pero que los nuevos reclamos se concentran en exigir calidad en los nuevos edificios de apartamentos o denunciar la mala calidad de éstos, así como la de los hospitales y escuelas que hasta hace poco no tenían.

Pero está claro que a este fenómeno denominado “revolución de las expectativas crecientes” se suma todo un plan de una oligarquía que, ante la impotencia de retomar el poder por la vía electoral, buscó la desestabilización del gobierno del PT y los demás gobiernos progresistas para por vías nada democráticas, en la que no cuente el voto popular, sacar del poder no solo a los petistas, como lograron hacerlo, sino a todos los progresistas de América Latina que pecan de querer sociedades incluyentes.

A pesar de los planes de la derecha internacional y para perplejidad de los sectores conservadores brasileños, el expresidente estadounidense Bill Clinton aseguró en una visita que girara a Brasil para participar junto a empresarios de aquel país en una conferencia, que el futuro de la patria de Lula “será formidable”. Esto lo afirmó en momentos que el asedio contra la presidenta Dilma no podía ser más duro.

EFE, en un cable despachado el 12 de noviembre de 2015 nos cuenta que el exmandatario le pidió a los empresarios brasileños tener confianza en el futuro de Brasil pese a las actuales dificultades económicas y políticas y que se concentren en las “fuerzas positivas” en los momentos de crisis. “El navío de Brasil no se está hundiendo y el futuro será formidable”.

Pero el acoso siguió y se articuló con un juicio político a la presidenta, una acción que responde a la estrategia diseñada en Atlanta, de iniciar un proceso de descrédito a través de los medios de comunicación, para luego dar inicio a la judicialización de la política en todos los países gobernados por partidos progresistas, para sacarlos del poder mediante ordenados métodos que observen con rigurosidad los procedimientos establecidos por las leyes, que esconden trampas procesales capaces de burlar de forma descarada la voluntad de las mayorías que dan fuerza a los cimientos de la democracia.

Una horda de políticos implicados en actos de corrupción anidados en la Cámara de Diputados y el Senado inició el proceso de *impeachment*, o juicio político, contra Rousseff. El protagonista, que dio curso el 2 de diciembre de 2015 al circo, fue Eduardo Cunha, quien posteriormente fue arrestado por las autoridades cerca de su residencia como revela una nota del diario español de capital estadounidense El País publicada el 19 de octubre de 2016; una información de la que se hicieron eco los medios de comunicación de todo el planeta que dieron seguimiento a la caída de la presidenta de la nación más rica y poderosa de Latinoamérica.

Con el juicio a Rousseff lo que se buscaba era impedir que las investigaciones iniciadas por la mandataria por los casos de corrupción en Petróleo Brasileiro S.A, Petrobras, alcanzarán a Cunha, al vicepresidente Michel Temer, al presidente del Senado, Renan Calheiros, y una cantidad importante de diputados y senadores que temían salir embarrados, por lo que se prestaron a la doble jugada de sacar del gobierno a la mandataria y colocar en su lugar al vicemandatario que sería garantía de protección e instrumento para los sectores conservadores que, de la mano de los Estados Unidos, iniciarían el desmonte de las políticas aplicadas por el PT.

Según la organización no gubernamental anticorrupción Transparencia Brasil, el 59 por ciento de los 594 miembros del congreso que iniciaron el juicio contra la mandataria están envueltos en actos de corrupción, como informó el diario BBC Mundo en un artículo firmado por Gerardo Lissardy y publicado el 15 de abril de 2016: “En el Congreso de Brasil que se apresta a definir si la presidenta Dilma Rousseff debe ser destituida, buena parte de los 594 miembros registran cargos y condenas contra ellos mismos en los tribunales, incluso por lavado de dinero o tortura”.

Ya para diciembre de 2016 un tribunal apartó de su cargo al presidente del Senado por serias acusaciones de corrupción, lo que indica que el plan no vino a resultar como esperaban los sectores que montaron la trama, porque la maraña de corrupción de Petrobras se les fue de las manos para comenzar a alcanzar a la mayoría de los que se prestaron al juego del juicio político, lo que les hizo reorientar su estrategia para apuntar de nuevo hacia Lula, en razón de que, al aflorar las verdades y brotar toda la podredumbre, el exlíder metalúrgico comenzó a emerger como opción electoral por encima de los complotados.

Sobre la suspensión del senador, el 6 de diciembre de 2016 el diario argentino La Nación, bajo el título “Crisis en Brasil” se hace eco de un cable de prensa de la agencia española EFE que narra el episodio: “En un nuevo golpe contra el gobierno de Michel Temer, un juez de la Corte Suprema de Brasil suspendió ayer temporalmente de su cargo a Renan Calheiros, presidente del Senado, quien la semana pasada fue procesado por corrupción. El magistrado Marco Aurélio Mello aceptó un pedido del partido Rede Sustentabilidade y justificó su decisión al argumentar que Calheiros no puede ser jefe de la Cámara porque se encuentra en la línea de sucesión de la presidencia”.

La información servida abunda en los detalles y revela lo que hemos afirmado con relación al desmonte de las políticas sociales acometidas durante los gobiernos democráticos del PT; observen: “Calheiros, hombre de confianza de Temer, será sustituido por el vicepresidente del Senado, Jorge Viana, del Partido de los Trabajadores (PT). Algunos aliados de Calheiros dijeron a medios locales que la salida del senador no tendría por qué afectar la agenda de la Cámara alta, que tiene previsto votar el próximo 13 de diciembre en segunda vuelta una enmienda de la Constitución que

limitaría durante 20 años el crecimiento del gasto federal a la tasa de inflación del año anterior”.

Los diputados no se esperaron al 13 de diciembre para aprobar la medida de congelación presupuestaria que a decir de Temer busca recuperar la confianza en la economía, mientras que otros piensan que no solo agravará la situación económica del gigante sureño, sino que empeorará las condiciones de vida de los ciudadanos y ciudadanas más pobres e incluso de la clase media ya que esta medida implica recortes en las partidas de educación y salud, lo que, desde mi punto de vista traerá revueltas sociales que profundizarán la crisis políticas iniciada con el juicio a la presidenta Rousseff.

Parece que el gobierno del presidente de facto ya tenía decidido enfrentar la crisis económica a lo Barack Obama: sacando del bolsillo de los pobres y la clase media los recursos para la recuperación. Así por lo menos lo dejó entrever un trabajo periodístico de la agencia de noticias AFP que publicó el 16 de noviembre de 2016 El Nuevo Diario de Nicaragua que nos cuenta:

En los últimos días, el gobierno regional dio marcha atrás en el proyecto de aumentar de 11% a 30% el descuento aplicado a las jubilaciones de los funcionarios públicos, que se limitaría ahora a 14%. Otras propuestas prevén aumentos en las tarifas del transporte público, electricidad, gas y telecomunicaciones, así como recortes en programas asistenciales para sectores carenciados, como el de Alquiler Social y el de Renta Mejor. ‘Estamos unidos contra este paquete de maldades. No pagaremos la mala administración del gobierno’, dijo a la AFP Zulema Quintanilha, funcionaria del poder judicial regional.

El cable abunda:

Los recortes ‘retiran derechos’ y en muchos casos son ‘inconstitucionales’, como en el caso de una doble tributación

sobre salarios, denunció por su lado el comisario José Oliver, de la Policía Civil, un cuerpo a cargo de las investigaciones de crímenes. ‘Con los Juegos Olímpicos, desalojaron a comunidades carentes con la promesa de ayudarlas con el alquiler social o de instarlas en conjuntos habitacionales. Pero los engañaron’, agregó Oliver, de 56 años, acompañado por decenas de colegas con remeras que los identifican como miembros de ese organismo de seguridad.

Y agrega: “Varios educadores denunciaban el pago fraccionado de sus salarios”.

Temer y Obama

Como he afirmado, el presidente de facto brasileño, Michel Temer, que alcanzó el poder por vía no democrática, tras ser el instrumento de las fuerzas oligárquicas de su país y extranjeras para volver a tomar el control de las riquezas cariocas, vino con un paquete de medidas económicas que, con la anunciada intención de recuperar la economía, llevarán a los pobres a las condiciones de indigencia, a los que se ubicaron en las clases medias, a la pobreza y hasta a la pobreza extrema. Éstos, los sectores populares y medios no crearon la crisis, la creó el sistema financiero internacional desde su epicentro en Washington al volcar el esquema productivo tradicional hacia la financiarización de la economía con su obscena carga especulativa que ha venido a servir de catalizador para la profundización de las desigualdades.

Parece que el modelo de Obama para enfrentar la crisis, será el mismo que implementará Temer, pues es bueno recordar que la crisis que estalló en 2008 en los Estados Unidos generada por banqueros irresponsables que, mediante métodos fraudulentos, procuraron incrementar sus rentas, lo que llevó al estallido de la burbuja inmobiliaria que crearon con fines rentistas y que les

llevó a la quiebra sabiendo que este riesgo, el de la quiebra, no sería permitido por el Gobierno, en algunos casos por que algunos siendo muy grandes podrían desatar un efecto contagio y afectar a todo el sistema financiero.

En efecto, sus calculados riesgos encontraron amparo, y como afirma Joseph Stiglitz en su libro, “El precio de la desigualdad”: “Estados Unidos gastó mucho más dinero en rescatar a los grandes bancos (contribuyendo a que estos mantuvieran sus generosas bonificaciones) de lo que gastó en ayudar a los que se habían quedado sin empleo a consecuencia de la recesión que provocaron esos grandes bancos. Hemos creado para los bancos (y para otras grandes empresas, como AIG) una red de seguridad mucho más fuerte que la que hemos creado para los estadounidenses pobres”.

Y es que el tema no es Brasil, es global, es una lucha entre fuerzas conservadoras y fuerzas de izquierda o progresistas que en medio del reordenamiento planetario, buscan espacios de poder, las primeras para ponerlos al servicio de las minorías y las segundas al servicio de los sectores más vulnerables, para construir sociedades más incluyentes. Es una confrontación que despertó la unipolaridad al tratar de poner al servicio de los intereses hegemónicos de Occidente todos los organismos que pudieron influir en el destino económico y político de los países que desafiaran sus directrices.

El autor citado, estadounidense y premio Nobel de Economía, lo ve de la siguiente manera:

Durante los años noventa, Luiz Inácio Lula da Silva estuvo por dos veces a punto de ser elegido presidente de Brasil, y por dos veces Wall Street se opuso y ejerció lo que venía a ser un veto. Con ello dejaba claro que si Lula salía elegido, iba a sacar el dinero del país, los tipos de interés que tendría que pagar Brasil subirían vertiginosamente,

los inversores darían la espalda al país y su crecimiento se vendría abajo. La tercera vez, en 2002, los brasileños dijeron, a todos los efectos, que a ellos no les mandaban los financieros internacionales. Y Lula saltó a ser un presidente excelente, que mantuvo la estabilidad económica, promovió el crecimiento y se enfrentó a la extrema desigualdad de su país. Fue uno de los pocos presidentes de todo el mundo que, al cabo de ocho años, seguía teniendo el mismo apoyo popular que tenía en principio.

Uruguay y el Frente Amplio

Un cuadro parecido al que facilitó el ascenso de Dilma Rousseff al poder ya se había presentado en Uruguay con el triunfo de Pepe Mujica, pues la gestión de gobierno del Frente Amplio, una coalición de partidos progresistas que en 1971 logró colocar bajo una misma sombrilla a socialistas, comunistas y socialcristianos, incluyendo exguerrilleros, entre los cuales estaba el pasado mandatario, acumuló la popularidad necesaria para retener el Gobierno.

El Frente Amplio logró colocar al centro de la izquierda a los que se planteaban la destrucción del Estado capitalista para instalar la llamada dictadura del proletariado sin descartar para ello métodos como el foquismo y el anarquismo.

Y así, respetando sin embargo, la identidad e independencia de las organizaciones políticas que lo integraban, fue armando un discurso que sintonizó con las demandas de una población atrapada en la libertad de un mercado que generaba riquezas para unos pocos y pobreza, muchas veces en su expresión más extrema, para las grandes mayorías.

Las fuerzas progresistas concentradas en el Frente ya habían coqueteado con el poder cuando en las elecciones de 1999 obtuvo el triunfo en primera vuelta ante el tradicional Partido Colorado

que lo obtuvo en la segunda, pero fue en 2005 que Tabaré Vázquez llevó la concertación a la administración del Gobierno con el reto de devolverle a la otrora Suiza de América el esplendor perdido tras la crisis bancaria que sacó de sus puestos de trabajo a miles de ciudadanos y ciudadanas.

Con el Plan de Emergencia Nacional que dio inicio a la gestión de Vázquez para conjurar la crisis encontrada, y que se ancló en las líneas de la equidad, igualdad y justicia social, se definió el cariz de izquierda del nuevo Gobierno, y con él, Uruguay comenzó a revertir cifras negativas, pues el desempleo que en 2002 superaba el 17 por ciento, se colocó en 2007 en 7.7, un número verdaderamente impresionante.

El estupendo desempeño de la primera administración del Frente Amplio fue reconocido en un informe del Comité de Derechos Económicos, Sociales y Culturales de las Naciones Unidas, al destacar que el país sudamericano alcanzó la tasa de desocupación más baja en toda su historia. Las fuerzas progresistas uruguayas no sólo diseñaron un plan con énfasis en las políticas sociales que arrojaron los números mencionados anteriormente y sacaron de la pobreza a los ciudadanos y ciudadanas que se habían hundido en la miseria que crearon las fuerzas conservadoras bajo el manto de las prédicas de Adam Smith y la invisible mano que nunca aparece, sino que fortalecieron las instituciones y consolidaron la democracia.

Sobre la cresta de estos logros y un Tabaré Vázquez que terminó bordeando el 80 por ciento en la aceptación popular, llegó al poder el exguerrillero tupamaro José “Pepe” Mujica, bajo la promesa de continuar caminando por la senda que comenzó a trillar el Frente Amplio.

El “compañero Pepe”, como suele firmar el exmandatario uruguayo los documentos partidarios dirigidos a sus camaradas,

asumió el reto de trabajar para bajar del 18 por ciento la pobreza, cuestión que encaró bajo condiciones distintas a las encontradas cuando ascendió al poder por primera vez el gobierno frenteamplista, pues para entonces la cifra alcanzaba el 33 por ciento y la indigencia el cinco, número que Vázquez redujo a uno, porque al final de su mandato el desempleo que superaba el 13 por ciento en 2005 se colocó en 6.9.

El exguerrillero y exgobernante del pequeño país que besa a Río de la Plata no siguió el libreto de su antecesor con los puntos y las comas, los énfasis y las negrillas que éste colocó, pero dejó claro su compromiso de continuar impulsando las políticas sociales que han llevado a un progresivo proceso de inclusión.

Mujica encontró el tren en marcha para avanzar hacia una sociedad con futuro asegurado, pues el incremento del presupuesto en educación a 4.5 por ciento del PIB dio un empujón al sistema educativo, que permitió incluso que cada niño estudiante de escuela pública recibiera una computadora; y las reformas en salud, con el debido incremento en el presupuesto, no sólo redujo la mortalidad infantil de un 13 por mil nacidos, a nueve por mil, sino que encaminó el sistema hacia la universalización.

En fin, Pepe tubo la conciencia de empujar en la dirección de Vázquez, con la idea de que el país siguiera cosechando resultados positivos para las mayorías, pues aunque Tabaré defendió sus relaciones con el FMI, un organismo que impulsó las políticas del Consenso de Washington, siempre estuvo claro, como Lula, en su agenda propia, sin permitir imposiciones ni recetas importadas.

Tan definido estaba en lo que quería, que al salir de la presidencia les dijo a algunos economistas: ...

Lo cierto es que el desplome de 2008 no fue solamente financiero. Fue también el desplome de quienes, creyendo

ser los únicos dueños de la verdad y la razón, manejaban la economía como si fuera un casino y despreciaban a la política y el Estado porque molestaban en los negocios, mejor dicho, en sus negocios.

Y continuó:

La falacia se les derrumbó y, aunque no es bueno pasarle cuentas al pasado ni humillar al derrotado, conviene no olvidar lo que sucedió antes. Conviene, cuando algunos que hasta ayer eran fundamentalistas de mercado, en una súbita y espectacular conversión, le piden a la política y al Estado que los salven.

Pepe Mujica, con su peculiar estilo, caracterizado por la forma sencilla de vivir, vestir y transportarse, continuó las políticas públicas de Tabaré Vázquez al lograr incrementar los salarios en un 23 por ciento y las pensiones y jubilaciones a 24 por ciento. Llevó el desempleo a 6.8 por ciento, según el Instituto Nacional de Estadística, la cifra más baja en toda la historia de Uruguay. Lo que marcó su gestión, sin embargo, por el gran debate que suscitó, debido a lo controversial del tema, fue la legalización de la marihuana en 2013, batido en un torbellino de voces que se balanceaban entre los riesgos en la salud pública y la violencia derivada de la clandestinidad del negocio.

Igual de controversiales resultaron, debido a la posición asumida por las iglesias cristianas, la despenalización del aborto y la legalización del matrimonio entre parejas del mismo sexo; de todas maneras el mandatario mantuvo su nivel de popularidad hasta el final del mandato en que devolvió la administración del gobierno del Estado a su compañero y antecesor Tabaré Vázquez saboreando el 65 por ciento de aprobación popular.

Queda claro que la izquierda democrática no ha muerto como afirmó Carlos Alberto Montaner. Todo lo contrario, está tan viva que puede dar lecciones a los conservadores que, tras haber derrotado a la izquierda revolucionaria, asumieron con arrogancia acciones de desprecio hacia el Estado que debió ir en su auxilio, cuando la orgía de las desregulaciones y la ambición llegó al clímax y amenazaba con llevarlos a la bancarrota total, y hundir también a inocentes.

De Carlos Menem a los Kirchner

Al otro lado del Río de la Plata, la izquierda democrática llegó de la mano de los Kirchner. El justicialismo fue el instrumento para desmontar las reformas estructurales que esta misma organización política había impulsado durante los gobiernos del presidente Carlos Menem bajo la euforia neoliberal que desató privatizaciones a granel, desmontes arancelarios, desregulación laboral y de los mercados, y todo el paquete que debieron adoptar los países en vía de desarrollo para entrar en la lógica de los industrializados que, en medio del orgasmo unipolar, pretendían reducirnos a simples consumidores.

Menem se distanció, aplicando “políticas responsables”, del peronismo original que se alió a los sectores laborales para poner en práctica medidas de corte populistas, que muchos confundieron con progresistas sin darse cuenta de que Perón seducía a los trabajadores para agenciarse los votos de éstos, pero vivía de los bienes de los oligarcas argentinos, acumulados mediante la explotación de los sectores populares, entre los cuales estaban los hombres y mujeres que sólo disponían de la fuerza de trabajo que vendían a los dueños de los medios de producción.

La distancia entre los gobiernos justicialistas de los Kirchner y Menem tiene que ver mucho con el origen y la evolución del

peronismo, que guarda estrecha relación con el elástico pensamiento político de Perón, pues el ideólogo y alma de esta organización multiforme llegó a manifestar públicamente simpatías con el fascismo de Benito Mussolini al expresar que éste era “un ensayo del socialismo nacional, ni marxista ni dogmático”; a manifestar simpatías por el falangismo español y a ser el líder de la resistencia durante la dictadura, resistencia que incluía a Los Montoneros, grupo guerrillero de orientación marxista.

La cuestión es, que los sectores conservadores a lo interno del justicialismo se sintieron excitados con el avance arrollador de las políticas del Consenso de Washington que, por demás, parecía resolver el problema de la inversión extranjera, el crecimiento y la estabilidad macroeconómica, lastimada durante el gobierno del socialdemócrata Raúl Alfonsín que en 1984 disparó la inflación a 625 por ciento.

Como en el resto del mundo donde se aplicaron las reformas que impulsó Menem, el espejismo se diluyó cuando el impacto de éstas quedó al desnudo mostrando las grandes desigualdades que se habían creado, y estalló entonces la crisis que tocó fondo con la vuelta del radicalismo y el famoso “corralito” de Fernando De la Rúa, que convocó al pueblo argentino a la movilización permanente, creando una situación de volatilidad política que desembocó en el ascenso al poder de Néstor Kirchner, un desconocido peronista de izquierda que puso orden, para alivio de los sectores productivos que vieron resucitar sus negocios, y populares que sintieron mejorar de forma sustancial sus condiciones de vida.

Raúl Alfonsín atrapado en la transición

Hay que decir, para ser justos, que el gobierno de Raúl Alfonsín fue de transición, y por lo tanto, sus prioridades quizá se centraron

en las cuestiones de orden político más que económico, pues debió lidiar con los remanentes de la dictadura y la resistencia para que se estableciera un régimen auténticamente democrático que, aun apostando a la reconciliación, no podía negociar el olvido.

El presidente Alfonsín tenía interés en brindar abrevadero a las madres de la Plaza de Mayo que andaban sedientas de justicia ante los más de 38 mil secuestrados y desaparecidos, que fueron sus esposos, novios, hijos o nietos. Los juicios a militares cargaban su agenda, mientras el país era arrastrado por las consecuencias del endeudamiento colectivo que contagiò a toda América Latina llevándola al callejón del estancamiento económico, las protestas sociales con pobladas incluidas y la ausencia de respuestas adecuadas que la condujeron hacia la denominada “Década Perdida”.

La llegada de Néstor

Aclarada la difícil situación política en que gobernó Alfonsín, y definido el pobrísimo rol jugado por su compañero de partido, Fernando De la Rúa, me referiré a las administraciones de los Kirchner, los esposos que aparecieron en medio de la ola progresista que comenzó a bañar a los pueblos latinoamericanos echando manos del modelo que ofrece la democracia representativa, para construir sociedades participativas e incluyentes.

Cuando Néstor asumió la presidencia, el descrédito internacional del país era tan dramático que se encontraba en default, o lo que es lo mismo, suspensión de pago por falta de liquidez. Pero El Pingüino, como le llamaban por ser nativo del extremo sur, reestructuró la deuda y canceló sus compromisos financieros con el FMI; triplicó las exportaciones al llevarlas en 2007 de 55,000 millones de dólares a 72,140 en 2008, un 25 por ciento más que el año anterior.

La tasa de crecimiento durante los primeros gobiernos de los Kirchner fue de ocho por ciento promedio anual; el período más largo en los últimos veinte lustros, cuestión que se reflejó en la generación de empleos, pues en 2003, año en que asumió Néstor la presidencia, la tasa de desocupación era de 20.4 por ciento, cifra que descendió en 2008 a 7.8. El nuevo cuadro contribuyó a mejorar la distribución del ingreso, ya que la participación de los salarios pasó de 34.6 por ciento a 41.3, lo que significó un incremento en el consumo.

Para la recuperación de la economía ayudó la definición de una política de fomento tributario y crediticio a las PYMES y algunas ramas específicas de la industria. La inversión social fue un pilar importante en los últimos gobiernos del justicialismo; y es que el presupuesto en educación, llevado de un cuatro por ciento del PIB a seis, permitió diseñar programas como el de alfabetización que enseñó a leer y escribir a 170 mil personas, el de inclusión educativa que permitió el retorno a las aulas a más de 100 mil niños y adolescentes.

Aunque a veces los humanos nos conmovemos por la muerte de un semejante, y solemos, en medio de la pérdida, deshacernos en elogios frente al féretro, las palabras de reconocimiento a la gestión de Néstor Kirchner expresadas por los empresarios más importantes de Argentina tras su inesperado fallecimiento, no respondieron al estado de ánimo que les causara la desaparición física del exgobernante, o al protocolar pésame público que pretende siempre llevar a la morada definitiva una imagen limpia, o limpiada por la indulgencia de la despedida final.

Sus palabras fueron un reconocimiento sincero al desempeño de su administración, porque en ella sus negocios prosperaron. Esta cuestión nos hace reflexionar sobre cómo en un gobierno progresista o de izquierda, cuya finalidad es mejorar las

condiciones materiales de existencia de las grandes mayorías, asunto que por lo general es entendido como políticas contrarias al capital, los empresarios pueden aumentar sus ganancias, e incluso, hasta definir estrategias de desarrollo desde las ideas que promueve el progresismo.

El punto está en que durante el empuje de las políticas neoliberales los capitales se expandieron, y hubo crecimiento económico en muchos de nuestros países, pero resultó que la pobreza también se incrementó, creando una enorme brecha entre pocos con muchas riquezas y muchos que día tras día se envolvían en estrecheces materiales cada vez más dramáticas, que les excluían del gran mercado y la exclusiva calidad de consumidores, tan necesaria para avanzar en el ciclo de producir, distribuir, vender (consumir) y ganar.

Si no hay consumidores no se vende y si no se vende no se producen ganancias. Las políticas que excitaron al capital en medio de un mercado sin regulación, rompieron el ciclo, pues los compradores estaban siendo arrinconados, y más aún, eliminados, pues sólo las migajas del gran banquete caían para que éstos las recogieran de debajo de las mesas de los industriales, financieristas y comerciantes, sobre todo extranjeros, porque los criollos fueron invadidos por intrusos que apenas les dejaron recursos para montar una frugal comida en el desayunador.

Deteriorada la plataforma que malograba el empleo por aquello de la desregulación y los servicios públicos básicos, como salud, educación y previsión por lo que significó que el paciente pasó a ser cliente, el estudiante un gasto y el futuro pensionado una cuenta para la capitalización individual, se produjo una inquietud social que condujo fácilmente a las protestas, y éstas a su vez a la ingobernabilidad que daña los negocios, y de eso saben De la Rúa, Menem y los empresarios argentinos que elogiaron la administración progresista de Néstor Kirchner.

Cuando Domingo Perón, en sus discursos en 1944 planteaba que para alejar a los trabajadores de las influencias revolucionarias había que integrarlos al sistema como consumidores, lo hacía desde la óptica que le llevó a mostrar sus simpatías por el nacional socialismo de Mussolini y las posturas anticomunistas que sustentó a inicios de su carrera política. Pero estas prédicas marcadas por la confusión que entrañaban sus palabras, crearon aquella alianza con los hombres y mujeres que vendían su fuerza de trabajo, dando origen a la corriente progresista representada en el kirchnerismo y las fuerzas laborales que se aliaron a corrientes de izquierda, pero también hicieron brotar al interior del justicialismo a elementos como Menem por aquello del alejamiento de las ideas revolucionarias.

Comparto con ustedes algunas notas de condolencia de empresas y empresarios argentinos ante la desaparición física de Néstor Kirchner:

Bolsa de Comercio de Buenos Aires: Kirchner fue, desde su asunción a la presidencia, un constante luchador para el engrandecimiento del país, por encima de aciertos y errores. La Argentina salió de una crisis casi terminal, y fue Kirchner el que la llevó a un crecimiento que se sostuvo en el tiempo. Se retiró del Gobierno con una imagen positiva muy importante. Con él se va un referente político fuerte y combativo, que participó de las principales decisiones de los últimos años en el país.

Cámara Argentina de Comercio: Néstor Kirchner tuvo una muy importante trayectoria política y cuya destacada actuación repercutió en la vida de la Argentina contemporánea. Entristece a toda la sociedad el fallecimiento de un destacado protagonista de la vida argentina, cuyas convicciones y firme decisión le permitieron llevar adelante el país en años de crisis. Dejó una profunda huella en la política y economía del país, manteniendo su liderazgo político en toda esta década.

Cámara Argentina de la Construcción: La institución y el sector en particular han desarrollado a lo largo de la presidencia de Néstor Kirchner y la de su esposa una relación de diálogo continuo y grandes logros para el país, lo que hace que este sorpresivo desenlace llene de luto y recogimiento a todos los integrantes de la cadena de valor de la construcción. Anhelamos que la fortaleza de la Presidenta permita superar este momento de extrema congoja.

Asociación Empresaria Argentina: Hace llegar sus condolencias a la Presidenta por el fallecimiento de Néstor Kirchner, quien tuviera un papel trascendente en la recuperación económica del país a comienzos de la presente década. Hoy es un día de recogimiento para todos los ciudadanos del país. Los argentinos debemos en estas horas aunar esfuerzos para fortalecer la institucionalidad democrática de nuestro país.

Asociación de Industriales Metalúrgicos: Como presidente de la Nación, Néstor Kirchner lideró el proceso de reindustrialización de la Argentina y apoyó fuertemente a la industria metalúrgica. Queremos remarcar nuestro apoyo a la Presidenta, que cuenta con toda nuestra colaboración y afecto para continuar con su tarea a favor de todos los argentinos.

Asociación de Bancos de la Argentina: El fuerte protagonismo de la participación de Néstor Kirchner en la vida política argentina dejará una huella que sin duda se proyectará decisivamente en el futuro del país.

Asociación de Concesionarios de Automotores de la República Argentina: Nuestra institución quiere reconocer con respeto y silencio a quien dedicó su vida a la actividad política nacional y a la lucha por el bien común. ACARA se pone a disposición de las autoridades nacionales para colaborar en lo que sea necesario y expresa su máxima voluntad de que, entre todos, podamos superar este difícil momento.

Confederaciones Rurales Argentinas: Sin duda, hemos tenido profundas discrepancias en lo político e institucional, pero en este momento de dolor acompañamos con respeto a familiares y a partidarios. Quiera Dios que la reflexión que toda pérdida humana produce genere una etapa de unidad, diálogo y consensos básicos para el desarrollo armónico de la Nación.

Federación Agraria Argentina: Sin duda, la política de nuestro país perdió hoy un referente, que representaba un liderazgo fuerte. Con él tuvimos, inicialmente, una primera etapa con expectativas. Luego comenzaron para nosotros tiempos de frustración, diferencias y públicos enfrentamientos. Sin embargo, hoy nos consternan su deceso y el desbalance de representatividad que deja quien ejerció un liderazgo fuerte como él. Esperamos que se siga avanzando en un proceso de mayor calidad institucional, en el que se discuta con altura con el objetivo de construir un país mejor.

Fundación Pro Tejer, Cámara del Calzado, Cámara del Juguete y Cámara de Indumentaria de Bebés y Niños: Durante su mandato y la ratificación de su política industrial por la actual presidenta se dictaron medidas que favorecieron nuestra recuperación y desarrollo y el crecimiento del empleo genuino. Néstor Kirchner nos escuchó siempre que le transferimos nuestras preocupaciones, por eso estamos agradecidos por su sensibilidad y su vocación industrialista.

Confederación General Empresaria de la República Argentina: Néstor Kirchner fue un hombre de firmes convicciones, que levantó al país en uno de sus momentos más difíciles.

Paolo Rocca, empresario italo-argentino del Grupo Techint: Lamento el fallecimiento de Néstor Kirchner, quien contribuyó a la salida de la crisis argentina de inicios de esta década y creó las condiciones para volver a una agenda productiva en el país.

Cristina y la derrota del kirchnerismo

Evidentemente que Cristina estaba destinada a continuar con el modelo económico y político que levantó Néstor en su gestión, como en efecto lo hizo, solo que las fuerzas conservadoras, derrotadas en toda la región por la vía del voto popular de forma reiterada, no estaban dispuestas a dejarle el camino libre a la cónyuge del hombre que había rescatado del abismo al país, por lo que el asedio para no dejarla gobernar y afianzar las políticas implementadas por la gestión anterior, comenzó para poner el acoso en sintonía con otros gobiernos de naturaleza parecida, que como ella y su esposo, habían puesto sus negocios, rentistas y espoliadores a raya, a la raya que definía la participación justa del Estado como garante del interés de la colectividad y no de minorías que hacían plata a costa de los más pobres.

Sacar de manos privadas los fondos de jubilación, definidos en aquella ola privatizadora que impulsó el Consenso Washington, fue una de las medidas que tomó dado que las llamadas Administradoras de Fondos de Jubilaciones Pensiones, AFJP, cobraban enormes porcentajes por administrar los fondos de los pensionistas.

Durante la firma de la ley que liquidó el sistema privado para dar paso al antiguo sistema solidario de reparto el Gobierno aseguró que con ese acto terminaba la situación de incertidumbre en que vivían los que aportaban al sistema de capitalización individual.

El diario La Nación recoge las incidencias de la actividad en una nota difundida el 21 de octubre de 2008:

En medio de un clima de gran incertidumbre, el Gobierno firmó hoy el proyecto de ley para terminar con el sistema de jubilaciones privadas y reemplazarlo por un único régimen estatal de reparto.

“Venimos a esta reunión a dar nacimiento al sistema previsional argentino, un sistema de reparto de base solidaria y de administración estatal”, señaló el titular de la Administración Nacional de la Seguridad Social (Anses), Amado Boudou, al comenzar el acto en la sede del organismo, minutos después de que la presidenta Cristina Kirchner, el ministro de Trabajo, Carlos Tomada, y el jefe de Gabinete, Sergio Massa, firmaran el proyecto de ley que se enviará al Congreso hoy mismo.

“Venimos a dar por terminado el experimento fracasado del régimen de capitalización en la Argentina”, continuó el funcionario, que aseguró que ese sistema “lejos de dar previsibilidad y tranquilidad a los ciudadanos, venía a agregarle incertidumbre”.

Defendió la medida ante las críticas que aseguraban que el Gobierno procuraba, con la medida saquear los fondos: “El saqueo estaba representado por la entrega de los fondos que la AFIP entregaba a las AFJP y estas, al sector público y por los que nosotros pagábamos importantes tasas de interés en estos años. Hemos llegado a pagar comisiones que hoy son 9.1% de lo que cada uno de los trabajadores aporta, pero que llegaron a ser del 50%”, añadió Boudou.

La Asignación Universal por Hijo, fue otra medida de impacto que incidió en la disminución de la deserción escolar, pues con el pago \$966 por mes, por hijo a los padres; un monto que se paga 80 por ciento de forma directa y un 20 por ciento que se podrá retirar una vez al año, luego de que se demuestre que los niños asistieron a la escuela y cumplieron con los requisitos sanitarios. En el caso de los discapacitados el pago es de 3,150.

El programa Conectar Igualdad, se constituyó en una iniciativa que promovió la conectividad en las escuelas; más de 12 mil centros de enseñanzas recibieron computadoras de bajo costo.

Pero Cristina también impulsó la polémica Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, que democratizó los medios de comunicación terminando con los monopolios, pues la ley planteaba la reserva de la tercera parte de las frecuencias de radio y televisión para instituciones sin fines de lucro.

El matrimonio igualitario, y la sanción del Código Civil Comercial se apuntan como pasos de avance en los gobiernos de Cristina, de igual forma ven los sectores progresistas la reestatización de la empresa Yacimientos de Petrolíferos Fiscales, (YPF) por entender “de interés nacional el abastecimiento público y como objetivo prioritario el logro del autoabastecimiento de hidrocarburos”, además de la “explotación, industrialización y comercialización de hidrocarburos”. Como era de esperarse, Repsol, empresa de capital español accionista mayoritaria de YPF, ya que el otro socio con acciones, la mexicana Pemex, apenas contaba con el 9.5 de las acciones, reaccionó a través del gobierno ibérico.

El gobierno de Mariano Rajoy protestó alegando que con ese acto se rompía el principio de la seguridad jurídica; el presidente Felipe Calderón, azuzado por los españoles, definió la medida como irresponsable e irracional, y hasta la secretaria de estado de los Estados Unidos, sin intereses aparentes en el negocio, dijo que la decisión del gobierno argentino generaría debates, añadiendo a su comentario que el éxito de la apertura de los mercados de materias primas está demostrado. “El mercado abierto de recursos naturales es exitoso” comentó, lo que habría que determinar (¿o ya está determinado?) es a quién beneficie el “exitoso” negocio.

Cristina también reformó el Banco Central y se enfrentó al grupo de medios Clarín, soporte propagandístico de las dictaduras militares y comprometido con los sectores que apañaban los desafueros de los uniformados usurpadores del poder y responsables de torturas, desapariciones y muertes, no solo de ciudadanos

argentinos, sino de toda Sudamérica que sufría las consecuencias del Plan Cóndor.

La mandataria fue atrapada por la crisis económica que afectó a todos los gobiernos de Latinoamérica, Europa y los Estados Unidos y que provocó la desaceleración de las economías asiáticas, especialmente la de China que experimentaba, antes del estallido de la crisis, un crecimiento económico por encima de los dos dígitos, la diferencia con países conservadores a la hora de enfrentar la crisis, fue no buscar la solución en los bolsillos de los más pobres como lo hicieron los estadounidenses y europeos.

El comportamiento del Gobierno de Cristina frente a la crisis fue el mismo que asumieron los gobiernos progresistas de la región: No poner sobre los hombros de las grandes mayorías las medidas anticrisis.

La derrota, que desde el ascenso de Néstor al poder no se veía como posible, comenzó a asomar luego de los traumáticos procesos internos en el Partido Justicialista y el Frente para la Victoria, coalición de partidos de izquierda y progresistas que sustentaban al kirchnerismo. La conjunción de los factores internos con cuestiones de carácter endógenos y jurídicos, como la misma crisis económica y la imposibilidad de que la mandataria se presentara nueva vez como candidata, ya que en su haber tenía la de ser la persona que alcanza el solio presidencial con una de las votaciones más altas en la historia política electoral de Argentina.

Escoger a Daniel Scioli fue, quizás, uno de los elementos que profundizaron lo que para algunos era una evidente división en el Frente para la Victoria. La presidenta Cristina lo prefirió frente a otros posibles candidatos, y parte de la militancia del PJ, lo rechazaba por entender que no era un auténtico kirchnerista. Muchos recordaban las relaciones tensas entre él y la mandataria. Conociendo esta realidad, el periodista y analista político Pablo

Mendelevich, comentó a BBC Mundo que “las fracturas dentro del peronismo suponen la debilidad para el candidato”. Y, en efecto, el pupilo de la líder peronista tuvo que dividir los votos con Sergio Massa, un peronista disidente que tras abandonar el PJ y formar el Frente Renovador, lanzó su candidatura por una coalición de partidos denominado Unidos por una Nueva Alternativa para conseguir el 21.3 por ciento de los votos; un sólido tercer lugar que marcó desde ese momento el resultado de la segunda vuelta electoral.

Scioli se había alzado con el triunfo en primera vuelta, sus números alcanzaron el 37 por ciento de los votos válidos, frente al 34 de Mauricio Macri, candidato conservador de Cambiemos. Viendo así las cosas, aunque en las sumas políticas no se obtienen necesariamente los resultados que en las aritméticas, si a los números del primero sumamos los 21.3 de Massa, el candidato peronista hubiera obtenido más del 58 por ciento de los votos o por lo menos hubiera rebasado el 50 por ciento para alzarse con el triunfo electoral.

Después de tantos años, Argentina acudiría a las urnas sin el apellido Kirchner, un símbolo del rescate económico y el reencontro con la prosperidad, un elemento agregado que no solo se expresó en la contienda electoral a nivel de la candidatura presidencial, sino que se reflejó en la provincia de Buenos Aires con resultados inesperados y catastróficos para el peronismo. Sobre esto, citamos las declaraciones de Aníbal Fernández, quien fuera jefe de Gabinete y candidato a gobernador de la capital, según reseña de un análisis periodístico de Bolsa Manía publicado el 17 de diciembre de 2016: “Hubo gente de mi partido que hizo lo imposible para que me fuera mal”, aseguró tras conocer los resultados electorales, en declaraciones publicadas por BBC Mundo. **“Ese fuego amigo creyó que me paraba en una elección, pero no se dio cuenta que se hacía un agravio a sí mismo”**.

Al margen de estas consideraciones hay peronistas que atribuyen la derrota electoral a un mensaje que recurría al pasado, a los logros alcanzados por el peronismo de la mano de los Kirchner, obviando que el electorado tenía su mirada en el futuro, lo que pudo aprovechar el equipo estratégico de campaña de Mauricio Macri que vendió “el cambio” como si la frase explicara por sí misma, que éste sería positivo. La reacción del peronismo ante el eslogan se produjo demasiado tarde, aducen, lo que provocó que se llegara a un punto de no retorno, algo “inexplicable” luego de unas primarias en las que Scioli superó a Macri por ocho puntos porcentuales. Finalmente, el actual presidente se logró imponer con un 51.3 frente a un 48.6. No podemos olvidar el papel que jugó Massa para que ese fuera el resultado final.

El gobierno de Macri

Si bien es cierto que la situación económica argentina no andaba bien para el momento en que Mauricio Macri asumió la jefatura del Estado, no menos cierto es que con él la situación se ha agravado y ha puesto a cargar con el peso de la “solución” de la crisis a los trabajadores y los sectores más vulnerables. Según un estudio de la Universidad Católica de Argentina, (UCA) publicado por Crónica el primero de enero de 2016, durante los tres primeros meses de la nueva administración, la pobreza se incrementó en 1.4 millones.

Pero el alto centro de estudio aclara: *“Estas proyecciones no toman en cuenta las pérdidas de empleo ocurridas en el marco de una economía inflacionaria y afectada por ajustes macroeconómicos, ni los recientes anuncios de incremento en materia de transporte y servicios domiciliarios”*. Lo que aclara la UCA es que lo que los argentinos han llamado “tarifazos”, no fueron tomados en cuenta

para medir el impacto en la ya deteriorada situación económica de los sectores más vulnerables del país. Por ello añade la universidad: *“Cabe suponer que las proyecciones presentadas pueden estar subestimando las tasas de indigencia y de pobreza urbana, representando las mismas apenas el piso de la eventual situación actual”*.

Meses después de este estudio, esto es, al año de asumir la presidencia, la situación no mejora, aunque el Fondo Monetario Internacional pronostica una leve recuperación de la economía para el 2017. Lo que se vive por el momento, sin embargo, es un gran descontento y una inflación anual que supera el 40 por ciento, mientras continúa la ola de despidos de trabajadores que inició al momento de llegar a la administración del Gobierno.

Los empresarios y el socialliberalismo

El nacionalismo democrático como vía de independencia y desarrollo

En el contexto creado tras el colapso del Socialismo Científico, la pérdida de influencia de la socialdemocracia y el fracaso del neoliberalismo, lo de convertir a los que venden su fuerza de trabajo en ciudadanos con capacidad de compra, tiene un sentido distinto si partimos del hecho de que la izquierda socioliberal, fraguada bajo los escombros de los proyectos revolucionarios y la arrogancia del capitalismo salvaje, está en el deber de asumir aquel mensaje de Perón dentro de la estrategia de desarrollo nacional junto a los dueños del capital.

El socialliberalismo, que no es más que una izquierda reformista ante la imposibilidad de reconstruir el socialismo, porque las condiciones objetivas y subjetivas no están dadas, entiende que no puede prescindir del mercado, pero que el Estado debe estar presente para corregir las distorsiones que sus fuerzas generan en perjuicio de las grandes mayorías, cuestión que se revierte contra los capitalistas que a la larga ven estancar sus negocios porque el mercado, cada vez más deprimido, no puede demandar de los bienes y servicios que generan.

El giro a la izquierda de algunos empresarios, como en el caso de la República Dominicana, que han reclamado al Gobierno incrementar el gasto social, no lo hacen por sensibilidad hacia los sectores populares, como lo dejó claro Domingo Perón en sus discursos, sino porque el ciclo económico y comercial que les lleva a producir riquezas se cierra y la única salida para seguir ganando es poniendo a ganar a todos, cuestión que durante las décadas de los 80 y 90 no podían ver los burócratas del Gobierno y las clases dominantes y/o gobernantes que levitaban en medio de la borrachera de los números, del crecimiento que cacareaban (y cacarean) para ponerlo de fachada.

Los políticos y los partidos que tenían como base de sustentación a las fuerzas sociales de derecha que se refugiaron en el neoliberalismo, gobernaron sin visión de futuro y metieron al capitalismo en su peor crisis en los últimos 80 años; para salvarlo debieron recurrir a medidas de izquierda, a Keynes, e incluso al bolsillo de los ciudadanos y ciudadanas de a pie: a los consumidores.

Para que no se rompa el ciclo que acumula capital, los empresarios deben procurar una alianza con la izquierda socioliberal, pues como dice Luiz Carlos Bresser-Pereira: “El empresario podrá ser de izquierda, siempre que su partido, una vez en el gobierno, sea capaz de gobernar el capitalismo de forma más competente que los capitalistas”. Lula, los Kirchner, Vázquez y otros izquierdistas han demostrado administrar el capitalismo con más eficiencia que los capitalistas.

El interés del capitalista será siempre incrementar su capital, pues lo hacen los que amasan riquezas sobre las estructuras productivas transnacionales fortalecidas al calor de la deslocalización de las empresas y los incentivos de los países en vías de desarrollo para la atracción de inversiones; y también los empresarios nacionales que no pudieron por décadas pasar de clase dominante a

clase gobernante y que con la expansión de los primeros han visto peligrar sus negocios.

La competencia por el mercado ha puesto de frente a unos y otros, por ello el nacionalismo, una ideología de origen burguesa que durante un tiempo se opuso al internacionalismo por ser este último revolucionario e instrumento del proletariado (“¡Proletarios del mundo, uníos!”) y el primero reaccionario, aliado del gran capital extranjero, cambia de papeles, ya que la izquierda en su nuevo rol de defensora del nacionalismo democrático, puede convertirse en aliado de la burguesía nacional para definir un plan estratégico de desarrollo sin exclusiones, que eleve los ingresos, mejore las ganancias y establezca una sociedad de derechos.

Aunque se dice que el capital no tiene patria sino bolsillo, ésta, en la coyuntura histórica que vivimos, se convierte en una tabla de salvación para la burguesía criolla que la necesita precisamente para llenar el saquillo, solo que en medio de un círculo virtuoso de derrame con equidad, que sea la expresión de un nuevo Estado que dirija su atención al ciudadano para brindarle la justicia social y económica que nos permita elevar nuestros magros índices de desarrollo humano.

Competir en un mundo abierto en el que caen las barreras arancelarias dejando a los productores nacionales a merced del darwinismo económico y comercial, no resulta fácil para los países en vías de desarrollo que ven inundados sus mercados de bienes importados y no encuentran protección en un Estado atrapado en las fuerzas del neoliberalismo, que insiste en que la famosa “mano invisible” de Adam Smith andará entre los pequeños mercados y el mercado mundial, corrigiendo vicios y repartiendo las cargas y el botín.

La integración desde una perspectiva de izquierda

El nacionalismo democrático, sin embargo, no puede perder de vista que la integración regional puede ser un medio excelente para la alianza entre la izquierda y la burguesía, porque los países emergentes, de mercados insuficientes, deben apostar a este instrumento para crecer y hacer frente a las amenazas del capital global, pero sin perder de vista jamás que el objetivo es mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos y ciudadanas para que, insisto, siendo buenos consumidores, que no consumistas, continúen el círculo de consumir, ganar; ganar-invertir; invertir, generar empleos; en fin, construir comunidades regionales prósperas.

La integración, como herramienta económica de última generación, ha sido útil a los propósitos de desarrollo de los europeos que decidieron caminar juntos para constituirse en un inmenso mercado de 500 millones, lo que les convirtió en la unidad geoeconómica con mayor Producto Interno Bruto del planeta, superando por poco a los Estados Unidos. La unión de los 27, arropados en el manto político de la UE, creó una comunidad que revitalizó el peso político del llamado viejo continente.

Independientemente del impacto que haya tenido la crisis financiera del 2009 en algunos países de la zona euro, cambiando el desempeño económico que había mostrado la comunidad, los números que se exhibían daban cuenta de lo acertado que resultaba haber iniciado 50 años atrás, un proceso de integración que comenzó por lo económico y que en los acuerdos de Maastricht se enrumbo hacia lo político; pues resulta que según el presidente del Banco Central Europeo, luego de 10 años de creación de esa institución, se generaron en la Unión 16 millones de puestos de trabajo, un millón más que en los Estados Unidos y tres veces más que en igual período antes de su creación.

La izquierda democrática no puede huir del capital ni del mercado; como tampoco puede, o no debe, si quiere trabajar para mejorar las condiciones de vida de las mayorías, despreciar a la burguesía nacional ni a la integración regional, porque son medios y activos que nos brinda la realidad de un mundo abierto y cada vez más competitivo, para alcanzar el desarrollo de nuestros pueblos, siempre y cuando sea protagonista de primer orden en este proceso para no dejarlo en manos de los grandes capitales, comerciantes y especuladores, cuyo interés navega hacia donde vayan las corrientes del dinero fácil.

Por ello, como ha planteado para el caso del proceso de integración centroamericano, el socialcristiano Vinicio Cerezo, expresidente de Guatemala, “los procesos de integración no pueden ser simples acuerdos comerciales entre empresarios y gobiernos para que los primeros se hagan más ricos”, deben ser pactos que involucren a los pueblos como actores fundamentales que activen para diseñar junto al resto las políticas sociales que garanticen crecimiento con desarrollo.

No hay que andar con la nostalgia a cuestas y aferrarse a los modelos que sucumbieron por no dar respuestas adecuadas a los problemas económicos y sociales de nuestros pueblos. No hay que despreciar todo lo que las diferentes plataformas económicas ofrecieron a la humanidad. Los dogmas no pueden encontrar brecha a la hora de construir espacios para el bienestar colectivo, porque el propósito de la izquierda, no importa la coyuntura histórica en la que le toque accionar, es defender los intereses de las mayorías, procurando siempre la justicia social y económica.

La idea de la creación del Área de Libre Comercio de las Américas, ALCA, nace en momentos que la izquierda democrática en América Latina se comienza a abrir espacio hacia los gobiernos de la región casi con efecto dominó, lo que imposibilitó que el

proyecto, armado por los Estados Unidos y oficializado en 1994 en Miami, se implementara.

El fin de sus promotores era crear un mercado de 800 millones de consumidores y productores de riquezas que convertiría al hemisferio en una unidad geoeconómica más poderosa que la Unión Europea, cuyo mercado asciende a 500 millones de personas, y un PIB que desbordaría los 21,000 billones de dólares al año. Cuba, por razones obvias, no formaría parte de esta inmensa zona de libre comercio en Las Américas.

Pero América Latina, que comenzaba a sacudirse de sus oligarquías dependientes para suplantarlas por dirigentes que asumieron el nacionalismo democrático, no veía transparencia en la propuesta. Sospechaba que el abatimiento de las barreras arancelarias procuraba apoderarse del mercado que está al sur por lo que exigían transparencia y acceso real al mercado estadounidense.

Néstor Kirchner y Lula da Silva eran portavoces de este discurso, pero el presidente venezolano Hugo Chávez y sus partidarios eran aún más desconfiados y advertían que la propuesta de la formación de un gran mercado hemisférico buscaba apoderarse de los recursos estratégicos de América Latina, específicamente de la inmensa reserva de agua que, a juicio de expertos, escasearía en el norte y, como consecuencia, desataría conflictos sociales y políticos de imprevisibles desenlaces en la patria de Abraham Lincoln.

La desconfianza de la izquierda latinoamericana respecto al proyecto, viene justificada en las decenas de intervenciones militares, golpes de Estado, operaciones encubiertas para derrocar gobiernos progresistas, electos mediante el voto popular que ha perpetrado los Estados Unidos en más de un siglo, sin importar que la Casa Blanca esté ocupada por un demócrata o un republicano.

Los esfuerzos por el ALCA murieron frente a las dudas de un vecino con historias de atropello y la daga de la Alternativa Bolivariana para las Américas, ALBA, que tampoco encontró el camino hacia su concreción, quizá porque el estilo de pelea del presidente Chávez, su principal promotor, no hacía sentir cómodos al resto de los líderes de izquierda con lenguaje más moderado, menos “perturbador” para el mercado y el capital, o tal vez porque preferían apostar a procesos de integración menos ambiciosos como el Mercosur, por ser más fácil de administrar.

La desconfianza al Área de Libre Comercio para las Américas, ALCA, no sólo salía de las entrañas de los políticos de izquierda de América Latina, sino que movimientos sociales y todo tipo de organizaciones no gubernamentales sentían sospecha en razón de que las negociaciones no eran públicas ni democráticas, y por tanto pensaban que se trataba de una conspiración de los grandes capitales y de EE.UU. para imponer sus reglas de juego en todo el continente o colar su “Caballo de Troya” en el vientre de nuestros pueblos. No podemos olvidar que el proceso de discusión del proyecto se da en medio del esquema unipolar que dejó por herencia el derrumbe del muro berlinés y la euforia de un capitalismo que se volvió arrogante, y que, mediante los organismos financieros internacionales, comenzó a mostrar su lado salvaje, imponiendo, ante una humillada y desarticulada izquierda, políticas de abandono hacia las grandes mayorías.

La fortaleza del capitalismo se constituyó en debilidad, ya que su arrogancia lo llevó a imponer el sufrimiento con medidas de desamparo social que hizo despertar a los sectores progresistas que les trasquilaron e impidieron que hurtaran su lana; y lo hicieron convocando al progresismo junto a su espíritu combativo con la finalidad de articular una estrategia de alianza entre el capital nacional y el nacionalismo democrático, para poner freno a los

que pretendían constituirse en amos y señores de la aldea global que describieron Marshall McLuhan y Bruce R. Powers.

Aniquilado el proyecto ALCA, los sudamericanos se concentraron en el Mercosur, conscientes de que la integración viene a ser un instrumento idóneo para definir proyectos subregionales de desarrollo que impidan que Uruguay y Paraguay, por ejemplo, se conviertan en naciones inviables, ya que el tamaño de sus economías no les permitiría de forma aislada alcanzar el desarrollo.

El Mercosur, que tiene como miembros a Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay y Venezuela; como países asociados a Chile, Perú, Colombia y Ecuador, y en proceso de incorporación a Bolivia, va avanzando hacia la unión aduanera con la intención de llegar al mercado común, aunque para lograrlo tendrá que armonizar algunas leyes y manejar en conjunto políticas macroeconómicas y sectoriales.

El Parlamento del Mercosur (Parlasur) es el órgano político de ese esquema de integración subregional con 18 diputados por país, designados por los parlamentos nacionales en algunos casos y electos mediante el voto popular en otros. Tiene pendiente aplicar la proporcionalidad de acuerdo a la población de cada país integrante, un paso que, de acuerdo a algunos, le da fortaleza al órgano y al propio sistema de integración por el que van apostando los hermanos del sur que no encontraron nicho en el ALCA ni se pudieron acomodar en el ALBA. Sin embargo, el tamaño de Brasil y Argentina hace que los pequeños como Uruguay y Paraguay no simpaticen con la aplicación de la proporcionalidad, debido a que estos dos países tendrían una enorme mayoría en la asamblea, razón por la cual debería abocarse a definir una ecuación que permita el reconocimiento de la representación de acuerdo a la población sin que esto se constituya en mayoría que aplaste.

Razones históricas más que coyunturales explican el proceso de integración centroamericana, de ahí que el tema ideológico no marca en modo alguno, el interés del istmo por avanzar hacia la concreción definitiva de una unión que trascienda lo económico para abarcar lo político y cultural, como piensan los sectores más avanzados en la subregión.

Por esto, aquí los intereses del capital nacionalista de nuevo rostro y el progresismo en sentido general, pueden arribar a acuerdos con sectores conservadores para avanzar en la integración, como lo han concebido los istmeños desde que en 1821 decidieron construir una república democrática y moderna que no perduró, debido a que muchos de los líderes de entonces preferían ser cabeza de ratón y no cola de león, vocación que desgajó en cinco naciones el proyecto unionista que intentó sostener Francisco Morazán.

El espíritu integracionista del Presidente que dio su vida por restaurar el proyecto de una Centroamérica continental unida, se paseó de forma constante inspirando a uno que otro ciudadano con la intención de reeditar, por la vía de los acuerdos, sin el uso de la fuerza, el Estado confederado reencauzado en 1991 con la firma del Protocolo de Tegucigalpa que venía precedido de 20 convenios que procuraban en principio crear una zona de libre comercio.

Visto el asunto desde este prisma histórico, resultaría fácil colegir que la integración, instrumento económico del que echamos manos los países de mercados pequeños como los centroamericanos para alcanzar el desarrollo, tiene más posibilidades de avanzar que allí donde no ha habido una cultura integracionista. Esta facilidad despeja, como afirmé, las turbulencias ideológicas que pudieran surgir entre los que sustentan un nacionalismo social de mercado y las oligarquías dependientes del capital extranjero, que

quieren mantenerse como utensilios de mesa que llevan a la boca de obesos capitales foráneos la comida de los famélicos productores nacionales.

La fuerza de la cultura integracionista que se ha venido forjando a lo largo de los años, más el empuje coyuntural de buscar protección en acuerdos subregionales que nos blinden de la agresividad de los mercados que disponen hoy día de barreras arancelarias más débiles, pueden conjugarse para darle velocidad a una integración progresista en la Centroamérica ístmica e insular.

La consigna de “Europa a dos velocidades” que la UE levantó con la intención de terminar con el estancamiento que afectaba el avance del proceso unificador y que se sustentó en un programa que tuvo como propósito destrabar los desacuerdos que generaban las asimetrías económicas, debe ser asumida por los países que componen el Sistema de Integración Centroamericana (SICA). Así las cosas, Belice, que tiene objeciones para integrarse a los órganos políticos del sistema alegando que su tamaño no le permitiría, por ejemplo, tener una representación similar al resto de los países que integran el Parlamento Centroamericano, PARLACEN, porque su presencia en esta entidad de carácter regional superaría en número al congreso de su país, debería acogerse a las facilidades que da el nuevo Tratado Constitutivo para contribuir con el avance del proceso integracionista.

Lo propio podría ocurrir con Costa Rica que se niega a pertenecer a los órganos políticos del sistema por razones diferentes. Ellos piensan que deben acogerse a los pasos clásicos de los procesos de integración que son: acuerdo de libre comercio, como primer paso; unión aduanera, como segundo; mercado común, como tercero, y por último, la unión política, que implicaría un parlamento y un banco regionales, y lo que se deriva de la existencia de éstos.

Si los europeos caminaron por la ruta a que aspiran los costarricenses se debe a que razones económicas y no políticas los colocaron en la vía de la integración, cuestión que no ocurrió en el istmo, porque allí siempre ha estado marcada por cuestiones que si bien han rozado lo económico, el móvil fundamental se anida en lo político.

En todo caso, de lo que se trata es de buscar salidas apropiadas para impedir un nuevo desgajamiento. El esfuerzo político debe provocar lo contrario, pues no sólo el istmo puede trabajar en la construcción de un espacio regional capaz de hacer frente a los desafíos que representa la creación de grandes bloques económicos y el surgimiento de nuevas potencias en el hemisferio y el mundo, sino que la parte insular de Centroamérica debe sumarse, para que de a poco, diseñemos una comunidad con espacio para las oportunidades. Moverse en el terreno de la integración subregional tiene más posibilidades de éxito que la unión latinoamericana, ya que agotar el primer proceso nos llevará al segundo.

No resulta difícil para el progresismo en esta subregión arar en el terreno de la integración, ya que la historia y la cultura ístmica son un aliado fundamental a la hora de concertar acuerdos y alianzas con el capital que sabe de los riesgos que corre si la aldea global sigue rindiéndose a los pies de las transnacionales que les arrinconan, y cuando es posible, les dejan participar del festín en calidad de socios pobres.

La Coppel y el Foro de Sao Paulo

Las reflexiones existenciales de la izquierda, iniciadas en 1990 con la convocatoria del Partido de los Trabajadores de Brasil, el 2 de julio, venían precedidas de un gran número de encuentros, que se produjeron a nivel mundial para analizar si la perestroika de Mijaíl Gorbachov pretendía reformar el socialismo para revitalizarlo o desmontarlo para dar paso a la unipolaridad que pasaría a liderar los Estados Unidos bajo el esquema de la globalización y la consigna de la “Revolución Científico-Técnica”.

Los más lúcidos sabían que el llamado Socialismo Científico caminaba hacia las puertas del colapso, porque como dijera Juan Bosch, “el régimen que estaba llamado a gobernar a favor de los trabajadores, o a imponer su dictadura, de a poco se fue convirtiendo en su verdugo” como resultado de un anquilosamiento que abrió espacio a una burocracia partidaria que, a decir de algunos, sirvió de base para diseñar un capitalismo de Estado que estaba llamado a fracasar, porque la lógica del capitalismo tiene una dinámica que no encaja bajo las estructuras sociales y económicas diseñadas por el Socialismo Real.

El asunto es que la convocatoria de julio en Sao Paulo abrió un debate rico, plural y democrático en el que se comenzó a encontrar el camino para la conjunción de fuerzas progresistas que

dieron forma a estas discusiones en lo que se llamaría Foro de Sao Paulo; una plataforma que comenzó a redefinir los criterios de la lucha política para adecuarla al contexto creado por el triunfo del capitalismo y su cara más dura.

El auge de la izquierda en el continente americano tiene sus raíces, primero, en el fracaso de las políticas neoliberales que convirtieron a nuestros países en fábricas de muchos pobres y pocos ricos; y segundo, en la adecuada redefinición de la lucha política para que la convergencia limara las asperezas del extremismo agrupando al progresismo alrededor del nacionalismo democrático y acercando a los partidos a los movimientos sociales.

Ya el Frente Amplio en Uruguay, en medio de la confusión creada por la perestroika y la glasnost, había diseñado un esquema parecido que casi le conduce al poder en 1989. En el 1988, Cuauhtémoc Cárdenas, con su Frente Democrático Nacional, había ensayado la fórmula del Foro de Sao Paulo que también experimentaba la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe (Coppal); él ganó, pero la maquinaria fraudulenta de Carlos Salinas de Gortari no le permitió gobernar.

La Coppal se fundó antes de la caída de las llamadas democracias populares que lideraba la Unión Soviética y de que los partidos de izquierda y progresistas entraran en la crisis existencial que les provocó el derrumbe del muro berlinés, con partidos de las mismas características del Foro de Sao Paulo. Su ideólogo y fundador, Gustavo Carvajal Moreno, entendió que una organización de carácter continental debía surgir en aquel contexto de Guerra Fría para trabajar junto a las organizaciones políticas en la consolidación de procesos políticos conducidos desde la óptica y los intereses latinoamericanos.

La organización se fundó en Oaxaca, México, el 12 de octubre de 1979, y desde ese momento ha mantenido su apoyo a la

Revolución Cubana, la Sandinista, los procesos de democratización de todos nuestros países, el acompañamiento en los procesos de paz en Colombia y la defensa, igual que el Foro de Sao Paulo, de los gobiernos de izquierda y progresistas de nuestra región.

Gustavo Carvajal Moreno, con el apoyo del Partido Revolucionario Institucional (PRI) dio vida a la organización regional, de ahí que, desde aquel octubre hasta 2005 todos los presidentes de la Copppal eran a su vez presidentes o presidentas de la formación política mexicana, pues desde el año señalado hasta el 2007 lo condujo Antonio Cafiero, destacado dirigente del Partido Justicialista argentino con una larga trayectoria política que lo llevó a ocupar varias posiciones públicas, entre ellas la de senador por la provincia de Buenos Aires. El autor de este trabajo sería el siguiente político no mexicano en dirigir la entidad, hecho que se produjo mediante una elección en Santo Domingo el 12 de mayo de 2016.

Al día siguiente de la elección, en el acto en que juré como presidente ante Gustavo Carvajal Moreno, presidente adjunto vitalicio desde que abandonó su presidencia en 1981, hablé de los compromisos de la Copppal desde su fundación hasta aquel momento y definí, de acuerdo a lo que establece la Declaración de Oaxaca en la que la entidad delineaba su contenido ideológico, las nuevas batallas que se librarían en el nuevo contexto multipolar que marca una lucha de poder frente al vacío hegemónico dejado por el declive de algunas potencias. A continuación el texto:

Los retos de la Copppal ante la realidad política del mundo actual

Por justicia, mis primeras palabras son para agradecer, al líder fundador de nuestra Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe, Copppal, compañero Gustavo

Carvajal Moreno, que desde el ingreso del Partido de la Liberación Dominicana, PLD, que envió como primeros delegados a quien les dirige la palabra y al inolvidable Juan Francisco Santamaría, me dispensó un trato, que no puedo definir de privilegiado, pero sí de especial, con marcado e inconfundible afecto.

Este trato le llevó a proponerme que valorara la posibilidad de asumir mayores niveles de compromisos en nuestra organización, los que comienzan a concretarse esta tarde. Además de él, no puedo dejar de mencionar el apoyo recibido por el compañero Leonel Fernández, líder de la organización en la que milito desde adolescente, pero también a los colegas del Partido Revolucionario Dominicano y demás compañeros de las formaciones que convergen en esta formidable e influyente organización continental, concebida en México por Carvajal Moreno y el Partido Revolucionario Institucional, PRI, en un contexto político de polarización de las ideas, que tenía como escenario a una América Latina marcada por la intolerancia.

Esa realidad sirvió de inspiración para que viera luz este proyecto progresista que nació con la idea de luchar junto a los partidos que compartían su filosofía, sus ideas de progreso, cimentadas en pilares como la LIBERTAD, la SOBERANIA, la DEMOCRACIA y la EQUIDAD.

Las dictaduras y las “democraduras”, como expresión política de las oligarquías, focos dominantes de nuestras sociedades en las que se encontraban sectores burgueses sin conciencia de clase, cuyos capitales tenían el freno, a voluntad de entrega y sin resistencia alguna, de empresas y gobiernos extranjeros, tapizaban el tablero político latinoamericano que nos convertían en colonias de nuevo tipo.

La Coppal, nace, emerge, consciente de la titánica labor que debe realizar en su acompañamiento a los partidos que

definieron como norte luchar por la democracia a través de las luchas populares, muchas veces por la vía de elecciones formales en las que el pueblo no tenía oportunidad de acceder al poder político, debido a que eran mataderos electorales, como los definió en los años 70 el profesor Juan Bosch.

Otras veces, había que elegir el camino de las más duras confrontaciones, en las que la vida se convertía en ofrenda para la libertad, en abono para fertilizar ideas revolucionarias y reformistas, pero que en todo caso, buscaban iniciar procesos de democratización de nuestros pueblos.

El final de la confrontación Este/Oeste parece habernos ayudado a terminar más rápido con las dictaduras. Nuestros pueblos comenzaron a tener en las urnas una esperanza democratizadora, que comenzó a serlo en términos parciales, porque a poco de recuperar la democracia, sin soberanía plena, el capital y Occidente pusieron en marcha la conquista de los mercados globales a base de desregulación, de la aniquilación de las fronteras vigiladas, por aranceles y toda suerte de medidas en el campo del comercio, las finanzas y el mercado laboral que sirvieron de base para levantar el asfixiante neoliberalismo impulsor de la profundización de las desigualdades.

Este nuevo contexto, que dio inicio a una recomposición geopolítica y geoeconómica, con negativas consecuencias para nuestras clases medias y nuestros pobres, trajo como consecuencia la articulación de viejas fuerzas que quedaron sin referente ideológico a raíz del derrumbe del muro berlinés, las que, a partir de entonces, reivindicaron el discurso progresista para enfrentar la imposición de las políticas económicas de corte liberal con un éxito que retumbó en el continente llevando por la vía de las urnas a las formaciones progresistas que ya luchaban desde la Coppel para romper con la desprotección del Estado, que dejaba sin cobija y a la intemperie a nuestros pueblos.

Ya en el gobierno los partidos progresistas, la Coppel continuaría su acompañamiento para ayudar a su afianzamiento en el poder, porque con el afianzamiento en el poder, las conquistas sociales y la construcción de un estado de bienestar, vendrían a crear una región con desarrollo verdadero y sostenible, ese que hoy está amenazado por las antiguas fuerzas oligárquicas que reciben instrucciones foráneas.

Lo que acabo de afirmar se sabe, lo estamos viendo en Brasil, en Bolivia, en Argentina y asoma en Ecuador y El Salvador. Y lo que no se entiende es cómo capitalistas que se han beneficiado del crecimiento de la clase media que comenzó a demandar más bienes y servicios de los que ellos ofertan, se suman al caos en donde todos pierden.

Es cierto que en la construcción de sociedades más incluyentes, los partidos progresistas, desde la administración del Estado, cometieron errores que llevarían a la creación de problemas de orden estructurales que se agravaron con la crisis que estalló en 2008 y se extendió por todo el planeta.

Pues mientras los altos precios de los commodities ayudaron a financiar los programas sociales, se fue descuidando la industria nacional hasta caer en un proceso de involución que nos llevó a la primarización de nuestras economías, con el agravante de que mientras este fenómeno se producía, la demanda de materia prima se desplomaba al ritmo de la desaceleración de la economía mundial.

La llegada de la crisis a América Latina pudo haber estimulado a las fuerzas conservadoras que laten en toda la Patria Grande, a diseñar lo que he denominado El Plan Atlanta, por haber sido revelado en aquella ciudad capitalina del estado de Georgia, en donde, en incalificable desprecio por la democracia, se planteó la necesidad de sacar del poder por vías no electorales a los partidos

progresistas ya que eran favorecidos elección tras elección por los ciudadanos y ciudadanas de nuestros pueblos.

Para lograrlo, toda suerte de travesuras antidemocráticas serían válidas, pero se identificaron con las que entendían o entienden más efectivas. Entonces se escogió como preámbulo, el cerco mediático, para desacreditar a los líderes que se atrevieron a robarse el corazón de las masas, con la expresa intención de minar su liderazgo y preparar la plataforma para la judicialización de los procesos políticos que llevarían a los golpes constitucionales, a los golpes congresuales y hasta a los golpes financieros o económicos, con ausencia total de las viejas botas, pensando que con ello no crisparían los ánimos de los ciudadanos y ciudadanas.

Son, como los han definido, golpes suaves o blandos, como el que sufrió el compañero Fernando Lugo y el que se perpetró contra Manuel Zelaya, en el que, a pesar del esfuerzo, las botas enseñaron un poco de la vieja escuela. Aquellos pudieron ser globos de ensayo para medir el impacto de lo que podría venir cuando el plan se pusiera en ejecución en toda la región, como lo vemos ya con Dilma y amenazan a Salvador Sánchez Cerén, y el resto que han marcado en sus carpetas.

Son acciones que atentan contra la democracia, que atentan contra las políticas de inclusión, que atentan contra la construcción de un estado de bienestar a todo lo largo y ancho de nuestra Patria Grande, y eso no lo pueden permitir nuestros pueblos, eso no lo pueden permitir nuestros partidos, eso no lo puede permitir la Coppel, formada para luchar por todo lo que quieren destruir, desconociendo incluso las propias reglas de juego que crearon e impusieron a nuestros pueblos.

Compañeros y compañeras, señoras y señores, la Coppel ha venido recorriendo los procesos políticos en América Latina y el Caribe, acompañando a los partidos que defienden los mejores

intereses de los ciudadanos y ciudadanas, y continuará haciéndolo a propósito de los súbitos cambios que se vienen produciendo con el avance de una sociedad global que se inserta de forma sostenida en el mundo de la tecnología de la información y la comunicación, de la sociedad del conocimiento que va trasformando la forma en que producimos las riquezas.

Son cambios que impactan en las fuerzas productivas y que por tanto impactan en el tipo de sociedad que responde a esquemas productivos que se superan, por esta razón las organizaciones políticas tienen que ajustarse a los cambios, a los nuevos paradigmas.

Por ello hemos propuesto el instituto de formación política Gustavo Carvajal Moreno, que operaría de forma combinada, aprovechando las ventajas que ofrece el mundo virtual y el tradicional esquema presencial.

La idea es formar a las actuales y futuras generaciones poniendo en sus manos las herramientas del conocimiento que les ayuden a comprender el nuevo y cambiante universo. Pero a la formación hemos propuesto la descentralización de nuestra institución para que opere en todo el continente sobre la base de cinco subregionales: cono sur, sur andinoamazónico, Centroamérica, el Caribe y Norteamérica, cada una de las cuales estará coordinada por un vicepresidente.

El instituto de formación tendrá, además de un coordinador general, coordinadores en las regiones mencionadas.

Señoras y señores, como la conspiración no se limita a América Latina y el Caribe, sino que responde a toda una estrategia occidental que procura moldear la globalización de acuerdo a sus intereses y detener la pérdida de su hegemonía, fortaleceremos nuestra alianza tricontinental, con mayor acercamiento a la Conferencia Internacional de Partidos Políticos de Asia, ICAPP y el

Consejo de Partidos Políticos Africanos, CAPP, como forma de desarrollar una agenda Sur/Sur que nos permita ser actores de primera línea en el escenario global que se construye.

Juntos trabajaremos para romper el cerco económico, mediático y judicial que Occidente nos ha creado mediante el guion que inició con el aumento en la producción de petróleo y gas natural mediante la explotación de esquisto que procura quebrar a los países productores de petróleo, y continuó con el Plan Atlanta y los Papeles de Panamá, para desarticular el BRICS y todo intento de acuerdos comerciales y políticos que excluya a Occidente.

Compañeros y compañeras, la idea es dar continuidad a la agenda que elaboró la Coppel desde su nacimiento, de acompañar a los pueblos en las luchas por sus causas justas, pero como con la consolidación del proceso de globalización se acentúa la interdependencia entre los pueblos, la agenda debe ser más abarcadora.

Estos son los compromisos que asumimos para hacer de la Coppel un instrumento más fuerte al servicio de los partidos que procuran el progreso de nuestros pueblos, para hacer de nuestra Patria Grande una región verdaderamente próspera e incluyente.

¡Viva la Unidad de América Latina y la construcción de la Patria Grande!

¡Viva la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe!

El ascenso de Evo Morales

Con el empuje de los partidos progresistas de la región en alianza con los movimientos sociales y religiosos, los pueblos originarios de Bolivia encontraron el camino de la emancipación, más de 500 años después de que sus destinos fueran marcados por el atropello y el saqueo a sus identidades. Evo Morales, un producto de las fuerzas sociales que convergieron para crear la gran ola progresista que comenzó a transformar el hemisferio, con su peculiar estilo, tomó de la mano el rumbo reivindicador de las mayorías, en un esfuerzo titánico por hacer más justa la tierra que le vio nacer.

Evo Morales, llevado por desgracias naturales y sociales, de niño pastor de llamas a dirigente sindical, comenzó a abrirse paso hacia la presidencia de Bolivia al liderar a los cocaleros de su país enfrentados por su gobierno y el de los Estados Unidos, que en su lucha contra las drogas planteaban la eliminación de las plantaciones de coca, cuyo cultivo milenario está estrechamente ligado a sus hábitos culturales y sustento económico.

Los cocaleros, como forma de contribuir a la lucha planteada por su gobierno y el extranjero, sugerían combatir la cocaína, una sustancia alucinógena derivada de la hoja de la planta que ha estado ligada a la vida de los pueblos indígenas desde cientos de años antes de la conquista europea como ya afirmé. Para las autoridades

nacionales y extranjeras esta no era una salida admisible, por lo que, según el propio Evo, la Drug Enforcement Administration (DEA), o Administración para el Control de Drogas, participó en acciones represivas, para eliminar, incluso físicamente, a dirigentes de los movimientos sociales y a su propio líder. No hay que olvidar que los tentáculos de esta entidad se extienden por todas partes penetrando a los organismos antidroga de los países dependientes de los Estados Unidos, llegando incluso a dirigirlos, como ha venido ocurriendo con la Agencia Central de Inteligencia, CIA, por sus siglas en inglés, que suplantó (y suplanta) en muchas partes del mundo a los servicios de investigación locales.

Los Estados Unidos y el gobierno de Bolivia no entendían que no se estaban enfrentando a delincuentes que cultivaban coca para convertirla en la droga que corre como ríos por las calles estadounidenses, idiotizando a ciudadanos de todas las edades y todos los niveles sociales, sino a agricultores que sembraban la planta de la que han vivido y con la que han convivido amigablemente durante siglos, como lo han hecho y lo hacen pueblos que plantan tabaco, maíz, caña, agave, uva y otros productos de los que se extrae el alcohol que mata a millones de seres humanos cada año.

¿Falso combate de la DEA?

Mientras la agencia estadounidense antidroga definía planes para desarticular la producción cocalera, según lo que difundía la prensa, en sectores de nuestra sociedad regional iniciaba un cuestionamiento al papel de la DEA en Latinoamérica. ¿Era un pretexto para mantener y justificar la presencia de sus agentes inmiscuyéndose en los asuntos internos de nuestros países con fines políticos? ¿Por qué en el supuesto combate al narcotráfico no hay registros de persecución, apresamiento, sometimientos y condenas a los

narcotraficantes y sus cómplices en los Estados Unidos? ¿Quiénes son los mayores consumidores y dónde se lava el dinero producto de este negocio?

Durante la celebración de la VII Cumbre de las Américas en Panamá realizada entre el nueve y 11 de abril de 2015, con la participación por primera vez de Cuba, excluida del sistema interamericano en 1962, la presidenta Cristina Fernández de Kirchner abordó el tema del narcotráfico orientando sus palabras a parte de los cuestionamientos que he mencionado. Clarín, diario adverso a su administración, reseñó, entre otros medios, esa parte de su intervención en su edición del 11 de abril, pero como ninguna reseña periodística encontrada reprodujo todas sus palabras me auxilié de YouTube para copiarlas de forma íntegra:

En principio, quiero referirme a la intervención que le cupo al señor presidente de la República de Colombia, doctor Juan Manuel Santos, en relación a dos temas. Uno, de carácter global y que nos preocupa a todos, pero que además de preocuparnos debe ocuparnos en señalar las causas, las consecuencias y cómo combatir el problema del narcotráfico. Porque la droga y el narcotráfico pueden convertir a Estados de esta región, en Estados fallidos.

Hablaba Juan Manuel del combate contra la droga, algo en lo que todos estamos comprometidos, pero si realmente no se aborda la droga desde el problema de los países consumidores, porque tenemos que decir también la verdad, los países en donde se la produce no es mayormente donde se la consume. Y también hablar del financiamiento del narcotráfico, porque en los países productores, cuando sale la sustancia tóxica, vale 2,000 dólares, pero, por ejemplo, llega a Chicago y vale 40,000.

Entonces, deberíamos abordar y deberían abordar fundamentalmente los países que más consumen droga este problema y, fundamentalmente también, el nudo de la

cuestión, el financiamiento. ¿En dónde se lava el dinero del narcotráfico? ¿En los bancos de los países que la producen o en los bancos de los países desarrollados y los paraísos fiscales que pertenecen a los países desarrollados?

No seamos cínicos, no seamos cínicos. Miles y miles de millones de dólares que se blanquean en paraísos fiscales y en bancos de los países desarrollados, si no se aborda ese problema no hay solución para el narcotráfico. De la misma manera y con el mismo ahínco que se investiga y se sigue el financiamiento del terrorismo internacional, se debe también seguir el financiamiento y el camino de dónde va el dinero de los carteles de la droga. Si no se aborda desde ese punto de vista, vamos a tener 20,000 cumbres, y lo que es peor, los países emergentes van a quedar con los muertos y con las armas que también producen los países desarrollados y le suministran a los carteles.

Fíjense qué contradicción: con la droga y el dinero se quedan los países desarrollados; con los muertos y las armas, los pobres de América Latina. Entonces, abordar este problema significa tener una clara política por parte de las naciones centrales en el tema del lavado producto de ese dinero.

Respondiendo a unas acusaciones del embajador estadounidense en la República Dominicana, *James Brewster*, quien acusó al país de ser el mayor puente de la región para el tráfico de drogas hacia su país, emití unas declaraciones de las que se hicieron eco algunas agencias y periódicos, las que también difundió el diario Hoy, la que copio a continuación porque en ellas hago referencia a unas cifras de lavado que hace el intelectual y académico estadounidense James Petras:

El presidente de la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe, (COPPPAL), Manolo Pichardo, salió hoy al frente a las

declaraciones del embajador estadounidense en República Dominicana, quien afirmó que el país caribeño es el mayor puente de tráfico de drogas hacia Estados Unidos.

Pichardo le enrostró al embajador James Brewster que su país es el mayor consumidor de drogas del mundo, según una investigación realizada por la Junta de Fiscalización de Estupefacientes (JIFE), una dependencia de la Organización de las Naciones Unidas, ONU.

Asimismo, señaló que de no haber consumo no hubiera oferta y como consecuencia tampoco tráfico “de un producto que deja cerca de 500 mil millones de dólares a los bancos estadounidenses que blanquean para financiar hasta el déficit presupuestal de aquella nación”.

Pichardo citó un artículo del académico e intelectual estadounidense James Petras, titulado “Estados Unidos, un imperio financiado con dinero sucio”, en el que el autor afirma que según investigaciones hechas por legisladores de aquel país, de los más del billón de dólares que se blanquean en el mundo, más de la mitad llegan a los bancos del país del norte.

Pichardo, quien también fuera presidente del Parlamento Centroamericano, PARLACEN, dijo que si se lee con detenimiento el ensayo del académico, se notará que algunos de los bancos que fungen de calificadores del desempeño de nuestras economías y la transparencia de nuestro sector financiero, son los principales lavadores del dinero sucio que entra a la economía de los Estados Unidos.

“Siendo así, el más grande consumidor de drogas del mundo, es el más grande lavador de dinero sucio del planeta, lo que además demuestra que es, si no el país más corrupto, que usa ese dinero para mantener viva su economía, sería uno de los que más promueven o apañan la corrupción”.

“El mayor consumidor de drogas del mundo y la más grande lavandería de dinero sucio a nivel planetario, no puede echarle en cara a República Dominicana ni a ningún otro

país que sea puente para el traslado de estupefacientes, pues son declaraciones que buscan simular una lucha irreal contra las drogas en la que no caen los ciudadanos estadounidenses que ingresan y distribuyen el producto sin que tampoco se sepa de incautaciones como se ve por nuestros países”, afirmó.

Movimientos sociales y cocaleros

La lucha de los movimientos sociales bolivianos encontró en la agenda de los cocaleros una vía expedita para el crecimiento, para fortalecer el liderazgo de quien se convertiría en el primer presidente indígena de Bolivia, en el líder llamado a vindicar los derechos de los pueblos originarios, de las naciones aborígenes que por más de 500 años han sido eclipsadas bajo la sombra de la cruz que secuestró sus cultos y su inserción real en una sociedad estructurada y regulada sobre esquemas occidentales.

Los anhelos de los grupos sociales y el Movimiento al Socialismo, MAS, llegaron en la misma piel de quien enfrentaría a los oligarcas para construir una democracia participativa, incluyente y abierta para todos, llamada a borrar la afrenta de la segregación étnica y la marginalidad social y económica, lo que ha venido a constituir una auténtica Revolución Democrática Cultural, legitimada con el respaldo de las mayorías.

Lo que no puede perder de vista el expastor de llamas es, que para construir una sociedad de oportunidades, justa y próspera, debe producir riquezas para lo cual debe aliarse al nacionalismo democrático como forma de enfrentar las amenazas del capital que anda como tiburón hambriento, de playa en playa, devorando pececillos.

Evo encontró un país pobre, el más pobre de nuestro continente después de Haití. En tales condiciones su mensaje redentor arrastró a las masas hacia el redil que fue construyendo de la mano

de las fuerzas sociales que se expresaban a través de los grupos populares. Su matrimonio con estos sectores le va acompañando en sus gestiones de gobierno, a pesar de las adversidades que ha debido enfrentar para mantener en pie su proyecto político.

Al entrar Evo en su segunda administración la pobreza seguía agobiando a los bolivianos, no obstante el desempleo sólo alcanzar el 8.8%, porque resulta que el 73% de éstos eran informales, trabajos de mala calidad que se traducen en ingresos miserables que ponen a seis de los 10 millones de ciudadanos en la línea y por debajo de la línea de la pobreza.

La economía había crecido a un promedio de 5.2%, pero algunas instituciones nacionales e internacionales afirmaban que el crecimiento se repartía de forma desigual y que las políticas asistencialistas del Gobierno, más que combatir la pobreza, la perpetuaban porque no estaban acompañadas de planes que fueran insertando a los beneficiarios de los programas en un mercado de empleo que brinden los sectores productivos privados y estatales, como ocurría en países como Chile y Brasil.

Aducían los que antagonizan con el gobierno del presidente Morales, que él, antes que concertar un proyecto nacional de incentivo a las empresas de capital privado para promover el empleo de calidad, ha decidido competir de forma desleal, estatizando y dando toda clase de estímulos a las compañías públicas que van demostrando ser deficientes como lo fueron en el pasado.

Estas afirmaciones, sin embargo, se encontraron de frente con otras opiniones, pues resulta que tras la nacionalización de la industria de los hidrocarburos, el Estado obligó a las petroleras que operan en Bolivia a renegociar las regalías que pagaban al Gobierno, para incrementar la participación del Estado en las utilidades del sector de un 20 a un 82%; lo que dejaba a las empresas de capital privado con el 18 por ciento. A pesar de esta

medida, polémica en su momento, las empresas del negocio admiten que la explotación no dejaba de ser rentable.

En mayo de 2012, durante el Día Internacional del Trabajador, Morales dio a conocer la nacionalización de la Transportadora de Electricidad SA, del grupo español Red Eléctrica. Esta recuperación vino a ser la última de una cadena que comenzó en 2006 con Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, YPF, y que continuó con la mina de estaño, el complejo metalúrgico Vinto, de la minera Sinchi Huayra, subsidiaria de la suiza Glencore International. Lo propio hizo con Entel, una filial de la italiana Telecom, procurando el Gobierno con ello “hacer de las telecomunicaciones un derecho humano”, y que Entel, la más grande telefónica boliviana, “sea una empresa rentable, competitiva y líder del sector”. Estos ejemplos fueron acompañados de procesos similares que afianzaron el liderazgo de Evo, no sin que los adversarios alzaran su voz de protesta.

La primera de las nacionalizaciones respondió a una promesa de campaña específica, pero el resto resultó ser consecuencia de un programa revolucionario que, con el apoyo popular, se diseñó para devolver los recursos bolivianos al pueblo para con ello mejorar las condiciones materiales de existencia de los ciudadanos y ciudadanas.

Con todo lo ocurrido, el gendarme económico mundial, conocido como Fondo Monetario Internacional, cuyo papel protector ha estado siempre al servicio de las transnacionales, en un informe divulgado en 2010, elogió la forma en que el gobierno de Evo Morales enfrentó los apuros económicos que impactaron el planeta al afirmar que su administración mostró “una sólida gestión macroeconómica y una eficaz respuesta política para mitigar los efectos de la crisis global”.

Algunos economistas conservadores, que tuvieron participación activa en gobiernos anteriores, han señalado que a pesar de la retórica de izquierda que acompaña al presidente boliviano, su gestión ha caminado por las sendas de los organismos financieros internacionales, disciplinando la economía, lo que ha permitido el más alto crecimiento en los últimos 30 años, que haya bajado la deuda de un 84 a un 37% e incrementado la demanda interna de un 2 a 6% anual.

El tercer mandato del presidente Evo Morales, como el resto de los países de América Latina, sobre todo los que tienen como principal rubro de exportación combustibles fósiles, comenzó a sentir el impacto del desplome del petróleo y el gas. El 50 por ciento de las exportaciones de Bolivia dependen del gas. La caída de este recurso sentó las bases, para algunos, de la primera derrota electoral del mandatario, que no pudo, mediante referéndum, conseguir la aprobación popular para optar por un cuarto período.

La cierto es que si bien el argumento pudiera entrar en la lógica del análisis del revés, también es cierto, que contra el exlíder cocalero se montó una campaña de descrédito que recorrió desde su vida privada hasta el cuestionamiento de su desempeño en lo relativo al combate de la corrupción y la denuncia de la oposición que, junto a medios de comunicación nacionales y extranjeros de mucha influencia, crearon toda una narrativa dirigida a sepultar los logros de la Revolución Democrática Cultural boliviana, que rescató de la marginalidad a las mayorías pretendiendo ubicar a la administración de Evo en un escenario de repudio colectivo.

El expresidente de Bolivia Jorge Quiroga llegó a declarar que “la democracia en el país está mal... porque las instituciones están copadas por el Gobierno, porque la libertad de expresión está amenazada y porque la oposición está perseguida”. Más que a los

mensajes de Evo, CNN y otras cadenas difundían declaraciones de esta naturaleza y otras que incluso involucraron a uno de sus periodistas en una denuncia que resultó ser falsa, pero que buscaba incidir en el proceso de votación.

Un cable de la agencia EFE difundido el 12 de junio de 2016 deja claro cómo se jugó sucio para infligir la derrota a Evo; un esquema que ha venido repitiéndose con los gobernantes o líderes progresistas de la región, como veremos más adelante. Leamos el cable:

Un juzgado ordenó la reclusión preventiva en prisión de cuatro personas y la detención domiciliaria de una acusada que está embarazada, todos imputados por haber participado en el engaño de presentar ante la Justicia a un niño como si fuera el hijo del presidente boliviano Evo Morales.

Los cinco están imputados por trata de personas, impedir el ejercicio de funciones, engaño a personas incapaces y asociación delictiva, informó la Fiscalía en un comunicado.

Los acusados supuestamente colaboraron con la expareja de Morales, Gabriela Zapata, para entrenar a un niño de cinco años para que declare ante una jueza que era hijo de la mujer y del mandatario.

Zapata presentó al menor de forma reservada durante el juicio que le inició el gobernante para forzarle a mostrar al supuesto hijo de ambos debido a que ella aseguraba que estaba con vida, mientras que el presidente sostenía que había muerto tras nacer en 2007.

Según los fiscales, Zapata recurrió a un niño de cinco años para el montaje, pese a que el supuesto hijo de Morales tendría nueve años si es que estaba con vida.

Los imputados son Claudio Rivera, Andrea Montesinos y su esposo Wilson Garrido y los padres del menor, Isela Chávez y Víctor Vega.

Los acusados, según la Fiscalía, recurrieron al niño a insistencia de Zapata porque necesitaba a un menor para hacerlo pasar por el hijo del gobernante.

La Fiscalía estableció que los abogados de Zapata ofrecieron entre 5,000 y 15,000 dólares a los padres del menor, además de pagar todos sus estudios colegiales y darles también un terreno a cambio de usar al niño para concretar el fraude ante la Justicia.

El niño fue entrenado para fingir que era hijo de Morales y de Zapata no solo ante una jueza sino también ante el canal de televisión CNN, que pactó una entrevista, según la Fiscalía.

El fiscal general del Estado, Ramiro Guerrero, dijo el sábado que no sabía si se hizo la entrevista al menor, pero se analizará si se convoca a los dos periodistas de CNN que asistieron el 5 de mayo a un hotel de La Paz para una reunión con el niño y sus familiares.

Zapata, también reclusa desde febrero al estar acusada de delitos económicos, aceptó esta semana declarar por primera vez ante los fiscales y se retractó de su afirmación inicial de que el hijo que tuvo con el mandatario en 2007 estaba con vida.

En esa declaración, Zapata reveló que el niño murió el 2 de octubre en 2009, aunque no hay un certificado de defunción.

El caso, con tintes de telenovela, comenzó en febrero cuando un periodista denunció un posible caso de tráfico de influencias, ya que Zapata, tras la relación con Morales, fue gerente en Bolivia de una empresa china que firmó millonarios contratos con el Estado.

El caso estalló poco antes del referendo del pasado 21 de febrero en el que los bolivianos votaron contra una modificación de la Constitución para permitir una nueva candidatura de Morales en 2019.

Morales achacó al escándalo la derrota que sufrió en el referendo y sus seguidores plantean que la consulta se repita

ya que, según argumentan, la población votó engañada por las mentiras de Zapata.

De todos modos, a pesar de la campaña feroz, Evo perdió el referéndum 48.70 por ciento, frente a 51.30 por ciento.

Correa y la revolución ciudadana

En Ecuador como en Bolivia la población indígena es mayoritaria, pues mientras en el país que soltó las amarras para llevar a la presidencia a un auténtico hijo de los pueblos originarios, ésta alcanza el 62 por ciento, en la tierra que vio nacer a Rafael Correa, el porcentaje se ubica en un 52%, con un 40% de mestizo, un 5% de afrodescendientes, y el resto, esto es el 3 por ciento, tiene raíces hispanas.

Desde la colonia, con el engranaje jurídico y administrativo que establecieron los conquistadores para marcar una diferencia entre los aborígenes y ellos, los pueblos indígenas han sufrido de la marginalidad social, el despojo y la explotación que se ha expresado en la repartición de tierras de mala calidad, atención en salud más que precaria, empleos mal remunerados y toda suerte de tratos y ambiente que generan paupérrimas condiciones de vida.

Las desgracias centenarias que han acompañado a los pueblos sometidos en el Ecuador siguieron a los negros que fueron trasladados desde África a esta parte del continente americano, con la finalidad de trabajar en las plantaciones de caña y algodón, pues ocurre que no solo fueron víctimas de la esclavitud clásica, sino de la que se desprendió del esquema jurídico que durante

500 años les marginó de los beneficios desprendidos de la occidentalización de la sociedad.

La negación de derechos políticos y económicos a las tres mayorías que forman la población ecuatoriana (indígena, mestiza y negra) continuó de una u otra forma hasta entrado este siglo cuando el gobierno de Correa comenzó a romper con las jerarquías sociales étnicamente definidas por siglos, ya que desde inicios de su gobierno dio participación en calidad de ministros y otros altos cargos a indígenas; levantó el orgullo de sus culturas milenarias al hablar en quichua en actos públicos y reivindicar incluso indumentarias aborígenes en sus presentaciones oficiales.

La cuestión, sin embargo, va más allá de lo que pudiera considerarse como cosmético o fachada para un gobierno que por su ubicación ideológica necesitaba mostrar su talante progresista, y es que como afirma Jorge León Trujillo en un trabajo que llamó “Las organizaciones indígenas en el gobierno de Rafael Correa”: “En Ecuador, la inserción en la escena política de los indígenas y sus objetivos de lograr mayores espacios sociales para la afirmación colectiva se ha acelerado en los últimos años, entre otros durante el gobierno de Rafael Correa”.

Pero la impronta izquierdista que dejó el presidente ecuatoriano no solo se estampa en la reivindicación de los pueblos indígenas y afrodescendientes, sino en las reformas políticas y económicas que impulsó tras llegar de la mano de movimientos sociales.

Con su Revolución Ciudadana, el presidente Rafael Correa inició la construcción de una sociedad más justa, y aunque él encabezó este proyecto de inclusión, no es más que un instrumento de fuerzas sociales e históricas que en un natural proceso dialéctico rescataron del caos y la incertidumbre al Ecuador, que por años fue escenario de una volatilidad política que generó

desconfianza, e incluso rechazo hacia la forma tradicional de hacer política y hacia los políticos que se convertían en tradición.

Resulta que, con la vuelta a la democracia después de la inestabilidad política que provocaron los golpes de Estado que caracterizaron a la mayoría de nuestros países por esos años, en 1978 con Jaime Roldós inicia un proceso hacia la estabilidad democrática que no se sostendría por mucho tiempo; pues frágil y hasta con un presidente secuestrado, alcanzó para sobrevivir a la llegada de Abdalá Bucaram en 1996, destituido al otro año, tras un desastroso desempeño económico y sucesivos escándalos que generaron protestas populares que culminaron con su destitución por “incapacidad mental”.

Su vicepresidente no pudo retener el poder por más de dos días a pesar de que le correspondía la sucesión según lo establecido por la constitución; el poder legislativo le entregó el Gobierno a quien le presidía y éste a su vez, tras las elecciones, se lo cedió a Jamil Mahuad, el hombre que dolarizaría la economía tras enfrentar la quiebra del 50% del sector financiero y declarar un feriado bancario que hundieron al país en una profunda crisis que llevó a miles de ecuatorianos a abandonar la tierra que les vio nacer y causaron su derrocamiento en el 2000.

Gustavo Novoa debió terminar el período para entregarle el poder al ganador de las elecciones presidenciales de 2002 que resultó ser Lucio Gutiérrez, hombre de perfil autoritario que provocó su derrocamiento, luego de haber tenido la osadía de desintegrar la Corte Suprema de Justicia.

Alfredo Palacio entró de emergente, y con él se acercaba el fin de un período de caos institucional y económico en el Ecuador, pues Rafael Correa malograría las aspiraciones de Álvaro Novoa, el hombre más rico del país, que pretendía por segunda ocasión, alcanzar la Presidencia de la República, cuando en

segunda vuelta lo venció con el 56.67 por ciento de los votos frente a un 43.33 por ciento.

A partir del 2007, con el presidente de orientación progresista que proclamó la Revolución Ciudadana, Ecuador comenzó a transitar el camino de la estabilidad, en medio de reformas políticas, económicas y sociales que fueron perfilando el tipo de nación que comenzaron a construir los hombres y mujeres que acompañaron al mandatario en el camino hacia la reorientación de una sociedad que venía demandando de los cambios profundos que se requieren para alcanzar una sociedad más justa e incluyente.

Con el apoyo de la mayoría de los ciudadanos y ciudadanas ecuatorianos, Correa emprendió el camino hacia su revolución volteando los números que marcaban el abandono de que eran víctimas las mayorías, para comenzar a conjurar la histórica deuda social expresada en pobreza, marginalidad y exclusión que profundizaron las políticas neoliberales que, por frustratorias, fueron sembrando las semillas que germinaron para dar nacimiento a un gobierno de centro izquierda. La oposición conservadora atribuye muchos de los logros de la administración de Correa a la dolarización de la economía, pero los funcionarios del Gobierno soltaron en su momento cifras que desvencijaron tal argumento.

Y es que, como señalaron, la cuestión no tiene nada que ver con aquella medida, pues del 2003 al 2006, con el dólar estadounidense como moneda de curso legal, la inversión en salud fue de 437 millones y, entre el 2007 y 2010, luego de la Revolución Ciudadana, hubo un incremento en el sector para llevar el monto invertido a 3,433 millones. Lo propio ocurrió en el área de educación cuya inversión del 2003 al 2006 fue de 235 millones de dólares, en contraste con los 940.7 millones invertidos del año 2007 al 2010; un espectacular jalón que colocó entre las

prioridades a los sectores más sensibles y determinantes para impulsar el desarrollo de sociedades que, como las latinoamericanas, no encontraban desde hace décadas la justa distribución del ingreso a través del gasto social, a pesar de largos períodos de crecimiento económico en la región. Los resultados de una política enfocada en poner a la economía al servicio de la gente y no a la gente al servicio de la economía, se mostraron en el incremento de los afiliados al régimen de seguridad social, que pasó, desde la llegada de Correa a la presidencia, de 38.6% a 59.3%, en una disminución de la pobreza expresada de la siguiente manera: 7% en las mujeres, 6.2 en los jóvenes y los llamados adultos mayores, 7.6% en el campo y 13% en los afrodescendientes.

Dicho de otra manera, más de 700 mil personas lograron salir de la pobreza durante los primeros años del gobierno del presidente Rafael Correa. Los años de caos, volatilidad económica y política, de quiebras institucionales, incertidumbre y desesperanzas, cesaron al menos por el momento, no sin que haya expresiones de disidencias, incluso de sectores que se definen como progresistas, que muchas veces entienden que los procesos deben llevarse con más celeridad o que, el curso de las reformas y los cambios, deben ser otros; pero ese es el mérito de la izquierda democrática: producir los cambios en medios del debate, las ideas encontradas y la oposición.

Viendo estos detalles que adornan, con un punto más o un punto menos, a los gobiernos que han puesto la mira en el socialismo democrático, el expresidente Lula dijo durante la celebración de la XVII versión del Foro de Sao Paulo, celebrado en Managua durante el mes de mayo del año 2011: “Hemos probado que la izquierda gobierna con más competencia de lo que la derecha gobernó durante todos estos años”.

Los recursos naturales y su explotación responsable

El presidente Correa dio inicio a un proceso de recuperación y protección de los recursos naturales con polémicas medidas que llevaron a las transnacionales que extraían las riquezas a discusiones en tribunales internacionales, los que, obviamente, responden a los intereses de Occidente, o lo que es lo mismo, a los de estas empresas extranjeras, cuyos capitales pertenecen a los países del oeste político, que durante muchos años eran menos sutiles a la hora de espolear el patrimonio de los países llamados, despectivamente, bananeros o en vía de desarrollo. La historia está llena de acciones disuasorias cargadas de los músculos que exhibían monumentales barcos, o de arremetidas bélicas capaces de doblegar a los Estados resistentes, con salvadas excepciones. Hoy La Haya, y otros tribunales de carácter internacional, con cañones sin ruidos, disuaden e invaden. Esta es la razón por la que países africanos decidieron abandonar a la Corte Penal Internacional neerlandesa acusándola de responder a los intereses de los blancos y los occidentales.

En el marco del proclamado principio de su administración, de que “la naturaleza es un sujeto de derecho”, Rafael Correa dio apoyo a una demanda de poblaciones ecuatorianas de la zona amazónica contra la Chevron, quienes interpusieron una demanda a la segunda mayor empresa petrolera de los Estados Unidos por contaminación medioambiental y atentado a la salud de sus habitantes, la que ganaron mediante una sentencia de la Corte Provincial de Sucumbíos, quien ordenó a la empresa pagar una indemnización de 9,500 millones de dólares por haber causado los mayores desastres medioambientales del mundo entre los años 1964 y 1990.

Es bueno establecer que la empresa que inició los trabajos de explotación petrolera en la zona fue la Texaco en 1964 y que en

2001 la Chevron compró los derechos de explotación; pero antes, esto es, en 1998, el Gobierno ecuatoriano le firmó a la petrolera un denominado “acto de finiquito” en el que reconocía que había dejado “todo limpio”, afirmación que siempre negaron las comunidades y el gobierno del presidente Correa, pero que serviría como argumento para que la Corte de Arbitraje de La Haya tomara una decisión en contra del Estado ecuatoriano que, por demás, no reconoce a esta corte internacional.

Un cable de Prensa Latina, despachado desde Ginebra el 16 de noviembre de 2016, da cuenta de la decisión de algunos países africanos y Rusia de abandonar la Corte Penal Internacional con sede en La Haya:

Rusia, Sudáfrica, Burundi y Gambia abandonaron hoy la Corte Penal Internacional (CPI), pese a la postura defensora de partidarios del organismo como el alto comisionado de la ONU para los derechos humanos, Zeid Ra’ad al Hussein.

Los tres países africanos, firmantes del Estatuto de Roma que fundó en 2003 este tribunal, anunciaron esa decisión con anterioridad bajo el argumento de que esa institución jurídica es parcial y colonial por juzgar sólo a personas africanas, mientras el presidente ruso, Vladímir Putin, ordenó revocar la firma de Rusia.

Otros dos Estados africanos, Namibia y Uganda, adelantaron su deseo de retirarse del tribunal, en tanto gobernantes de Chad y Yibuti sugirieron la posibilidad de seguir ese camino, subrayaron aquí observadores.

Entre las críticas más severas a la CPI figuró la del ministro de justicia de Sudáfrica, Michael Mathura, quien cuestionó al ente de ignorar atrocidades en otras partes del mundo ajenas al continente africano. Todas las investigaciones plenas de la Corte, a excepción de una, son en África, aunque la mayoría fueron referidas por los propios

países africanos y dos por el Consejo de Seguridad de la ONU, señaló el titular.

Según Mathura, los juristas de la Corte ‘se hacen los de la vista gorda para concentrarse en un espacio geopolítico, con exclusión de todos los otros’.

‘El principio de universalidad en la aplicación de la ley tiene que estar en el centro de la institución. Si no están dispuestos a respetar ese principio, su credibilidad seguirá siendo erosionada’, destacó el titular sudafricano.

Medios de prensa recordaron que la CPI se abstiene de intervenir para enjuiciar las atrocidades en Siria, atendida al principio de que carece allí de jurisdicción automática porque ese país no es miembro del Estatuto de Roma.

Los fiscales de esa instancia de La Haya iniciaron procesos, juzgaron y hasta condenaron hasta el momento a varios cabecillas de controvertidas guerrillas de la región e, incluso, ordenaron la captura de líderes de la región como los presidentes de Kenya, Uhuru Kenyatta, y de Sudán, Omar al-Bashir.

El comisionado Al Hussein, por su parte, defendió este miércoles la existencia de la CPI, a la que ningún Estado abandonó desde que devino en 2002 en el primer tribunal penal con alcance mundial, y especuló que los Estados que se retiran del tribunal solo buscan ‘proteger a sus líderes de una eventual investigación’.

Zeid, uno de los negociadores para la formación de la CPI y primer presidente en 2002 de la Asamblea de Estados Partes del Estatuto de Roma que la fundó, se mostró alentado porque aún mantienen su filiación a la CPI países africanos como Botswana, Costa de Marfil, Nigeria, Malawi, Senegal, Tanzania, Zambia y Sierra Leona.

La fiscal principal de la corte, la gambiana Fatou Bensouda, por su lado, trató de restar importancia a las citadas renuncias y alegó que ‘esta no es una crisis del sistema del Estatuto de Roma, sino un contratiempo en nuestros esfuerzos conjuntos para conseguir un mundo más pacífico y justo’.

Pues bien, Correa, definido como uno de los mejores, sino el mejor presidente en toda la historia republicana de Ecuador, artífice, junto a Alianza País, de la década ganada, tuvo que poner cara al tema de los ventajosos contratos que, en contra del pueblo ecuatoriano, lograron firmar las petroleras para explotar las riquezas de su pueblo como lo han venido haciendo las empresas extranjeras desde la llegada de los europeos a nuestras tierras. Pues resulta que el modelo de extracción de hidrocarburos existente hasta las reformas que el líder de la Revolución Ciudadana puso en marcha, se basaba en contratos en que las empresas extranjeras poseían hasta el 80 por ciento de la producción. El cambio consistió en un esquema basado en contratación de servicios en el que el Estado pasaba a ser el dueño del 100 por ciento del crudo extraído, estableciendo un pago por extracción a las empresas, lo que significó que las mayores ganancias fueran en favor del Estado. ¡El 80/20 fue revertido!

En el reglamento a la Ley de Hidrocarburos creado por el Ministerio de Recursos Naturales No Renovables, remitido al presidente Correa el 29 de noviembre de 2010, se justificó el cambio en las reglas de juego en lo que disponen algunos artículos de la Constitución, que dejan claramente establecido que el Estado es el dueño de los recursos naturales del país:

...Que los Artículos 1 y 313 de la Constitución de la República del Ecuador, establece que los recursos naturales no renovables del territorio del Estado pertenecen a su patrimonio inalienable, irrenunciable e imprescriptible;

Que el numeral 11 del Artículo 261 de la Carta Magna, señala que el Estado ecuatoriano tendrá competencia exclusiva sobre los recursos hidrocarburíferos;

Que de conformidad con el Artículo 313 de la Carta Magna, los recursos naturales no renovables son de carácter estratégicos, sobre los cuales el Estado se reserva el derecho

de administrar, regular, controlar y gestionar de acuerdo a los principios de sostenibilidad ambiental, precaución, prevención y eficiencia;

Que la Constitución de la República del Ecuador, en su Artículo 408, establece que “son de propiedad inalienable, imprescriptibles e inembargables del Estado los recursos naturales no renovables, y en general, los productos del subsuelo, yacimientos minerales y de hidrocarburos, sustancias cuya naturaleza sea distinta a la del suelo, incluso las que se encuentren en las áreas cubiertas por las aguas del mar territorial y las zonas marinas; así como la biodiversidad y su patrimonio genético y el espectro radioeléctrico...

Esa acción se inscribe dentro de otras que comenzaron a marcar el punto de inflexión en América Latina que abrió el camino hacia la segunda y verdadera independencia de nuestros pueblos de la mano de los gobiernos progresistas de la región. Los pantalones largos comenzaron a mostrarse en decisiones impensables como la que tomaría el propio Rafael Correa al no renovar un acuerdo que permitía la presencia de tropas estadounidenses en territorio ecuatoriano bajo el nada creíble pretexto de ayudar a combatir el tráfico de drogas.

El acuerdo para que tropas de los Estados Unidos se instalaran en el municipio de Manta fue ¿negociado? en 1998 por el presidente Jamil Mahuad. El presidente Correa exigió la salida de los uniformados, hecho que se produjo en julio de 2009 y sobre ese episodio habló en una entrevista que concedió vía Internet a Julian Assange desde la embajada ecuatoriana en Londres, lugar donde guarda asilo el periodista y ciberactivista creador del sitio web WikiLeaks. Ante la pregunta de por qué sacó a los soldados extranjeros de su país, el mandatario respondió que por un acto de soberanía y que si aquel país le permitiera a Ecuador establecer

una base militar en Miami, él pudiera permitir la permanencia de los militares del país norteamericano.

Como el resto de los países latinoamericanos, Ecuador fue impactado por la crisis económica mundial y por la caída de los precios del barril de petróleo, solo que sus medidas anticrisis no se enfocaron en el bolsillo de los más vulnerables o de las grandes mayorías con recortes que vinieran a poner en situación de precariedad la vida de su pueblo, porque la lógica en un gobierno progresista es en crisis o abundancia repartir el pastel con mayores niveles de justicia contrario a los que administran el Estado desde la óptica conservadora que, como dice Joseph Stiglitz, en su libro “El precio de la desigualdad”: “En un buen año, los banqueros podían llevarse a casa un buen porcentaje de los beneficios; en un año malo, las pérdidas caían sobre los accionistas y sobre los contribuyentes. Era un sistema de remuneración unilateral: si salía cara, ganaban los banqueros; si salía cruz, perdían todos los demás”.

El Paraguay de Fernando Lugo

En el marco de la celebración del tercer congreso ordinario del Partido de los Trabajadores del Brasil, PT, realizado del 31 de agosto al 2 de septiembre de 2007, los delegados internacionales asistieron a un seminario que se efectuó con la intención de evaluar la marcha de los partidos progresistas en el continente y de pasar revista a los acontecimientos que en el orden social, económico y político se producían a nivel mundial, y en especial, en la región.

Asistí a aquel evento junto al compañero José Oviedo Landestoy (El Gordo Oviedo) en representación del Partido de la Liberación Dominicana, PLD. En aquel escenario, compartido por otros dirigentes políticos dominicanos, entre los cuales estaba Rafael –Cucuyo– Báez, en condición de delegado del Partido Revolucionario Dominicano, PRD, intervino Fernando Lugo, presentado por el director de debates como el próximo presidente de Paraguay y aplaudido por los presentes entre el murmullo alegre que inspiraba el augurio de cambio hacia el progresismo en otro país sudamericano.

Lugo no me impresionó con su intervención, y pienso que tampoco al auditorium. De hecho, su discurso sembró en mí la duda sobre un posible triunfo en las elecciones en que competiría; y es que vi desfilar como expositores a hombres y mujeres con

mucha profundidad discursiva, adornada de un análisis conceptual cuasi académico, en muchos casos fluido y con la entonación y los giros que secuestraban la atención del más distraído.

El sacerdote de izquierda, sin embargo, al año de aquella intervención, el 15 de agosto de 2008, para ser exacto, asumió la presidencia de Paraguay para cerrar la puerta a la Asociación Nacional Republicana, o Partido Colorado, que es como se conoce, que venía de controlar el Gobierno por cerca de un siglo, y que colocó raíces en el pueblo paraguayo desde su fundación en septiembre de 1887. Algunos afirman que en su nacimiento fue un partido liberal, antiimperialista, democrático y popular, pero resulta que sirvió de plataforma a largas dictaduras militares como la de Alfredo Stroessner, que llegó al poder mediante un golpe de Estado en 1954 y se mantuvo en él hasta 1989 cuando otro golpe lo depuso, pero también fue de 1947 a 1963 la única organización política con reconocimiento legal.

El pueblo paraguayo quería un poco más que las precarias libertades que le brindó Juan Carlos Wasmosy, el primer presidente civil en cuatro décadas que, en su desastrosa gestión de gobierno, llevó a la quiebra a casi todo el sector financiero nacional, con lo cual arrastró la economía a una crisis de dimensiones catastróficas. Un país reprimido y secuestrado por tantos años, aislado internacionalmente, compitiendo con otros de la región por ocupar uno de los primeros lugares en pobreza, decidió ubicar sus esperanzas lejos del discurso habitual, de la retórica tradicional con que envolvían y ocultaban los políticos paraguayos sus compromisos con las minorías que gozaban de privilegios. Entonces, ellas, las esperanzas, fueron encontradas en aquel sacerdote de discurso simple y cercano a los sectores menos favorecidos.

Hubo en Paraguay ilusiones de cambio cuando en 1989 el dictador Stroessner fue sacado del poder, pero resultó que los

golpistas lo que procuraban era mantener el stronismo sin el hombre fuerte, pues las estructuras de poder no estaban en riesgo y a lo que más se aspiraba para dar la sensación de que las cuestiones serían diferentes, no rebasaban el esquema de una simple apertura cubierta de un caricaturesco antifaz pseudodemocrático.

Y es que, molestos por miedo a una sucesión familiar y rumores que daban cuenta de retiros a militares activos e influyentes, los uniformados dieron el zarpazo anunciando que lo hacían para recuperar la unidad del Partido Colorado, restaurar la dignidad de las Fuerzas Armadas, dar inicio a un proceso de democratización; respeto a los derechos humanos y defensa de la religión católica.

En la justificación para el golpe, se encontraban las señales que mostraban la inclinación de los golpistas por mantener el viejo juego de poder, ya que unificar al Partido Colorado, era fortalecer el instrumento político de la dictadura; recuperar la dignidad de unas fuerzas armadas que tenían años reprimiendo a la población y defender la religión católica, en un claro atentado contra la libertad de culto y religión, implicaban una negación al llamado inicio de un proceso de democratización.

El cambio estaba evidentemente pospuesto. Pero llegaría, porque a partir del momento en que se produjo el golpe, en el mundo se comenzaron a suceder acontecimientos que devendrían en la desaparición de la Guerra Fría y el consecuente cambio en la política exterior estadounidense, que comenzó a preferir regímenes cada vez más democráticos y gobernables, ya que en el nuevo esquema económico que a nivel mundial se diseñaba, los países con democracias formales serían más útiles, en razón de que bajo esta plataforma las naciones poderosas, lideradas por ellos y las grandes transnacionales, tendrían mejores condiciones para la prosperidad de sus negocios.

El post-stroonismo marcado por la nueva realidad del entorno internacional y la que se fue presentando en el propio Paraguay por el hastío estresante que provocaba la exclusión, marcó quizá el inicio hacia un proceso de transición que culminó en Fernando Lugo, instrumento que, no solo las fuerzas sociales excluidas, sino incluso sectores conservadores, se agenciaron para comenzar los procesos de cambio que no cuajaron tras el golpe de 1989.

En el caso paraguayo como en los demás países del continente en que la izquierda democrática ha conquistado el poder mediante el voto popular, fue determinante el papel que jugaron las políticas neoliberales en profundizar las desigualdades sociales, deteriorar las condiciones materiales de existencia de las grandes mayorías y provocar las frustraciones que han volcado a América Latina hacia gobiernos que tienen como objetivo equilibrar la balanza de las riquezas para llevar bienestar a todos.

Fernando Lugo heredó un gobierno asediado por los escándalos de corrupción y las crispaciones que crearon las pretensiones reeleccionistas de Nicanor Duarte, un presidente con un liderazgo personalista que provocó la unificación de los principales partidos de oposición, los sindicatos y organizaciones populares en torno al obispo católico y la Resistencia Ciudadana que se convertiría en la Alianza Patriótica para el Cambio que conquistó el poder en las elecciones de 2008.

Durante su campaña Lugo prometió salud gratuita para todos y fue durante su gestión una de las iniciativas de mayor impacto en la población, pues resulta que la gratuidad en los hospitales públicos abarcaba las consultas, internamientos, intervenciones quirúrgicas de todo tipo y suministro de medicamentos. Otras de sus ofertas fue la dinamización del sector agropecuario y, en efecto, este fue uno de los componentes dinamizadores de la economía paraguaya durante su gestión.

La confianza que esta administración generó en los agentes económicos impulsó a sectores como el de la construcción, la manufactura y los servicios, por esta razón en el año 2010 la economía experimentó el mayor crecimiento en todo el continente, colocándose por encima del 10%, un ritmo que continuó hasta el 2011; y es que a esto se sumó un aumento en el orden del 65.4 por ciento de las importaciones de bienes de capital. El consumo se incrementó y esto se expresó en el aumento de las importaciones en un 44.8 por ciento, pero las exportaciones también registraron un avance de 38.6 por ciento.

Es evidente que el comportamiento de estos números indican claramente que las condiciones de vida de los ciudadanos y ciudadanas mejoró de forma considerable y que el cambio que impulsaron las fuerzas sociales de la mano del sacerdote católico y las organizaciones que le sirvieron de plataforma para la conquista del poder, encaminaron al país por la senda en que cifraron sus esperanzas.

Los problemas, sin embargo, persistieron, porque aunque la pobreza disminuyó en más de un tres por ciento desde la llegada del presidente Lugo al poder, y el desempleo registró un ligero descenso, una encuesta realizada por la Dirección General de Estadística y Censo reveló que los jóvenes entre 15 y 24 años eran los más golpeados por la desocupación, una cuestión que ha venido a agravarse tras el golpe parlamentario contra el presidente Lugo y posterior llegada al poder de Horacio Cartes.

“El 12.6 % de los jóvenes busca activamente empleo, cifra que se incrementa en un 16.9 % en el caso de las mujeres. En tanto, la franja etaria de entre 25 a 39 años también se ve afectada aunque registrando un índice mucho menor, del orden de 4.6 %”, decía la encuesta, y añadía que “la tasa general de desempleo abierto disminuyó durante el año 2010 (5.7 %), en comparación

a 2009 (6.4 %) y se mantuvo igual en relación a 2008 (5.7 %). Este índice muestra la proporción de la fuerza de trabajo que no tiene empleo, pero que desea tenerlo e hizo alguna gestión para obtenerlo”.

El Golpe

Los éxitos económicos del gobierno de Lugo fueron innegables, como resultaban innegables su nivel de independencia e inclinación por los pobres, por las grandes mayorías, que le llevaron a acometer las políticas públicas que comenzaron a transformar la sociedad paraguaya en una más incluyente. Su talante patriótico y latinoamericanista parece haberlo puesto en la mira de poderes extranjeros. Su negativa a permitir que tropas estadounidenses ingresaran a Paraguay con la intención de iniciar prácticas militares, fue, según algunos amigos con los que he conversado, lo que dio inicio a una serie de situaciones políticas que desembocaron en el llamado juicio político que lo sacó de la presidencia.

Respetando el guion del Plan Atlanta, la conspiración para el golpe parlamentario inició con una andanada mediática que buscó minar su credibilidad al abordar cuestiones de su vida íntima hasta llevarlo a la trampa de la ocupación, por parte de poco más de cien campesinos, de la finca Campos de Morombi, de la localidad de Curuguay a unos 240 kilómetros de Asunción, una propiedad de un exsenador del Partido Colorado de nombre Blas Riquelme que terminó en actos violentos y la pérdida de vidas humanas, entre ellas once de los ocupantes y seis policías, cuestión que originó el pretexto para pedir la destitución del presidente mediante un juicio político que lo separó de la Presidencia de la República.

Ya antes, en el primer intento de golpe blando, esto es, la separación de la Presidencia de la República de mandatarios que

alcanzaron el poder a través el voto popular, mediante supuestos mecanismos constitucionales que eviten la presencia directa de militares, había perdido la primera magistratura el presidente Manuel Zelaya, solo que en este caso, como era un ensayo, las botas asomaron para recordar los momentos más tristes de la vida política latinoamericana, cuando el uniforme se imponía a base de sangre y fuego para marcar el destino de nuestros pueblos, siempre bajo la dirección de fuerzas extranjeras que nos trataban como el patio trasero lleno de recursos de los que podían disponer a su antojo; épocas que quieren restaurar en un contexto regional y global que les resulta hostil.

Horacio Cartes, de prófugo a presidente

Un cable de WikiLeaks, de acuerdo a una información servida por el diario ABC del 29 de octubre de 2011, indica que Horacio Cartes, el presidente que resultó electo después del golpe parlamentario contra Fernando Lugo, fue investigado por la DEA con relación a lavado de dinero proveniente del narcotráfico y otras actividades ilícitas. Aunque al momento de candidatearse la información no era del dominio de la mayoría de los electores, los paraguayos conocían de otros casos que lo vinculaban a fraudes y contrabando, pues en 1985 fue condenado por un caso de estafa al Banco Central de Paraguay, por una cifra que superaba los 34 millones de dólares. Ante la condena asumió la condición de prófugo y, durante cuatro años, evadió el brazo de la justicia, hasta que finalmente en 2008 su caso “fue sobreseído por la Corte Suprema de Justicia”, una acción que el banco estimó como inconstitucional.

Cartes, que siempre ha sido considerado como un empresario poderoso que sabe usar el dinero para comprar personas e

instituciones, decidió ingresar a la actividad política como lo hacen muchos individuos dedicados a la actividad empresarial, al entender que desde ésta pueden recurrir al tráfico de influencias y las presiones que se ejercen desde el poder para hinchar sus fortunas más rápido de lo que se lo permitan sus negocios privados tal como lo expresa Stiglitz en el libro que hemos mencionado: "...Definíamos un proceso de privación de poder, de desilusión y de privación de derecho al voto que da lugar a una baja participación electoral, a un sistema donde el éxito electoral requiere una gran inversión y donde quienes tienen dinero han realizado inversiones en el ámbito de la política con las que han hecho grandes recompensas —a menudo mayores que la rentabilidad que han conseguido con otro tipo de inversiones".

Esta realidad, impuesta tras el colapso de las llamadas democracias populares que giraban en torno al área de influencia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URSS, que evidencia un abandono del ejercicio de la política, entendida como una actividad que involucra ciencia y arte, que deben implicar el conocimiento de las cuestiones de Estado y la destreza para conciliar los intereses que se generan en una sociedad, marca un activismo partidario carente de las ideas que deben ser intrínsecas a las formaciones políticas, lo que ha venido a articular un escenario global en el que el dinero impone las pautas sociales y condiciona los procesos políticos y electorales.

Partiendo de esta situación, no fue difícil para un hombre con el prontuario de pasos brumosos, que incluyen, como han señalado algunos diarios editados fuera de su país, actividades de contrabando de cigarrillos hacia Brasil, país en el que se comercializan de forma ilegal alrededor de 2,200 millones de dólares de cigarrillos paraguayos, ganar las elecciones en medio de un turbulento escenario que generó el golpe parlamentario a Fernando

Lugo, que causó descontento en la región, al punto de que Federico Franco, sucesor del presidente destituido, vivió momentos de apuros al ser excluido de Unasur y el Mercosur.

Paraguay estaba aislado, la mayoría de los países de América Latina y algunos europeos definieron la separación de Lugo como una “ruptura al orden democrático”, una posición que buscaba, desde los gobiernos latinoamericanos, enviar una señal de que no se estaba en disposición de permitir una cadena de hechos parecidos, sin sospechar que aquello era la continuación de un ensayo exitoso que inició con Manuel Zelaya en Honduras y continuaría, ya en su definición y concepción acabada, con Dilma Rousseff en Brasil, para seguir la ruta de un esquema conspirativo que se articula partiendo de la realidad política, económica, social y cultural de cada uno de los países con gobiernos en la mira.

La resurrección del sacerdote

La reacción de América Latina frente al golpe parlamentario contra Fernando Lugo fue contundente. Lo rechazaron Brasil, Uruguay, Argentina, Colombia, Chile, República Dominicana, Venezuela, Perú, Bolivia, México y Ecuador; algunos de éstos fueron más allá de la condena; Ecuador, Venezuela, Cuba, Argentina y Bolivia retiraron sus embajadores. República Dominicana, Perú, Uruguay, Colombia, México, Chile y Brasil los llamaron a consulta, aunque el terruño de Emiliano Zapata y la patria de García Márquez, los retornaron a pocos días, el país que vio nacer a Pablo Neruda, envió su embajador como observador cuando se presentaron las elecciones.

No solo los Estados respondieron en defensa al restablecimiento del orden democrático, sino que los partidos políticos agrupados en articulaciones de carácter continental como la

Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe, Copppal, y el Foro de Sao Paulo, condenaron el golpe y estaban dispuestos a dar la batalla en favor del presidente Fernando Lugo. Para el momento yo era el presidente del Parlamento Centroamericano, Parlacen, y recuerdo que mientras redactaba un comunicado de condena a lo que consideramos un golpe parlamentario, se me asomó mi asesor Max Cabrera para informarme que el presidente había aceptado los resultados del “juicio político”.

La información nos paralizó, como desencajó al liderazgo continental que entendía que la reacción de la sociedad regional organizada podría revertir “El Juicio”, pero a medida que avanzaron los días algunos analistas comenzaron a opinar que la posición asumida por Fernando Lugo fue la correcta, bajo el argumento de que no estaban dadas las condiciones objetivas para revertir el golpe y que la lucha produciría un desgaste tal al presidente destituido que no tendría chance para la recuperación política, tal como se comenzó a ver a partir de la asunción al poder de Horacio Cartes.

Federico Franco, el cirujano que habría servido de peón a las fuerzas que estuvieron detrás de la destitución de Lugo, pensó en algún momento que podía hacer uso de un bisturí político para diseccionar a las organizaciones que respaldaban al presidente legítimo y a las conservadoras para hacerse un monstruo, desde los poderes del Estado, a su medida y servicio, pero los planes de los que lo utilizaron eran otros y el curso de los movimientos de la sociedad comenzarían a dirigirse por senderos distintos a los de sus planes, por ello, con el discurrir de los meses, comenzó a emerger el sacerdote que, durante su presidencia, dio inicio al proceso de inclusión social para poner el Estado al servicio de las mayorías.

El Frente Guasú sería la nueva cobija para la candidatura del expresidente progresista. Esta coalición de partidos que vino de la

conjunción de formaciones políticas encabezada por la Alianza Patriótica para el Cambio, entidad que llevó al poder a Lugo, y Espacio Unitario-Congreso Popular, EU-CP, en principio se le llamó Fuerzas Democráticas Progresistas, FDP, y luego Frente Democrático Progresista, FDP, para finalmente ser la organización que reúne al espectro de los espacios democráticos y de izquierda que confluyen en esta asociación que optó por reivindicar el guaraní, lengua de los pueblos originarios, en el que guasú significa grande o amplio, por lo cual el Frente Guasú es una combinación de la voz castellana *frente* y la guaraní, *grande* o *amplio*, por lo que en Frente Guasú podemos leerlo como Frente Grande o Frente Amplio.

La recuperación política del expresidente Lugo tiene relación con su discurso y la impronta dejada por su gobierno, expresada en políticas públicas dirigidas a mejorar las condiciones materiales de existencia de su pueblo, pero también con una gestión de gobierno poco transparente del gobierno de Cartes, al punto de que no ha podido aprobar una “auditoría realizada bajo el Modelo Estándar de Control Interno para las Entidades Públicas del Paraguay” que “es un método de control de gestión implementado desde el año 2003 con el acompañamiento del gobierno estadounidense”, según un trabajo periodístico servido por Telesur el 21 de abril de 2016.

Y como para encajar con el perfil de un hombre señalado como el más grande beneficiario de los contrabandos de cigarrillos paraguayos a Brasil, el mismo trabajo periodístico, citando un análisis de Bloomberg, la agencia especializada en asuntos financieros creada por Michael Bloomberg, exalcalde de Nueva York, revela las preocupaciones que existen en el mundo financiero con respecto a la transparencia en el manejo que da a la economía el gobierno de Horacio Cartes. Dice la agencia que “Paraguay se

enfrenta a un enorme obstáculo: una economía subterránea que mata de hambre a las arcas del gobierno de ingresos fiscales y socava la legitimidad del Paraguay”.

Y mientras el gobierno de Cartes se envolvió en los oscuros manejos que dan cuenta las informaciones que hemos compartido, las protestas de campesinos y trabajadores que sufren los efectos de sus políticas públicas, que reflejan, además, los niveles de rechazo al Gobierno y el mandatario que rondan por el orden del 67 por ciento, Fernando Lugo, sin ser candidato, comenzó un ascenso que lo colocó en las preferencias del electorado por encima de cualquiera de los posibles candidatos de organizaciones políticas con importante presencia en el país, porque incluso, su posible candidatura, torpedeada por sectores que intentan impedir su postulación, cuenta con el apoyo hasta de sectores del Partido Colorado, presidido por el propio presidente de la República.

Los altos niveles de popularidad activaron a los sectores conservadores paraguayos, que sin duda tienen aliados fuera de sus fronteras, tratando de “invisibilizar” a Lugo como un político con posibilidades de retornar al poder, en una estrategia mediática que no ha podido con el empuje de las fuerzas que sustentan su liderazgo, por lo que recurrieron al Tribunal Superior de Justicia Electoral (TSJE) para que elaborara una sentencia que inhabilitara al exmandatario como posible candidato a la presidencia en las elecciones pautadas para 2018.

Hugo Chávez: Inicio del efecto dominó

El presidente Salvador Allende fue el único líder de la izquierda latinoamericana que alcanzó el poder por la vía electoral en pleno apogeo de la Guerra Fría. Chile era parte del patio de los Estados Unidos. La experiencia cubana, una realidad incómoda que blandía los fusiles del desafío a pocas millas del país rector del bloque capitalista, no se podía repetir, aunque para ello se recurriera a jugadas que tomaran distancia del mensaje redentor cimentado en la democracia, en aquella formal, que se agencia la representación a través del voto y que es vendida por Occidente como la plataforma que permite el sistema político más justo, aunque esto en la realidad no suceda, porque las decisiones finalmente las toman los sectores dominantes y gobernantes que nunca responden a los intereses de las mayorías, que votando botan sus derechos, al elegir representantes que no les representan.

La doctrina Monroe de “América para los americanos” que no incluía al resto de los nacidos en el continente, sino a los que se arrogaron el derecho exclusivo de poseer el gentilicio “americano”, seguía teniendo sentido a pesar de que su invención, en 1823, respondía a las luchas coloniales desatadas a partir de la llegada de Cristóbal Colón, el navegante aventurero que trajo cruces, espadas y heridas; profundas heridas por las que se derramaron los

ríos de sangre que borraron a su paso las hojas, ramas, troncos, raíces y estelas de las pequeñas o grandes historias que se enmadejaban antes de las carabelas de Isabel y Fernando.

Las botas debían sustituir los votos con toda y la siniestra caravana de la muerte que siguió al proceso desestabilizador que prosperó, en gran medida, por las acciones hostiles de una parte de la izquierda que no supo ponerse a la altura de la coyuntura. Allende cayó y la Operación Cóndor, dirigida desde el punto geográfico que señala la aguja de la brújula y ejecutado por un equipo de uniformados que se comenzaron a conocer como gorilas, se desparramó por el Sur, amenazando, reprimiendo, silenciando: torturando, desapareciendo: matando: aniquilando todo vestigio de disidencia, oposición o punto de mira distinto.

En medio de la Guerra Fría, a pesar de la intolerancia que impedía la construcción de la democracia representativa que se predicaba desde el centro de control occidental, muchos partidos, movimientos, coaliciones de izquierda o progresistas apostaron a las urnas y, como he afirmado, el derrumbe del Muro de Berlín y el posterior esquema de políticas neoliberales impuestas con arrogancia y que profundizó las desigualdades económicas y sociales en el continente, le fueron dando la oportunidad de alcanzar el poder por medio del voto popular.

En Venezuela cuajó el primer proyecto de izquierda luego que los berlineses decidieran, martillos en manos, demoler el símbolo de la confrontación Este-Oeste. Hugo Chávez, quien intentó darle un rumbo distinto a su país mediante un golpe de Estado que frustró la administración de Carlos Andrés Pérez, aprovechando el descrédito de Acción Democrática (AD), del partido Comité de Organización Política Electoral Independiente, (COPEI), la frustración dejada por el Movimiento Al Socialismo (MAS) y la secuela de deterioro que venían acumulando las políticas

neoliberales, alcanzó el poder convirtiéndose en la ficha del dominó que comenzó a tocar a América Latina provocando el efecto de arrastre que la inoculó de progresismo.

Venezuela, tras vivir momentos difíciles durante la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, que finalmente, por sus desmanes e intentos fraudulentos por permanecer en el poder, provocó un levantamiento que lo sacó de él, experimentó la arrancada para el llamado Pacto de Punto Fijo (PPF), firmado en 1958 y que buscaba el afianzamiento de la democracia mediante una fórmula que permitía a los partidos perdedores de un proceso electoral, ser parte del gabinete de la organización triunfadora. La elección de Rómulo Betancourt fue el resultado de este acuerdo. Pero el pacto que dejó fuera al Partido Comunista sirvió de caldo de cultivo para que en el país se produjera un levantamiento que, dirigido por la organización marginada, no logró alcanzar el favor de sectores populares, y ya para 1967 los insurrectos comenzaron a desistir de la lucha para integrarse, de a poco, a la vida política activa, mientras el proceso democratizador se fue afianzando.

La guerrilla, antes de debilitarse hasta la extinción durante el gobierno de Rafael Caldera, fastidió a la administración de Raúl Leoni que, aunque definió su gobierno de amplia base, por haber alcanzado el poder mediante un frente que integraba a Acción Democrática, AD, Frente Nacional Democrático, FND, y Unión Republicana Democrático, URD, las fuerzas de izquierda revolucionaria no se sentían representadas y continuaban acorraladas por no tener un espacio hábil que les permitiera acceder al poder a través de las reglas de juego definidas en un sistema democrático legitimado mediante el voto popular, porque el PPF les mantenía excluidas. No había brecha para los comunistas, el flujo de divisas generadas por el negocio petrolero y que engordaba la economía del país que vio nacer al libertador Simón Bolívar, daba una

sensación de bonanza y bienestar que no permitía que los mensajes de la izquierda radical prendieran en el sentimiento de los venezolanos, que ya se estaban acostumbrando con cierto orgullo a que al país se le llamara “La Saudita Americana” o “La Venezuela Saudita”.

El auge económico y las acciones del primer gobierno de Carlos Andrés Pérez, que consistieron en nacionalizar la industria del hierro y la petrolera, con la creación de Petróleos de Venezuela (PDVSA), parecía no dejar resquicio al mensaje de la izquierda excluida que, sin embargo, a pocos años, con el excesivo endeudamiento que se venía produciendo y que llevó a la devaluación de la moneda durante el gobierno de Luis Herrera Campins, el pacto excluyente iniciaba el camino hacia el fin y el espacio para los impedidos comenzaba a aparecer.

Jaime Lusinchi no pudo detener el deterioro de la economía, y Pérez en su segundo mandato, debió enfrentar la ira popular que alcanzó su máxima expresión en el “Caracazo”, fue destituido por el Congreso; y Caldera, de vuelta de la mano de Convergencia: MAS, Partido Comunista de Venezuela, PCV, y el Movimiento Electoral del Pueblo, MPE, conocido también como Partido Socialista de Venezuela, descompuso tanto las cosas que el sistema financiero se vio al borde del colapso y hubo quiebras masivas de empresas; el deterioro económico arrastró al abismo al sistema tradicional de partidos, incluyendo a los de izquierda.

Una exreina de belleza irrumpiría en el escenario político venezolano tras el agotamiento sufrido por los partidos políticos que durante la segunda mitad del siglo XX se movieron entre el afianzamiento de la democracia representativa, la abundancia económica que le dio el petróleo, el derroche, las imprevisiones, el endeudamiento y la corrupción: el punto se desfijó y la desesperanza y frustración activó el instinto colectivo que comenzó a

husmear a modo de desesperación entre las propuestas de una beldad y la incontinencia verbal revolucionaria de un militar cargado de utopías.

Irene Sáez, quien estudió ciencias políticas después de haber “reinado”, lanzó su candidatura a la presidencia tras la experiencia de dos triunfos electorales que la llevaron a la alcaldía del municipio caraqueño de Chacao, y lo hizo sobre la plataforma de Integración y Renovación Nueva Esperanza, IRENE, que para su desgracia política se agenció el apoyo de COPEI, acción que desdijo el propósito que se encerraba en el nombre del partido que creara, y que finalmente, después de alcanzar una altísima popularidad, solo le favoreció el tres por ciento de los electores.

Hugo Chávez se mantuvo lejos de los partidos tradicionales y con su Movimiento Quinta República se impuso electoralmente en 1998. Antes, desde los cuarteles, cofundó el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200, MBR200, que jugó un papel importante en el “Caracazo” y que intentaría derrocar al gobierno de Carlos Andrés Pérez, asediado y acosado por la ira popular.

El acuerdo firmado en 1958 que adoptó el nombre de la casa de Rafael Caldera, Punto Fijo, se deshacía en las manos del actor que sirvió de anfitrión para pactar la consolidación de la democracia representativa, pues no pudo desde su segundo gobierno rescatar la confianza en el sistema de partidos, porque él, con una coalición de fuerzas que en apariencia negaban lo que significó el pacto, era la viva representación, el vivo recuerdo que dejaba en los venezolanos un sabor que molestaba al paladar.

Todo esto explica el ascenso de Chávez, que en medio, como dicen muchos, de su desenfreno verbal y populista, dio un giro a la política en su país, promoviendo cambios estructurales en la economía y la sociedad, cambios que vinieron acompañados de fuertes confrontaciones clasistas que, sin lugar a dudas, dividieron

a los venezolanos y crearon un nuevo paradigma para muchos latinoamericanos que vieron en él y su proyecto bolivariano o Socialismo del Siglo XXI, el camino para encontrar soluciones a los males e injusticias sociales que han padecido los pueblos latinoamericanos por siglos.

Un aura popular acompañó a Chávez en el proceso electoral de 1998; aquel acto cívico ganado por él de forma abrumadora comenzó en pocos días a parecerse a la toma de la Bastilla, y el PPF, que era lo más parecido a la monarquía, se derrumbaría de forma definitiva con la constituyente que dejó como referente histórico a la constitución de 1961, un instrumento jurídico que para muchos sustentaba el absolutismo democrático que vio la luz en la casa de Rafael Caldera.

Con todo y el tono tropical de la revolución chavista, el proceso ha sido incruento.

Con Bolívar como fuente de inspiración libertadora y Fidel Castro como referente fresco, Quinta República se fue convirtiendo en una organización sólida que articuló un discurso redentor a partir del proyecto revolucionario denominado Socialismo del Siglo XXI. Por lo de Siglo XXI algunos entendemos que el plan político de Chávez nos quiso dejar claro que el modelo que comenzó a construir era diferente a los modelos que se establecieron a partir del triunfo de la Revolución Bolchevique y que tenían como apellido “Científico”.

Además de las reformas políticas con que comenzó el presidente venezolano su gobierno, las que provocaron el golpe de Estado que en 2002 perpetraron los industriales en su contra, inició una serie acciones de carácter social que impulsó a través de 21 misiones, llamadas Bolivarianas o Misión Cristo que abarcarían desde el tema de la educación, la salud, la vivienda, distribución o venta de alimentos a bajo costo, hasta la asistencia económica.

La Misión Robinson, por ejemplo, asumió la tarea de agotar un plan de alfabetización general basada en un modelo cubano; la Misión Ribas se centró en dar facilidades de acceso a estudios primarios y la Sucre hace lo propio para los estudios a nivel secundario y universitario.

Vuelvan Caras era la misión más importante, pues procuraba transformar el modelo económico en uno de economía social real con la participación de las sociedades organizadas, como los Consejos Comunales, que son organizaciones creadas desde el inicio de los gobiernos del presidente Chávez que participan en la elaboración de las políticas públicas como forma de fortalecer el poder popular. La Misión Barrio Adentro, cuyo objetivo era dar asistencia en salud a las zonas más deprimidas; en fin, estas 21 comisiones comenzaron a arrojar resultados que de algún modo contribuyeron con mantener la popularidad del líder bolivariano.

Aunque hay prismas distintos para evaluar el desempeño económico del gobierno del presidente venezolano Hugo Chávez, al que algunos responsabilizan de un supuesto hundimiento de la economía y, por tanto, un deterioro de las condiciones de vida de los ciudadanos y ciudadanas del país sudamericano, y otros valoran como exitoso, tomaré como referencia un estudio realizado por el Center for Economic And Policy Research, CEPR, que arrojó números sobre los primeros diez años de ejercicio gubernamental del líder de la Revolución Bolivariana.

Este trabajo estuvo bajo la responsabilidad de los investigadores Mark Weisbrot, Rebecca Ray y Luis Sandoval, publicado en 2009, meses después de que los precios del petróleo habían experimentado una baja de hasta un 70% para colocarse a menos de 45 dólares el barril, y que la economía mundial comenzaba a hundirse en estos sucesivos y cercanos ciclos de crisis que aún

padecemos. El estudio hace referencia a las dificultades que podía enfrentar el gobierno de Chávez de cara al contexto económico que comenzaba a mostrar un futuro brumoso.

Según la investigación, “la expansión económica actual comenzó cuando el Gobierno obtuvo el control de la empresa nacional de petróleo en el primer trimestre de 2003. Desde entonces, el PIB real (corregido por la inflación) se incrementó por casi el doble, al crecer en un 94.7 por ciento en 5.25 años, lo que equivale a un ritmo anual de 13.5 por ciento”. Y agrega que “la mayor parte de este crecimiento se ha dado en el sector no petrolero de la economía”, y que además, “el sector privado ha crecido a un mayor ritmo que el sector público”.

Esta expansión económica, según afirman, redujo la pobreza de un 54 por ciento en que se encontraba en 2003 a un 26 por ciento al finalizar el 2008, e indican que la pobreza extrema cayó en un 70%. Estos índices de pobreza se basaron solo en el ingreso efectivo de las personas, sin tomar en cuenta el acceso a salud y educación, que mejoraron considerablemente al aumentarse los presupuestos y optimizar el desempeño en estas áreas e incrementarse en más del doble los beneficiarios del sistema de seguridad social.

De acuerdo al estudio realizado por estos investigadores, durante los primeros diez años de gobierno del presidente Chávez, el desempleo disminuyó de 11.3 a 7.8. Pero la cuestión, a partir de las crisis, no se plantea tan favorable para la economía venezolana, aducían los opositores internos y externos que apostaban a un deterioro de la administración y el desplome de la popularidad del hombre que desde 1998 venía ganando elecciones y consultas populares con extrema facilidad.

Consciente de los retos que le planteaba la actual crisis estructural del capitalismo, llamó, desde esta enfermedad y la

propia, a una alianza con los sectores productivos privados, o la burguesía nacional, para que la quiebra del modelo capitalista estadounidense, como él afirmaba, no les arrastre. Esta reflexión de Chávez, a pesar de que la investigación realizada por CEPR arroja números que dejaban en una buena posición su administración en sus primeros 10 años, eran una señal de que algunos de sus detractores no andan muy lejos cuando afirman que en Venezuela las cuestiones no marchan del todo bien.

Las correcciones, no obstante, son también un reflejo de que el líder que intentó sacar del poder a Carlos Andrés Pérez por la vía armada, siempre anduvo buscando reconstruir su país para ponerlo al servicio de las mayorías, solo que, según algunos analistas, los errores le acompañaron quizá porque no se entendió que la revolución del siglo XXI tenía que parecerse en la realidad al centenario que vimos nacer el primero de enero del año 2001.

Los yerros y los aciertos no pueden estar ausentes cuando se busca el camino que lleva a la meta que procuramos. Algunos alegarán que en el caso de Chávez los errores eran abrumadores, que su sobreexposición en los medios de comunicación, sus inflexibles posiciones frente a los opositores, la vieja oligarquía venezolana, los Estados Unidos y Colombia, provocaron tropiezos que laceraron la economía, dividieron la sociedad que se ha visto envuelta en las nacionalizaciones que siembran incertidumbres sobre la seguridad jurídica y ahuyentan la inversión.

Si la balanza desfavoreció sus tinos, entonces, por lo que mostró querer, habría que recordar lo que escribió el intelectual uruguayo Mario Benedetti en un artículo publicado en un diario de su país: “Más vale haberse equivocado en la brega por la justicia, que haber acertado en la lisonja del imperio”. Y tiene validez, a pesar de que alguien puede argumentar en contra del poeta,

recurriendo a la expresión religiosa de que “de buenas intenciones está empedrado el camino que lleva al infierno”.

Los que se inscriben en esta lógica dicen que las políticas sociales del gobierno no han tenido el impacto esperado, que los altos precios del petróleo mantuvieron respirando a la administración chavista. Y como para dar muestras del supuesto desastre del gobierno de Hugo Chávez, echaron manos a un informe de la CEPAL que indica que el único país de América Latina en que la salida de capitales supera los ingresos es Venezuela.

Sea como fuere, el estudio del CEPR luce creíble, y el presidente de la República Bolivariana de Venezuela comenzó a diseñar una estrategia que le llevaría a una alianza con el capital que estuviera dispuesto a producir riquezas para, con la intervención del Estado, derramarlas con mayor equidad. Así por lo menos lo dejó entrever en una de sus habituales comparecencias ante los medios de comunicación, en la que además aprovechó para despejar algunas dudas sobre su conocida enfermedad y anunciar que se presentaría como candidato a la presidencia en el año 2012.

La muerte del líder bolivariano y el ascenso de Maduro

El 5 de marzo de 2013 desaparece físicamente el comandante Hugo Chávez Frías en medio de la crisis económica mundial y el desplome de los precios del petróleo a causa de la caída en la demanda del crudo y el incremento del inventario petrolero global como consecuencia de la decisión de los Estados Unidos de recurrir a sus reservas y extraer el oro negro impregnado entre las piedras de esquistos bituminosos con el método de fracking, que alteró el mapa geoenergético, aunque algunos expertos aseguran que el alto costo de esta técnica de explotación comenzó a hacerse insostenible, razón por la cual, con el tiempo, los precios volverían

a su nivel, siempre y cuando la economía mundial se recupere, aunque sea de forma lenta.

La pérdida del líder de la Revolución Bolivariana que, como afirmé en líneas anteriores, se disponía a buscar una salida negociada a la crisis económica que ya se padecía y que, según su evolución, se evidenciaba su profundización, dejó en el aire lo que pudo haber sido un pacto de gobernabilidad con los sectores productivos que pudo implicar la discusión del cambio de la matriz productiva del país en aras de diversificar la economía. De haberse avanzado en esa línea, aun con toda y la brutal campaña de sabotaje a la economía venezolana por parte del Gobierno de los Estados Unidos, la historia de confrontaciones hubiera tenido menor impacto en el desempeño económico y la gobernabilidad venezolana, sin que esto quiera decir que los sectores más conservadores jamás renunciarían a su vocación de poder con fines de poner al Estado al servicio de sus negocios y la forma descarada en que por años se apropiaban de los recursos de las mayorías.

La guerra económica que va desde el bloqueo a la cadena de distribución de los productos de mayor consumo de la población, hasta la quema de papeles higiénicos para provocar una escasez inexistente, han causado un impacto demoledor en la aceptación y valoración del Gobierno, a tal punto que el triunfo electoral del candidato señalado por el líder del Partido Socialista Unificado de Venezuela, PSUV, fue por un margen tan estrecho que de no haber sido porque los observadores internacionales que acompañaron el proceso comicial declararon como transparente la votación, la oposición no hubiera reconocido la victoria del sucesor de Chávez, pues atrincherados todos en la Mesa de la Unidad Democrática, MUD, no dejaban espacio para que el Gobierno negociara con algún opositor sensato que entendiera que el camino de la confrontación dañaba a todos.

Como afirmé, el origen de la crisis está en el desplome de los precios del barril del petróleo, hecho que ha puesto en situación apremiante, en términos económicos, a todos los países productores del crudo, solo que en el caso venezolano la cuestión adquiere mayor gravedad en razón de que el oro negro representa el 95 por ciento de sus exportaciones totales, por ser un país que decidió hace más de 80 años vivir de la renta petrolera y no sacar provecho a la vastedad de recursos naturales de que dispone.

Viendo el asunto desde esa óptica, hay que colegir que cuando el barril del petróleo estaba por encima de los 100 dólares, ayudó al chavismo a financiar sus exitosas políticas sociales, y sin que nadie lo pensara, de la noche a la mañana, se redujeron hasta colocarse por debajo de los 30 dólares. Por lo tanto, el país para abastecer de bienes de consumo a la población debió recurrir a las importaciones, por lo que es muy obvio que al reducirse las entradas de divisas por vender crudo barato, la escasez tenía que llegar, como de hecho llegó; solo que la oposición, o gran parte de ella, que está al servicio de los sectores más conservadores, le agregaron a la escasez real, una dificultad provocada con la intención de socavar las bases de apoyo al Gobierno y generar el caos que les lleve al poder sin que los electores decidan libremente, como ocurrió con Manuel Zelaya, Fernando Lugo y Dilma Rousseff.

El gobierno del presidente Maduro ha aportado evidencia de que los sectores conservadores, de la mano de Estados Unidos, mantienen una guerra económica, cuestión que toma fuerza tras la revelación de documentos desclasificados de la CIA en los que queda clara la participación de ésta y del Departamento de Estado, al frente del cual estaba Henry Kissinger, en el golpe de Estado a Salvador Allende, el que se fraguó recurriendo, en primer lugar, a la guerra económica que permitiría el socavamiento de la administración socialista para ir creando las condiciones de la

salida violenta del presidente chileno. Un cable de la agencia EFE despachado el 14 de septiembre de 2016, desde Santiago de Chile, se hace eco de la información:

Más de 20.000 documentos desclasificados en Estados Unidos, que confirman que este país **instó y apoyó el golpe de Estado de Augusto Pinochet en 1973**, fueron entregados este miércoles a Chile, en cuya capital, Santiago, se incorporarán a la base de datos del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

Los documentos, que fueron entregados al museo por el director del Chile Documentation Project del National Archive de la Universidad George Washington, Peter Kornbluh, recogen “de forma muy clara” **la intervención de Estados Unidos en el golpe militar del 11 de septiembre de 1973** y su apoyo al régimen militar.

Entre otros archivos, la documentación recoge **una conversación** que mantuvieron en junio de 1976 en Santiago el **general Pinochet** y el consejero de Seguridad Nacional y posterior Secretario de Estado durante la presidencia de Richard Nixon (1964-1974), **Henry Kissinger**, en la que éste le traslada su apoyo.

“**Deseamos que el suyo sea un gobierno próspero. Queremos ayudarle y no obstruir su labor**”, dijo Kissinger a Pinochet, **minutos antes de pronunciar un discurso sobre Derechos Humanos** ante la Organización de Estados Americanos (OEA).

“Está siendo víctima de todos los grupos de izquierda del mundo y su mayor pecado no ha sido otro que el de derrocar **un gobierno que se convierte al comunismo**”, añadió.

Según Kornbluh, Kissinger “era el arquitecto del programa que intentó derrocar a Allende entre 1970 y 1973”.

“Él era la persona más responsable de **ayudar económica y militarmente a Pinochet** a consolidar su régimen”, aseguró.

Kornbluh, que es autor de varios libros sobre la dictadura chilena, el más reciente “The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability”, ha jugado un papel importante en la campaña que ha permitido desclasificar los archivos secretos del Gobierno de Estados Unidos.

De los casi 24,000 documentos entregados a Chile, 2,000 son de la Central de Inteligencia Americana (CIA) que, según rezan los escritos, ya desde 1971, dos años antes del golpe, **presionó a favor de un golpe de Estado** contra el Gobierno de Salvador Allende.

El material entregado, ordenado en cuatro colecciones, incluye transcripciones de algunas de las conversaciones telefónicas que mantuvo Kissinger, y que **posteriormente robó**, así como información de cómo Pinochet y el exjefe de la policía secreta (DINA), Manuel Contreras, intentaron encubrir el atentado al excanciller Orlando Letelier, cometido en Washington en septiembre de 1976.

Según Kornbluh, estos documentos **podrían ayudar en los procesos judiciales abiertos** actualmente sobre crímenes contra los derechos humanos cometidos durante la dictadura, además de contribuir al “veredicto de la Historia” y a educar a la próxima generación. Tras una detallada presentación de los documentos, que fueron mostrados a los periodistas, Kornbluh instó a los gobiernos a promover leyes de transparencia y a empujar por la desclasificación de este tipo de archivos.

Lo que fue para Allende, bien puede ser para Maduro, como también ocurrió con Zelaya, Lugo y Dilma o, ¿es coincidencia que Liliana Ayalde fuera la embajadora en Paraguay mientras se creaba el ambiente para el golpe parlamentario al sacerdote progresista y que lo fuera también en Brasil durante el juicio político abierto contra la única mujer que ha ocupado la jefatura del Estado en el gigante del sur? Algunas informaciones dan cuenta

de que durante la crisis paraguaya que llevó a Federico Franco a la presidencia, éste mantenía reuniones con la diplomática estadounidense, pero lo mismo se dice de Michel Temer y la señora, lo que nos lleva a otra pregunta, ¿es ella la operadora política asignada por el Departamento de Estado para poner en ejecución los golpes blandos en estos dos países e incluso en Honduras que, aunque no fuera embajadora, llegó a fungir como subsecretaria adjunta para el Hemisferio Occidental, posición en la que se le asignó la responsabilidad de supervisar las relaciones bilaterales de su país, Estados Unidos, con Centroamérica, el Caribe y Cuba?

Liliana Ayalde, estadounidense de origen costarricense, tiene una carrera diplomática de más de 30 años, sus actividades comenzaron a principio de los años 80 y fue administradora auxiliar de la Oficina para América Latina y el Caribe de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (Usaid), una institución denunciada por financiar actividades sediciosas en países con gobiernos desafectos al poderoso país del norte de nuestro continente, como denunció el presidente boliviano Evo Morales, según una información publicada por el periódico chino Pueblo en Línea el 15 de julio de 2008 en la que da cuenta de que “el mandatario boliviano, Evo Morales, acusó el día 14 a la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (Usaid, sigla en inglés) de estar invirtiendo gran cantidad de dinero para generar problemas e intentar dividir a Bolivia”.

La agencia de noticias china Xinhua también divulgó en febrero de 2012 que “estas denuncias fueron sustentadas en agosto pasado por el exdirector de la Agencia para el Desarrollo de Macrorregiones y Zonas Fronterizas (Ademaf) y por el ministro de la Presidencia, Juan Ramón Quintana, quien afirmó que la Usaid ‘invirtió 100 millones de dólares para corromper a dirigentes indígenas a través de un ejército de ONG’”.

En un análisis periodístico de Telesur, publicado el 30 de septiembre de 2016 a propósito del sexto aniversario del intento de golpe al presidente Rafael Correa, en donde se habla del papel de la CIA en conspiraciones para derrocar a gobiernos que no se pliegan a los intereses estadounidenses, se cita a Philip Agee, exagente de la Central de Inteligencia y autor de varios libros, entre ellos “Diario de la CIA” y “Manuales de campaña para derrocar al gobierno sandinista”. Entre estas citas está una, bajo el subtítulo de LA FACHADA, que confirma las denuncias de Evo y otros líderes regionales con relación al papel de la Usaid en planes sediciosos, cuando revela que “La Usaid, creada ‘casualmente’ en 1961 en el contexto de la irrupción de los movimientos armados de izquierda en América Latina y el Caribe, se encargaría también de **infiltrar las instituciones estatales, captar a personas fieles a los intereses de la Casa Blanca, y en un momento dado, ofrecer apoyo en caso de golpe**”.

Como el acariciado golpe no parece encontrar espacio en las fuerzas armadas venezolanas, pues el plan chavista involucró desde el principio a los militares en su proyecto de Socialismo del Siglo XXI o Revolución Bolivariana, la creatividad de estas agencias extranjeras en una especie de “artecientífico” que bulle en incesantes urdimbres que combinan medios de comunicación (esto no puede faltar), asesinatos, “guarimbas”, manifestaciones de masas, manipulación de estamentos de poder en donde la oposición tiene incidencia; en fin, todo un universo de opciones desestabilizadoras de irradiación continental orientadas a retomar el control, no solo de Venezuela, sino de toda América Latina, porque en su lógica, como dijo Henry Kissinger: “Si no controlamos a América Latina, ¿cómo podremos dominar al mundo?”.

Ahora bien, para romper con las conspiraciones en Venezuela es necesario la profundización del diálogo que inició con Unasur y

que tiene como protagonistas a los expresidentes Leonel Fernández, de República Dominicana; Martín Torrijos de Panamá y José Luis Rodríguez Zapatero, de España. El último no entra en mi lógica de los pantalones largos que se está entallando Latinoamérica, porque daría la impresión de que aún no podemos dirimir nuestros asuntos partiendo de la madurez del liderazgo que hemos venido construyendo a través del progresismo que apuesta a la soberanía y ha creado organismos como la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac), previo a encuentros regionales convocados sin la presencia de Estados Unidos, Canadá y Europa. ¿Hemos visto dirigentes latinoamericanos participando, a solicitud de los europeos, en diálogos o encuentros para buscar solución a los graves problemas económicos, políticos, migratorios, sociales, de seguridad; en fin de situaciones que podrían poner en peligro la identidad de la propia Unión Europea que se debate entre el euroescepticismo y la consolidación de su proceso integrador?

Pero fuera de Zapatero, como elemento que no encaja, la iniciativa de platicar podría abrir el camino hacia una discusión que vaya más allá de lo coyuntural, más allá de los arrebatos políticos para seguir en la construcción de una sociedad más justa, sobre la base del cambio de la matriz productiva para dejar de lado aquello que inició cuando, en 1922, según nos cuenta en un artículo publicado el 14 de marzo de 2009 el profesor y economista César Prieto, llegaron las primeras empresas petroleras a extraer el crudo venezolano dando comienzo a una estampida campesina hacia las ciudades y un abandono de las actividades agropecuarias que pudieron dar empuje a la agroindustria. En ese sentido, quien también es miembro de la Academia de Ciencias Económicas del estado de Zulia, afirmó que “el campo venezolano, hasta entonces productor suficiente de toda la alimentación

requerida por la población nacional, con excedentes para la exportación, empezó a despoblarse con el fenómeno conocido como ‘*éxodo campesino*’.

Sobre las causas que llevaron a Venezuela a convertirse en un Estado rentista, el intelectual venezolano dice: Y es que Venezuela ha devenido en Estado Rentista por razones muy poderosas: 1) El petróleo es el mayor negocio del mundo; sus fabulosas ganancias permiten al Estado hacerle frente a toda clase de gastos. 2) Políticas por parte de los sucesivos gobiernos, desde el 1908 cuando asumió J.V. Gómez, de espaldas a la necesidad imperiosa de diseñar y ejecutar políticas orientadas a la ‘Siembra Petrolera’, es decir, revertir una parte sustancial de los ingresos a la diversificación de la economía venezolana. 3) El ‘éxodo campesino’, que redujo significativamente la población rural –de un 80% en los años treinta del siglo XX, a un 11.40% en 2001– lo cual llevó a contraer de manera escandalosa la producción agropecuaria.

En la actual coyuntura que vive la humanidad, de cambios en sus procesos productivos, de afianzamiento de la globalización como resultado del avance en las comunicaciones, no queda otra salida que apostar a la economía socialista de mercado que ponga como centro al hombre y no a la mercancía, que se encamine hacia una sociedad global con reglas de juego menos perversas, con Estados fuertes que sean el producto del esfuerzo popular, de la inclusión que entienda que el trabajo ligado al conocimiento que exige la realidad objetiva de hoy, genera el capital que no debería crearse sobre la base de la renta y la especulación, y que debe distribuirse de manera más justa.

Venezuela, igual que América Latina, dispone de los recursos humanos y naturales que se requieren para que avancemos como región hacia el desarrollo, para que nos convirtamos en el motor

del crecimiento de la economía planetaria; una oportunidad que se nos presenta ante un proceso de globalización que recompone el mapa geopolítico convirtiendo el mundo en multipolar, en un serio juego que cierra y abre puertas y nos hace recordar la memorable y axiomática frase de Charles Darwin de que “los que sobreviven no son los más grandes ni los más fuertes, sino los que tienen la capacidad de adaptarse a los cambios”.

Ollanta Humala: Impulsado por la izquierda, atrapado en la derecha

Ollanta Humala pudo ser la ficha que se sumara al constante movimiento de efecto dominó que inició con el ascenso al poder, por la vía electoral, de la nueva izquierda latinoamericana, alimentada por la concentración de riquezas y la profundización de la marginalidad social que sembró el neoliberalismo por nuestras tierras, detonando la explosión progresista que comenzó en Venezuela con el triunfo del presidente Hugo Chávez. El exmandatario peruano pudo haber sido la respuesta dialéctica en que se convirtieron otros líderes de nuestro hemisferio ante el agotamiento de los modelos socioeconómicos que han hecho que nuestro continente sea el más desigual del planeta, producto de la grosera concentración de las riquezas y pauperización de unas mayorías que quedaron atrapadas, primero, en las jaulas de las dictaduras que fueron abandonando los gobiernos tras la redefinición geoestratégica de los EEUU; y, segundo, la secuela de excluidos que todavía va dejando el mercado, aliado al abatimiento de las fronteras arancelarias y los Estados reducidos.

La administración de Ollanta Humala tuvo como reto mantener el crecimiento económico que comenzó a producirse en la gestión autoritaria y corrupta de Alberto Fujimori y que continuó

durante la segunda administración de Alan García, el hombre que durante su primer gobierno, 1985/1990, hundió al Perú en una de sus crisis más profundas, pues con una política fiscal irresponsable provocó en 1988 una hiperinflación de 1,722.3 por ciento y en 1989 la elevó a 2,775 por ciento lo que llevó a cambiar dos veces la moneda que pasó a ser Inti y Nuevo Sol.

Los vaivenes partidarios, el manejo inadecuado de la imagen de Humala, asociada al presidente Chávez, vendido por la oligarquía peruana, latinoamericana y Estados Unidos como un perturbador que ponía en juego los negocios del gran capital nacional y extranjero, le impidieron al expresidente peruano alcanzar la primera magistratura del Estado en su primer intento, cuando todo parecía indicar que tenía el triunfo en las manos. Alan García, el cuasi desahuciado dirigente aprista surgió como ave fénix para montarse en el carro económico de Alberto Fujimori.

En el segundo intento Humala tomó distancia del líder venezolano y se arrimó a Lula, el presidente al que todos reconocen logros económicos y sociales sin precedentes en Brasil. Mario Vargas Llosa, quien en su juventud se arropó con las ideas de izquierda y luego se convertiría en uno de los íconos del conservadurismo en el continente y el mundo, de repente decide apoyar al indígena frente a Keiko, la hija de Fujimori con quien él se enfrentara en 1990.

El respaldo de Vargas Llosa a Humala, bajo el mensaje del miedo a la dictadura de Fujimori y la necesidad de que se apostara a un gobierno que pusiera énfasis en lo social, dio tranquilidad a ciertos sectores que al final se inclinaron por el candidato que venía asumiendo un discurso de izquierda. Humala encontró un Perú en crecimiento y tuvo el reto de preservarlo, para generar empleos de calidad y distribuir las riquezas con equidad,

disponiendo de una mayor inversión en educación, salud y transporte, y poniendo mayor atención al tema de la vivienda y la seguridad social, elementos que habrían de mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos y ciudadanas como prometió desde que decidió aspirar a la presidencia abrazando posiciones progresistas.

Su discurso durante la última campaña electoral apuntó a llevar tranquilidad a los sectores productivos nacionales y los inversores, a acercarse a grupos que tradicionalmente le adversaron y que finalmente “entendieron” el mensaje de la alianza para fortalecer las instituciones democráticas y le manifestaron apoyo público. Entre las figuras que apostaron por el exmilitar estaba el expresidente Alejandro Toledo.

El Nobel Vargas Llosa, que hizo pronunciamientos públicos e incluso escribió artículos en respaldo a la candidatura de Humala antes de que lo hiciera Toledo, tuvo el cuidado de decir: “Sin alegría y con muchos temores yo voy a votar por Humala”. Posteriormente, en una actividad denominada “Compromiso en Defensa de la Democracia”, programada por personalidades de la vida pública e intelectual peruana para comprometerse con la candidatura del dirigente de izquierda, el autor de “La casa verde” manifestó: “Yo creo que este juramento y su plan de gobierno rectificado deberían desvanecer todas las dudas que aún persisten en quienes no han decidido su voto. Yo los exhorto a votar por Ollanta Humala para defender la democracia en el Perú y evitar nos el escarnio de una nueva dictadura”.

No defraudar a estos sectores ni frustrar a las masas populares que creyeron en él, se convirtieron en una tarea destinada a encontrar camino en el crecimiento con desarrollo humano, senda que transitan otros que desafiaron la moda neoliberal y desempolvieron las utopías que guardaba en sus entrañas la propuesta social que muchos creyeron enterrar tras los martillazos

que echaron abajo el muro de Berlín y desataron la glotonería del capital que comenzó a engullirse hasta la respiración de las mayorías.

Al tomar posesión como presidente quedaron claros sus desafíos cuando habló de “la urgencia de reparar las injusticias, corregir el rumbo y restablecer el diálogo en nuestra sociedad”, y prometió establecer “una economía de mercado abierta al mundo” pero “con inclusión social” donde “el Estado será un promotor de la inversión y del desarrollo”.

Ollanta Humala y su gobierno

Al asumir el Gobierno, Ollanta Humala comenzó a alejarse del discurso progresista sobre el que construyó su liderazgo. El apoyo electoral de sectores conservadores frente al fujimorismo fue el inicio de su “cooptación”. Al final de su período de cinco años, la economía había crecido a un promedio de 2.5 por ciento. La vulnerabilidad en que la encontró debido a que se apostó a menos industria y más servicios, haciéndola más dependiente de factores externos, no cambió de rumbo. Al final, cifras aportadas por su administración indican que durante la gestión que encabezó, un millón de personas salió de la pobreza y se concedieron becas a 60 mil ciudadanas y ciudadanos peruanos.

Las fuerzas progresistas comenzaron a reagruparse en 2013 alrededor del Frente Amplio que para las elecciones de 2016 postuló a Verónica Mendoza, quien alcanzó el tercer lugar, con el 18.8 por ciento de los votos válidos emitidos.

Retorno del sandinismo por la vía electoral

Nicaragua se metió al concierto de gobiernos de izquierda que vienen alcanzando el poder por la vía electoral, después de haberlo perdido a manos de Violeta Chamorro y la Unión Nacional Opositora en 1990, tras alcanzarlo en 1979 mediante la lucha armada que derrocó la dictadura de Anastasio Somoza Debayle, iniciada en 1937 por su padre Anastasio Somoza García.

El Frente Sandinista de Liberación Nacional, FSLN, protagonista de los dos triunfos de la izquierda nicaragüense, fue organizado por Carlos Fonseca Amador para continuar la lucha armada iniciada por Augusto César Sandino, el general que enfrentó la última intervención estadounidense en el país centroamericano, derrotándola según aceptan los propios interventores, pues en una placa de bronce que está en una de las paredes del llamado Salón Histórico del Pentágono, hay una inscripción que confirma dos derrotas militares, la primera, en 1933 en Nicaragua, y la segunda, en 1975 en Vietnam.

Esta información aparece en un artículo publicado el 21 de febrero en la Revista Libre Pensamiento, bajo la firma de Marxio Vargas, parte del cual reproduzco:

En el pabellón número cuatro, de los cinco muros que conforman el edificio sede de la maldad del imperio yanqui

(Secretaría de Defensa, le llaman ellos), hay en su interior una pared dedicada a exponer la historia de las innumerables guerras de agresión de USA contra la humanidad. Todas las placas conmemorativas -menos dos- se refieren a lo que los yanquis llaman “victorias militares” de su voracidad punitiva desde hace siglo y medio. Las dos brillantes excepciones, muy poco adornadas en su presentación a la vista de selectos visitantes, dicen con claridad: DERROTAS. Y se refieren así: Vietnam (1975)..., y NICARAGUA (1933).

Al menos uno de los jefes del Ejército de Nicaragua, ahora ya general retirado, otrora brillante guerrillero y fundador de lo que antes se llamaba EPS (y quien me hace el honor de ser su amigo de hace muchos años ya), pudo ver, con sus propios ojos, esa placa de gran orgullo para la Nicaragua revolucionaria sandinista.

Mi amigo ex jefe de nuestro Ejército, había sido invitado a unas reuniones de trabajo en Washington, y estuvo en el pabellón 4 del Pentágono, en uno de sus recorridos por lugares que Sandino llamó “antros” o “gleba de morfínomanos”.

Sintió mi amigo, un hijo legítimo del general Sandino, como si lo hubiesen condecorado con la mayor medalla de reconocimiento militar de su vida.

Pues bien, el “General de Hombres Libres”, como le llamó el intelectual francés Henri Bardusse, que como vimos, fue el hombre que asestó la primera derrota militar a EE.UU., muere en un acto de traición urdido por el entonces jefe del Ejército Nacional de Nicaragua, de reciente formación, Anastasio Somoza García, quien diría que mandó a ejecutar a Sandino por órdenes del embajador estadounidense, Arthur Bliss Lane, aunque lo que está claro es que con el acto en que perdió la vida el héroe nicaragüense, quien articuló la urdimbre lo que procuraba era despejarse el camino para alzarse con el poder como lo haría dos años después.

Las luchas contra la dictadura de los Somoza, que se instaló con el apoyo del gobierno de Estados Unidos, inició de manera pública cuando el estudiante Francisco Frixione convirtió una manifestación estudiantil de solidaridad con los estudiantes de Guatemala que estaban siendo reprimidos por el dictador Jorge Ubico, en una actividad contra el régimen de Somoza García, al llamar en las calles a levantarse en lucha contra un hombre que para afianzarse en el poder transformó en un infierno la vida de sus opositores.

El FSLN se convirtió en el catalizador de los anhelos de un pueblo que deseaba la libertad, que necesitaba vivir en democracia, y con el apoyo de los ciudadanos y ciudadanas, que no solo sufrían de las privaciones que le imponía el régimen de fuerza, sino que vieron cómo se malversaron los recursos que llegaron al país tras el terremoto que en 1972 mató a más de 10 mil personas, avanzaron para poner fin a la dinastía de los Somoza, no sin contar, además, con las presiones que ejercieron algunos países contra el gobierno del hijo de quien asesinó al primer hombre en derrotar a los marines estadounidenses.

En 1979 los hombres y mujeres que combatieron con las armas al somocismo, iniciaron desde el poder una serie de reformas políticas y sociales que en principio contó con el respaldo de amplios sectores de la sociedad que veían en la denominada Revolución Sandinista, la construcción de una democracia participativa e incluyente, pero que a medida que se fue consolidando y mostrando su independencia respecto a los tradicionales grupos económicos nacionales y extranjeros, comenzó a sufrir los embates de fuerzas que se organizaron con el financiamiento de éstos, para desestabilizarla.

Así surgen las llamadas fuerzas contrarrevolucionarias que encontraron en el propio sandinismo parte de los hombres que la

condujeron. Edén Pastora, que saltó a la opinión pública por su participación en una de las escaramuzas militares sandinistas de mayor alcance mediático, surgió como una figura que pretendió aglutinar el descontento, que no sólo agitaban y estimulaban sectores económicos y políticos, sino religiosos, todos bajo las orientaciones del gobierno estadounidense que encabezaba el presidente Ronald Reagan, que además les suministró dinero, armas y todo tipo de pertrechos militares que se combinaban con tecnología y asistencia en inteligencia.

Las fuerzas que enfrentaron al gobierno del FSLN se les llamó “Los Contras”, y como dijo, al cumplir tres años la Revolución Sandinista, Max Nolff, un economista chileno que trabajó para la CEPAL, en un trabajo que tituló *La vía crucis de la revolución sandinista*: “La administración de Reagan ha alentado los esfuerzos para desquiciar la economía nicaragüense. Quiere seguir el ejemplo de Nixon y Kissinger cuando desestabilizaron la economía chilena después del triunfo del presidente Salvador Allende en las elecciones de 1970. Tres años de agresión económica desembocaron en un cruento golpe de Estado, con pérdidas de miles de vidas y atropellos a los derechos humanos en el país”.

En todo el proceso que vivió Nicaragua, desde la guerra civil hasta la victoria de “Los Muchachos”, como solían llamarles a los revolucionarios, estuvo presente la parte caliente de la Guerra Fría, que terminó con el triunfo de Occidente y arrastró hacia el colapso a la mayoría de los países que, como el centroamericano, se protegían bajo la sombrilla de una Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URSS, que de la mano de Mijaíl Gorbachov sucumbió en el intento de renovar el sistema para hacerlo competitivo y transparente a través de la perestroika y la glasnost.

Así como el derrumbe del bloque socialista, liderado por la URSS, sorprendió al mundo, aunque ya Juan Bosch en una serie

de artículos publicados en Vanguardia del Pueblo, semanario del Partido de la Liberación Dominicana, PLD, lo insinuó, la derrota electoral del FSLN en 1990 asombró incluso a Violeta Chamorro y la UNO, que ganaron las elecciones ese año.

La conquista del poder por la vía electoral le llega al sandinismo en un contexto internacional distinto, con una situación geopolítica marcada por la multipolaridad económica y un mundo asistiendo al abatimiento de las fronteras arancelarias, con un capitalismo que se robustecía sobre la plataforma neoliberal que imponían los organismos financieros internacionales, bajo las orientaciones de algunos países industrializados, sin sospechar que en su expansión y fortalecimiento se incubaba el germen que le conduciría a la peor crisis, después de la padecida en 1929.

Independientemente de los errores que cometieran Los Muchachos en el ejercicio del poder, no se desprendieron de las herramientas ideológicas que marcaron su lucha, a pesar del mensaje de Francis Fukuyama, que proclamando el fin de la historia o el fin de las ideologías, una postura, sin lugar a dudas ideológica, pretendía convencer, sobre todo a la izquierda, de que no había otra alternativa al capitalismo en su versión salvaje, y que cualquier intento por cambiar el nuevo esquema de producción de riquezas, estaba destinado al fracaso, como ocurrió con los países de la órbita soviética y se “diluyen” (¿o transforman?) los de China y Vietnam.

Humanizar el capitalismo no era una opción; fortalecer al capital privado de los países emergentes tampoco, solo estaba abierto el camino para, en medio de la desregulación laboral, el achicamiento del Estado y toda suerte de libertad de mercado sin control, producir riquezas como fin en sí mismo, sin importar que se acumularan en pocas manos, como consecuencia de la creciente exclusión, derivada de una glotonería que nunca puso en

perspectiva la indigestión que les mantiene en una carrera constante hacia el disminuido y despreciado doctor Estado.

Sin Guerra Fría, con Fukuyama retractado y el neoliberalismo hundido en la inviabilidad, el sandinismo se agregó a la ola de la izquierda democrática que, bajo un nacionalismo progresista que no desconoce la importancia de la inversión extranjera y la apertura de los mercados, se mancuerna con un empresariado nacional comprometido con el crecimiento económico atado a la inclusión social, que conjure la deuda histórica que tienen los actores fundamentales de los procesos de producción con los menos favorecidos.

Saben estos empresarios, como hemos dicho, que el crecimiento sin derrame no permite el círculo virtuoso del progresivo proceso de ofertar y demandar, porque un mercado lleno de pobres no consume, lo que deviene en un círculo vicioso de pobreza, ya que, el que produce no tiene a quien venderle sus productos, y el que se dedica a los servicios no encuentra a quien ofertarlos.

Gobernar a uno de los países más pobres del hemisferio requiere de esfuerzos extraordinarios, de un plan a largo plazo que sea confiable y propuesto por una administración con credibilidad, capaz de convencer a nacionales y extranjeros de la viabilidad de éste y que congrege a la sociedad, a los sectores productivos y a los inversionistas a empujar hacia los objetivos definidos en un marco de gobernabilidad y respeto al Estado de derecho.

El proceso hacia la institucionalización de Nicaragua, de afianzamiento de la democracia ha sido tortuoso, difícil; pero el gobierno de Daniel Ortega, a su ritmo y estilo, en medio de turbulencias políticas, económicas e incluso naturales, va avanzando por el camino correcto, según lo manifestado por algunas misiones del Fondo Monetario Internacional, FMI, y otras instituciones

que avalan con estadísticas, el lento pero sostenido progreso del país centroamericano en su lucha contra la pobreza.

Humberto Arbulú, jefe de misión del organismo internacional mencionado, en su visita en 2008 a Nicaragua, a un año del retorno del sandinismo, reconoció los éxitos que en materia de política económica había alcanzado el Gobierno; años después, en 2010, para ser específico, esta misma entidad expresó, a través de su enviado, Gastón Gelós, satisfacción por la recuperación de la economía del país, luego de ser impactada por la crisis financiera internacional que impulsó los altos precios de la energía, las materias primas y las fuertes lluvias que inundaron los campos creando serios problemas a la agricultura.

Desde 2007 se comenzaron a incrementar las exportaciones de azúcar, de productos derivados del ganado bovino, del café, de los granos y productos mineros como el oro. Y el desempleo, que en el 2005 alcanzaba la cifra de 35.7 por ciento, se colocó al 2010 en un 28.3, para una reducción de un 7.4 por ciento, según un estudio del Instituto Nicaragüense de Información para el Desarrollo (INIDI). En fecha más reciente, en visita que girara en noviembre de 2016 a Nicaragua Gerardo Pedreza, jefe de misión del Fondo Monetario Internacional, manifestó que Nicaragua continuaba con un crecimiento económico positivo y previó que para el 2017 éste se colocará entre un 4.5 y un 5 por ciento. *“Un crecimiento por arriba del 4% es muy positivo, sobre todo si lo miran desde el punto de vista del ingreso per cápita, porque ese es el que cuenta a la hora de reducir la pobreza”*, expresó.

Es probable que estos números tengan relación con el plan de alfabetización “Yo Sí Puedo”, que permitió a la UNESCO declarar a la nación istmeña en 2009 como el tercer país de América Latina libre de analfabetos; que tengan relación con otros programas sociales como Hambre Cero, Plan Techo, y el llamada Bono

Solidario para beneficiar a trabajadores, jubilados, amas de casa y menores de edad.

En su lento progreso Nicaragua logró, con la ayuda de Venezuela y Cuba, terminar con la crisis energética que provocaba hasta 16 horas de apagones diarios. Y, como para mostrar lo saludable de su economía, exhibe un crecimiento moderado acompañado de estabilidad monetaria y un incremento de las reservas internacionales. Queda, sin embargo, mucho camino por recorrer.

Los acuerdos de paz iniciados en Contadora y continuados en Esquipulas por los presidentes Daniel Ortega de Nicaragua, Napoleón Duarte de El Salvador, Vinicio Cerezo de Guatemala, Oscar Arias de Costa Rica y José Azcona Hoyo de Honduras, junto a una serie de acontecimientos acaecidos en el plano internacional y que convergieron en el punto que abrió paso a la pacificación y democratización de Centroamérica, permitieron a los seguidores de Sandino y Farabundo Martí, alcanzar el poder por la vía electoral, asumiendo las posiciones de izquierda que las urnas occidentales de la Guerra Fría no admitían.

Schafik Hándal no pudo, Mauricio Funes inició

El Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, FMLN, no pudo construir el camino que le condujera a la toma del poder por la vía armada, como lo hizo el Frente Sandinista en 1979, pero el voto popular, que no alcanzó para hacer presidente a Schafik Hándal, se manifestó de manera decidida a favor de Mauricio Funes, un periodista progresista que siempre se identificó con las causas farabundistas e hizo frente a los sectores conservadores desde sus espacios mediáticos, ganando gran respeto entre amplios sectores de la población.

Funes nunca fue un militante político; nadie, por tanto, lo vinculaba a la lucha armada; su imagen no representaba la dureza de la guerra. Su batalla en solitario la libró siempre a través del micrófono y el bolígrafo, disparando palabras, sacando sus verdades al aire y levantando la bandera del asesinado sacerdote Arnulfo Romero, quien desde la religión, desde la fe, desde el púlpito, gritó hasta sofocar su vida, un mensaje de justicia social, que arrastraba consigo al que exigía respeto a los derechos humanos.

La izquierda y la fe aprendieron a caminar de la mano, lo que no ocurrió en otros países, en los que el culto y la sotana marcharon junto a los que reprimieron y secuestraron la democracia y despojaron a las mayorías de las riquezas que por naturaleza

debían ser colectivas, mediante el saqueo desalmado y sangriento, orientado desde geógrafos centros de poder, sembrados en tierras extranjeras.

El farabundismo edificó, a lo largo de su lucha armada, un prestigio que se abrazaba con los sectores populares, y que afianzó al entregar las armas, poniéndose a tono con la realidad política que marcaba el nuevo contexto internacional. Sacó de su sombrero mágico una carta de izquierda sin olor a pólvora, que desarmó el discurso del miedo, entonces la oligarquía se desencajó, mientras el progresismo, la izquierda fresca y renovada, avanzó hacia la conquista del poder, que se convirtió en realidad el 1 de junio de 2009 cuando el FMLN y Funes tomaron las riendas del poder en el pulgarcito istmeño.

El periodista Mauricio Funes llegó al poder en compañía de Salvador Sánchez Cerén, un guerrillero militante del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, hijo de carpintero, maestro graduado que desde temprano, mientras ejercía de profesor, decide abrazar la causa revolucionaria con el fin de establecer en El Salvador una revolución de carácter socialista; luego, este obrero de la carpintería y la enseñanza se convertiría en el presidente de El Salvador, los farabundistas parecían asumir el poder de forma total, lo que en la realidad no ocurrió porque como suele repetir la comandante guerrillera Nidia Díaz: “El Frente alcanzó el Gobierno pero no tiene el poder de gobernar”. Y ha ocurrido así porque a pesar de sus alianzas en el Poder Legislativo para impulsar leyes de inclusión, el judicial le ha montado un gobierno paralelo.

La dureza de la lucha en el plano militar pudo moldear su carácter para colocarlo en las posiciones extremas, pero su condición de maestro y su herencia de artesano, le hacen asumir un discurso bien pensado, cercano al de un diplomático y un

vicepresidente que tuvo su rol de no hacer sombra y no crearle ruidos al primer mandatario, consciente de que ambos eran parte de un proyecto político que tiene como finalidad el establecimiento de una sociedad incluyente, próspera y justa.

Por esa prudencia, la diferencia con Funes, un hombre ubicado en la centroizquierda y confeso simpatizante del modelo Lula, al que no pocos de los que se inscribían en la corriente de Sánchez Cerén a nivel continental llaman reformista, el Gobierno y el Frente han podido colocarse por encima de las contradicciones que afloran con frecuencia en el Foro de Sao Paulo y otros espacios en que la izquierda latinoamericana se reúne para definir estrategias unitarias, que le permitan continuar en el camino de la conquista del poder y las transformaciones políticas, económicas y sociales que demandan los pueblos.

El debate entre los llamados “reformistas” y los que decidieron transitar por el camino de lo que el presidente Hugo Chávez llamó “Socialismo del Siglo XXI”, que en principio planteaba cambios profundos en la sociedad venezolana, se ha tornado agrio por momentos, poniendo en vilo el trato fraterno, la camaradería en que intiman los militantes de los partidos que se dan cita de manera permanente en estos foros y que caracteriza estos encuentros.

Hace unos años, en una actividad internacional organizada por el Partido Socialista Unificado de Venezuela, PSUV, celebrada en Caracas, ante críticas hechas a los gobiernos que han asumido el modelo del expresidente brasileño, Luiz Inácio Lula da Silva, el entonces secretario de relaciones internacionales del Partido de los Trabajadores del Brasil, PT, y secretario ejecutivo del Foro de Sao Paulo, Valter Pomar, dijo que el enemigo no estaba en ese encuentro sino afuera, y lo identificó como el que promueve el hambre y las desigualdades sociales.

Funes estuvo casado durante su presidencia con una brasileña petista; le acompañaron en su gobierno un gran número de amigos que estuvieron a su lado durante la campaña electoral que le llevó al poder, pero nunca perdió de vista que su base de sustentación era el FMLN, y Sánchez Cerén, un compañero de fórmula confiable.

Uno de los mayores retos de Mauricio Funes al alcanzar el gobierno era la seguridad ciudadana, pues las maras, pandillas que operan a manos sueltas, mantienen desde décadas el estado de terror, no sólo a los salvadoreños, sino a ciudadanos de otros países del istmo centroamericano, entre los cuales están Guatemala y Honduras, que forman junto al primero, el triángulo del terror; y es que al ser fronterizos han servido de espacio común para el delito, las escapadas y el refugio.

Al fenómeno de las maras se le vino a sumar la presencia cada vez mayor de carteles de la droga con más poder de fuego y control, con métodos sofisticados y alto nivel de profesionalización criminal que deja a los delincuentes tradicionales y sus técnicas rudimentarias en la periferia, cuando no, son absorbidos por estos últimos que, además tienen la capacidad de penetrar a los propios organismos de seguridad del Estado como se ve con frecuencia en Guatemala, México y otros países que sirven como base de operación del crimen organizado que va tomando cada día un perfil global.

Consciente del problema, un escollo para definir un plan de desarrollo con inclusión social, ya que la violencia y la inseguridad ciudadana ahuyentan la inversión, de entrada reforzó la Policía Nacional Civil con un aumento significativo de militares como apoyo al combate a la delincuencia, medida que complementó con programas de corte social, pues el Gobierno sostuvo que este problema no solo se enfrenta con el ejercicio de la fuerza, sino atacando de forma simultánea las causas que la provocan.

El presidente salvadoreño en su empeño por atacar este mal en todos los frentes, propuso la creación de la llamada Policía Nacional de Justicia, Seguridad Pública y Convivencia, y la presentó para que fuera discutida de manera abierta por la Iglesia, los partidos políticos, los empresarios, sindicatos, universidades; todos los actores de la sociedad como forma de consensuar la lucha contra el peligroso y amenazante crimen organizado.

Junto a estas medidas e iniciativas también dio potestad al Ejército para que tomara el control de las cárceles y evitar con ello que desde los centros penitenciarios se corrompiera a las autoridades y se coordinaran crímenes que se pudieran ejecutar tanto dentro como fuera de las instalaciones. Proscribió con el apoyo abrumador del Congreso a las pandillas, proceso que se produjo en medio de una huelga del transporte público bajo amenaza de estos grupos criminales.

Sánchez Cerén, presidente

Como he afirmado, Mauricio Funes fue el elemento de la transición, el hombre que, por no oler a pólvora revolucionaria, debía suavizar la llegada del Frente que, durante la administración del comunicador social, no sentía que había llegado al poder aunque en medio de relaciones, a veces tensas, se mantuvo un trato de respeto, conscientes todos, Gobierno, partido, funcionarios y dirigentes partidarios de que vivían una etapa de cambios sutiles que terminaría con la llegada al poder de Sánchez Cerén.

El nuevo presidente alcanzó la primera magistratura tras una campaña electoral marcada por una polarización que llevó a resultados muy cerrados frente a Norman Quijano, candidato de la Alianza Republicana Nacionalista, ARENA, formación política que fundó a principio de los 80 el militar Roberto d'Aubuisson

con la ayuda de Estados Unidos para enfrentar al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, FMLN, para lo que desataron una carnicería bajo la creación de fuerzas paramilitares de ultraderecha denominadas Escuadrones de la Muerte, que asesinaron a jesuitas defensores de los derechos humanos, entre los cuales estaba el beato Óscar Arnulfo Romero que, a decir de la Comisión de la Verdad salvadoreña, fue un encargo personal del fundador del partido ultraconservador.

La escisión de Arena, con la salida del expresidente Antonio Saca, permitió que éste se debilitara en la Asamblea Nacional y abriera las posibilidades de acuerdos entre el partido de gobierno y la Gran Alianza Nacional, GANA, formada por el exmandatario, lo que, tras concretarse abrió las posibilidades de pactos para la gobernabilidad durante el mandato de Funes, un cuadro que cambió a raíz de las elecciones en que ganó Sánchez Cerén y se redefinió la nueva composición del congreso, que favoreció en lo adelante, bajo control de los areneros, un dominio que comenzaron a utilizar para estrangular las ejecutorias del gobierno a través del Poder Judicial.

Sobre esta situación, el 8 de agosto la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe, Copppal, emitió un documento que difundieron algunos medios de comunicación en el que denunciaba la situación y expresaba su solidaridad con el gobierno de FMLN:

La Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe (Copppal) condena las últimas sentencias emanadas por la Sala Constitucional de la Corte Suprema de Justicia de El Salvador, por entender que las mismas representan una apuesta a la desestabilización económica, social y política del país centroamericano.

Las decisiones de dicho tribunal de destituir a los miembros de la Corte de Cuentas de la República; impedir una

reforma a la Constitución que igualaba el tiempo de los funcionarios de elección popular; emitir una medida cautelar para evitar que una empresa pública pueda invertir en generación de energía limpia impidiendo de esta manera, asegurar el pago de subsidio a más de un millón de hogares; impedir que el Estado disponga de 900 millones de dólares para invertir en seguridad; declarar que los 84 diputados y diputadas suplentes no pueden ejercer sus atribuciones; así como declarar inconstitucional algunos artículos de la Ley de Amnistía haciendo una reinterpretación del Informe de la Comisión de la Verdad, promoviendo de esta forma expectativas de una justicia penal difícil de alcanzar, son una clara muestra de que la Sala Constitucional de la Corte Suprema de Justicia se ha dado a la tarea de promover acciones que crean incertidumbre y generan desestabilización.

La Copppal considera que estos hechos no son aislados, sino, que forman parte del proceso de judicialización de la política que fue identificado como una de las herramientas del Plan Atlanta, concebido para desarticular los movimientos progresistas en América Latina y el Caribe.

Hacemos un llamado al pueblo salvadoreño a mantenerse vigilante ante estas y otras decisiones que pueda evaluar este órgano que, con estas medidas ha dejado claro que responde a intereses oligárquicos en su intención de revertir el progreso social y económico que han estado creando los gobiernos progresistas. También llamamos a todos los partidos progresistas de América Latina y el Caribe a ser solidarios y estar alerta ante este tipo de situaciones.

Nuestra institución seguirá de cerca estos acontecimientos y acompañará, como siempre lo ha hecho, a las fuerzas progresistas salvadoreñas y de toda Latinoamérica.

Pero a pesar de los esfuerzos de los sectores conservadores por generar situaciones de ingobernabilidad, por impedir que la administración de Sánchez Cerén gobierne a favor de los mejores

intereses de las grandes mayorías salvadoreñas, el mandatario encabeza una gestión que avanza en la construcción de una sociedad más justa y más humana en la que las oportunidades se abren para todos.

El Plan Atlanta

El ascenso al poder por vía electoral de partidos progresistas a todo lo largo y ancho de América Latina, que como hemos visto, comenzó a cambiar la suerte de la región para beneficio de nuestros intereses y contra el despojo a que durante más de 500 años habíamos sido sometidos por distintas fuerzas extranjeras en alianzas con los sectores dominantes nacionales, comenzó a desarticular a las formaciones políticas conservadoras, tras las reiteradas muestras de apoyos comiciales al progresismo.

Esta nueva realidad provocó una rearticulación de las fuerzas de la derecha de nuestra región bajo la orientación de líderes conservadores latinoamericanos y potencias foráneas como lo expresé en un trabajo periodístico que titulé “El plan Atlanta” que publicó el periódico Listín Diario el 11 de marzo de 2016 y reprodujo al día siguiente Vanguardia del Pueblo, vocero del Partido de la Liberación Dominicana, PLD. Lo copio a continuación:

Antes de asumir la presidencia del Parlamento Centroamericano, Parlacen, se me comenzó a invitar a algunos eventos regionales diferentes a otros de características y orientaciones ideológicas distintas a los que asisto en mi condición de dirigente del Partido de la Liberación Dominicana, PLD; son estos, los organizados anualmente por el Foro de

Sao Paulo y la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe, Coppal, organización que me eligió como su vicepresidente en 2012.

Mi estrecha amistad con un expresidente centroamericano que jugó un papel de primer nivel en la transición hacia la democracia en su país, fue la responsable de que yo comenzara a participar en estas reuniones periódicas de la derecha y la centro derecha, que no solo son encuentros regionales sino que convocan al liderazgo mundial. En estos espacios he participado con intervenciones que muestran, sin envolturas, el cariz ideológico de cada una de mis palabras, compartidas ante colegas expositores y público que se conjugan para convertir sus ideas en ríos desbordados contra los que debo nadar.

Gracias a su invitación estuve en Brasilia en 2011; fue mi primer encuentro con este “foro” que reúne a líderes de todo el mundo bajo la sombrilla de la Fundación Paz Global que preside Hyun Jin Preston Moo, y la participación de la Conferencia Liderazgo Uruguay, el Instituto Patria Soñada y la Fundación Esquipulas. Esta última entidad, un pilar del proceso de integración centroamericana, que como su líder y fundador, es abierta a las diferentes corrientes de pensamiento, y su participación en este tipo de eventos tiene como objetivo discutir de manera abierta los temas que son preocupación en toda América Latina.

El otro encuentro al que asistí, en el que pedí a los organizadores sacarme del programa de oradores, porque mis palabras, como en Brasilia, desentonarían con el de la mayoría de los expositores, que a excepción de Hipólito Mejía, el expresidente que me invitó y otro exmandatario amigo con los que viajé al evento desde Guatemala, se sumaban al tema del mercado y sus oportunidades sin reparar en la cuestión social, porque entendía que mis palabras ponían en situación incómoda a la institución y al amigo que me invitó, pues los discursos serviles ante el gran hermano y la acusación de que América Latina actúa con desconfianza

hacia los Estados Unidos sin nada que lo justifique, tenían en las palabras que ya había escrito, un muro fraguado a fuerza de los centrífugos hechos históricos que desmotarían los sermones que se anclaron en la falsificación de la historia y mi afirmación de que vivimos una crisis del tipo de capitalismo financiero e inhumano que ha impuesto Occidente.

La ciudad de Atlanta fue el escenario de este encuentro productivo, en el que se conformaría, como de hecho se conformó, la Misión Presidencial Latinoamericana, que reúne a expresidentes de nuestra región, la que al final suscribió la denominada Declaración de Atlanta, en la que entre otras cosas, expresan “la convicción de que se está ante una oportunidad histórica para que América (Norte, Centro y Sur), inicie una nueva era en sus relaciones, dejando atrás el pasado signado por desencuentros...”.

Sin embargo, antes de la firma de la declaración se produjo una reunión con estos expresidentes latinoamericanos en una suite del hotel Marriot, donde se desarrollaba el evento; aquel donde se firmó parte de la película *Flight* (El vuelo) que tuvo como protagonista a Denzel Washington. Hipólito Mejía no participó en esta “bilateral” que sirvió de escenario para revelar o diseñar, eso no lo puedo precisar, un plan que se comenzó a detallar a partir de la intervención de un expresidente suramericano que expresó en un típico lenguaje de guerra fría: “Como no podemos ganarles a estos comunistas por la vía electoral les comparto lo que sigue...”.

Entonces vienen los detalles resumidos en dos pasos; el primero que tenía como objetivo iniciar una campaña de descrédito contra los presidentes de orientación de izquierda o progresistas para ir minando su liderazgo. Para ello decía contar con medios de comunicación, algunos de los cuales fueron mencionados. El segundo consistía en transformar las maniobras mediáticas en proceso judiciales que terminaran con los mandatos presidenciales sin que para ello

hubiera que recurrir al voto popular que les instaló en la administración de los Estados.

Al abordar lo que sería la segunda etapa del plan, también hubo mención de algunos nombres de individuos ligados a las instituciones judiciales de la región comprometidos con la conspiración que llevarían a los llamados “Golpes Suaves”, encubiertos de juicios políticos precedidos de escándalos de corrupción, o campañas dirigidas a ventilar supuestos comportamientos cuestionables de la vida íntima de los líderes progresistas; incluyendo, si fuere necesario, a familiares, amigos o allegados. ¿Fueron Manuel Zelaya y Fernando Lugo tubos de ensayo para llegar al resto, a los de países con mayor peso económico de la región, hasta alcanzar a la “joya de la Corona”, que es, sin discusión, Lula Da Silva, el líder más influyente, para con su caída provocar el efecto dominó que parecen buscar?

Sería injusto no decir, que mientras los suramericanos desarrollaban su discurso conspirador, los presidentes centroamericanos parecían, igual que yo, enterarse de todo lo expuesto en aquel momento.

Lo que se ha visto después de aquel evento en toda la América Latina gobernada por los partidos de izquierda o progresistas, parece poner en evidencia que la conspiración está en marcha, con cierto éxito hasta ahora, porque encontró de aliado la desaceleración de la economía china y el desplome de los commodities que han tenido un gran impacto en la contracción de las economías de la región.

El juez Sergio Moro aunque no recuerdo si estuvo entre los nombres mencionados de los individuos ligados al plan o que se podrían ligar a él, llegó a la ‘joya de la Corona’ del progresismo al dictar contra el fundador del Partido de los Trabajadores de Brasil, y sin medios de prueba, una condena a nueve años de prisión.

Semanas antes de producirse este aconteciendo, el vicepresidente de Uruguay, Raúl Sendic, denunció ser víctima de la

urdimbre de Atlanta, y el diario República, que se hizo eco de la denuncia, reveló en su edición digital del 5 de julio de 2017 que el expresidente uruguayo Luis Alberto Lacalle habría admitido haber estado presente en aquella reunión. El periódico lo cuenta así:

El exsenador del Frente Amplio Carlos Baráibar confirmó que el expresidente Luis Alberto Lacalle Herrera participó a fines de 2012 en Estados Unidos en un encuentro en el que mencionó la intención de utilizar a los grandes medios de comunicación y al poder judicial para frenar a los gobiernos progresistas en América Latina.

En la misma línea, en las últimas horas, el vicepresidente de la República, Raúl Sendic, dijo que la “campaña” contra su figura es parte de una estrategia orquestada en una reunión en Atlanta (Estados Unidos) para atacar a determinados sectores de la izquierda en el continente. Este hecho generó que ayer el propio Presidente Tabaré Vázquez se refiriera al “bullying” que se cierne sobre el vicepresidente (ver página 3).

Consultado por LA REPUBLICA, Baráibar afirmó anoche que la información sobre la participación de Lacalle y su intervención le fue proporcionada por el presidente del Parlamento Centroamericano (Parlacen) Manuel de Jesús Pichardo, durante un Foro de San Pablo realizado en San Salvador y cuyo contenido, el propio Lacalle, para su sorpresa, confirmó tiempo después durante una sesión del Senado y ante su requerimiento. “Me dejó y nos dejó sorprendidos, porque no pensábamos que una información que había trascendido de una reunión privada y confidencial, él la reconociera como cierta”, afirmó en alusión a la sesión del Senado de febrero de 2014.

Pichardo viene denunciando en foros internacionales el “Plan Atlanta” para sacar del poder a los gobiernos de

izquierda de Latinoamérica. En las últimas horas, el vicepresidente Raúl Sendic dijo que la campaña en su contra fue ideada en Atlanta. “Lacalle había dicho, según Pichardo, que la constatación que se tenía era que la lucha política contra las fuerzas progresistas en el campo de la lucha social era una batalla perdida que no tenía chance de cambiar la correlación de fuerzas. Pero que había dos ámbitos que sí sentían que la derecha podía dar la batalla y esos dos campos son: los grandes medios de comunicación y el poder Judicial, y que había que centrarse en procurar la incidencia de estos dos ámbitos para dar esa batalla. Eso lo dice Lacalle que lo cuenta Pichardo. A raíz de eso, en febrero de 2014, en la legislatura pasada, yo pido la palabra, y relato la anécdota, sin nombrar a Pichardo. Lacalle pide una interrupción y sostuvo, textualmente: “Sí, es cierto, yo dije lo que dice el senador Baráibar”. “Me dejó y nos dejó sorprendidos, porque no pensábamos que una información que había trascendido de una reunión privada y confidencial, él la reconociera como cierta”, afirmó el exsenador.

Tal como adelantó ayer LA REPUBLICA, el episodio ocurrió a fines del año 2012. Por esas fechas, se instauró en Atlanta la Misión Presidencial Latinoamericana, de la cual Lacalle forma parte, “una iniciativa de carácter cívico que reúne a expresidentes democráticos de América”. En el encuentro también participó el diputado dominicano Manolo Pichardo, quien actualmente es presidente de la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe (Coppal). Pichardo, que es dirigente del Partido de la Liberación Dominicana, denunció que en esa oportunidad tuvo lugar en paralelo una reunión en la suite del hotel Marriot que sirvió para “revelar o diseñar” una estrategia a la que él alude como el “Plan Atlanta”: una “conspiración” para minar el liderazgo de los presidentes de izquierda o progresistas del continente.

Según explicó Pichardo en un artículo con su firma publicado en marzo del año pasado por Listín Diario de

Santo Domingo, un expresidente suramericano habría detallado el plan urdido ante la imposibilidad de “ganarles a estos comunistas por la vía electoral”.

La estrategia expuesta por el expresidente consistiría en dos pasos: “el primero que tenía como objetivo iniciar una campaña de descrédito contra los presidentes de orientación de izquierda o progresistas para ir minando su liderazgo. Para ello decía contar con medios de comunicación, algunos de los cuales fueron mencionados. El segundo consistía en transformar las maniobras mediáticas en procesos judiciales que terminaran con los mandatos presidenciales sin que para ello hubiera que recurrir al voto popular que les instaló en la administración de los Estados.

Al abordar lo que sería la segunda etapa del plan, también hubo mención de algunos nombres de individuos ligados a las instituciones judiciales de la región comprometidos con la conspiración que llevarían a los llamados ‘Golpes Suaves’, encubiertos de juicios políticos precedidos de escándalos de corrupción, o campañas dirigidas a ventilar supuestos comportamientos cuestionables de la vida íntima de los líderes progresistas; incluyendo, si fuere necesario, a familiares, amigos o allegados”, relató Pichardo en su artículo.

Según el diputado dominicano, “lo que se ha visto después de aquel evento en toda la América Latina gobernada por los partidos de izquierda o progresistas, parece poner en evidencia que la conspiración está en marcha, con cierto éxito hasta ahora, porque encontró de aliado la desaceleración de la economía china y el desplome de los commodities que han tenido un gran impacto en la contracción de las economías de la región”.

Este medio de comunicación también publicó declaraciones en las que afirmé que Lacalle fue el individuo más activo en la reunión sostenida en la capital de Georgia, un elemento de la

trama que no quería revelar, así como me negaba a hacer público este trascendental acontecimiento con ribetes históricos, pues siempre aduje que hacerlo podía poner en apuros al amigo que me invitaba, de buena fe, a participar en aquellos eventos; un argumento que tenía como respuesta la de que no darlo a conocer públicamente compromería mi responsabilidad política y mi compromiso con los intereses de América Latina y el Caribe. Que no podía rehuir mi responsabilidad de compartirlo con todo el mundo, porque de ponerse en ejecución, las consecuencias negativas para la región serían catastróficas, pues se rompería el orden institucional y democrático que traerían el caos, el desmonte de las conquistas sociales, políticas y económicas alcanzadas a fuerza de luchas desgastantes con víctimas de todo tipo, sobre todo mortales.

Plan Cóndor y Plan Atlanta: episodios históricos distintos

Para referirse a la persecución de que están siendo objeto los líderes de las izquierdas o progresistas latinoamericanos, se habla con frecuencia de la “contra ofensiva conservadora”, realidad innegable, o “Nuevo Plan Cóndor”, sin reparar con esto último, en detalles de orden económico, social y político que, en su dinámica, van creando coyunturas a raíz de las realidades materiales que produce la mecánica de la dialéctica en su constante avance en ciclos, muchas veces parecidos, pero que no siempre son iguales, como veremos más adelante. Esta es razón más que suficiente para que no se confunda la enfermedad y se puedan buscar remedios apropiados.

El propósito del Plan Cóndor, puesto en operación en la década de 1970 y extendido hasta los años que comprendieron el próximo decenio, se orientaba a impedir que las fuerzas

revolucionarias de América Latina, específicamente en Sudamérica, alcanzaran el poder para administrar el gobierno de los Estados desde una óptica popular que no necesariamente estaba llamada a emular el proceso revolucionario cubano, sino que éste sirvió de fuente de inspiración para organizar proyectos con ideas transformadoras que respondieran a la realidad económica, política, social y hasta cultural de cada país.

La Guerra Fría fue el marco que sirvió de soporte a una colaboración siniestra, dirigida por los Estados Unidos y en la que participaban las dictaduras de América del Sur para vigilar, perseguir y aniquilar a los opositores, sin importar que fueran revolucionarios o defensores del esquema de democracia representativa al estilo occidental, la que reclamaba el respeto a la soberanía, defensa de sus recursos naturales y fortalecimiento de una burguesía nacional que se convirtiera en clase gobernante.

La vigilancia a los opositores se garantizaba no importando el país en que se encontraran, porque todos los exiliados, uno de los recursos de persecución política, eran seguidos día a día por los aparatos de inteligencia de los regímenes, todos dictaduras sustentadas por los Estados Unidos para garantizar el control geopolítico y comercial. Pero cuando pisar los talones no se consideraba suficiente, la tortura entraba en escena; constituía un método “eficaz” para obtener información si se seguían las instrucciones de los manuales que para esos fines redactaban los estadounidenses en la Escuela de las Américas que operaba en Panamá.

A veces la naturaleza salvaje de los torturadores se imponía a las recomendaciones de los manuales y el torturado moría. Las mujeres eran violadas sexualmente y sometidas a toda suerte de humillaciones; los hombres transitaban por un oscuro túnel sangriento, lleno de dientes sueltos, de carne rota y mallugada, huesos quebrados, pulmones reventados, uñas extraídas al calor de los

insultos y todo el manto de cruentas obscenidades que servía de antesala al patíbulo.

Los síntomas de debilitamiento del bloque soviético y el asomo del fin de la Guerra Fría fueron poniendo punto final al Plan Cóndor. La unipolaridad que se impondría posteriormente, sumado a la desorientación y pérdida de referentes de las izquierdas, desmovilizaron a las fuerzas progresistas, que lograron reactivarse gracias al fracaso de las políticas que implementó el capital mundial, a la luz de la arrogancia de su victoria frente a las llamadas democracias populares.

El fiasco que representaron las políticas neoliberales permitió el ascenso al poder de las fuerzas progresistas que comenzaron a gobernar en favor de las grandes mayorías, lo que devino en el apoyo continuo en las urnas. Estos sucesivos éxitos electorales trajeron la trama conservadora de sacar del poder al progresismo por vía no electoral; recurriendo al descrédito mediático del liderazgo que representa estas fuerzas para luego convertir la ofensiva de los medios de comunicación en procesos judiciales.

Aunque a esta trama se le llame el Nuevo Plan Cóndor, lo cierto es que sus características la alejan de aquella coordinación infausta, pues su sutileza y la forma en que se concibió en Atlanta, le dan una personalidad distinta y propia que nos hace recurrir a la afirmación de Carlos Marx en el XVIII Brumario de Luis Bonaparte en la que expresó, refiriéndose a lo dicho por Federico Engels, de que los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen como si dijéramos dos veces, que se olvidó agregar que una vez como tragedia y otra vez como farsa, cuestión que se explica si atendemos a analizar los procesos políticos partiendo de los procesos sociales, los que a su vez se generan en la forma que producimos las riquezas, y éstas determinan,

dependiendo de su distribución, el equilibrio de las fuerzas de la sociedad que marcan la dinámica de los hechos históricos.

Ya antes de la afirmación de Marx, y por supuesto, sin recurrir al materialismo histórico para analizar los fenómenos políticos y sociales, el filósofo italiano Giambattista Vico sostenía que la historia no avanzaba de manera lineal bajo el impulso del progreso, sino en ciclos repetidos que implican adelantos y retrocesos; aunque aclaró que la reaparición de un ciclo llega con nuevo signo. Dicho de otra manera, sostenía que ciertos períodos históricos tienen características semejantes entre sí, pero insistía en que variaban en detalles, y eso lo determina, como ya he dicho, la personalidad de cada momento histórico signado, vuelvo a insistir, por la forma en que se producen las riquezas.

Viéndolo desde esta óptica, el atraso de las fuerzas productivas marcado por el escaso desarrollo capitalista en toda América Latina, no podía producir sociedades como la estadounidense o como algunas europeas, sobre todo aquellas que a tiempo salieron de las monarquías absolutas y pudieron avanzar hacia sociedades estructuradas bajo un orden jurídico estable en donde la clase gobernante impedía el surgimiento de caudillos o dictadores que desafiaran el ordenamiento hecho de acuerdo a sus intereses y beneficio.

Los caudillos y dictadores llenaban el vacío de esa inexistente clase gobernante, que sí fue clase dominante, dirigida por gobiernos como el de los Estados Unidos o Inglaterra que aprovechaban las debilidades institucionales propias del escaso desarrollo capitalista para sostener o promover déspotas que garantizaran la presencia de sus empresas, que en la práctica y junto a los embajadores, constituían el verdadero poder político que movía la inmensa maraña de hilos que servían para dar vida a los títeres en el gran teatro que permitía la operación de un plan como el

Cóndor, cuyas características le impedirían operar en la actual sociedad latinoamericana.

Y es que, si bien es cierto que nuestra región no ha alcanzado los niveles de desarrollo como el de los Estados Unidos, las fuerzas productivas han avanzado con relación a los años que comprendieron las décadas de los 70 y 80. Pero además, el avance de la ciencia de la comunicación y la información, el empuje y afianzamiento de la era digital, el acercamiento de las sociedades a nivel planetario, la expansión del conocimiento y el acceso a la educación, y el asomo de la revolución de la inteligencia artificial, hacen imposible el resurgimiento del Plan Cóndor, aquella expresión cavernaria de una época marcada por la ignorancia, que aunque persiste, no se acerca a lo que fue.

Los conservadores hoy día no pueden recurrir a la sangre de forma franca y abierta como lo permitía el Plan Cóndor, por ello el Plan Atlanta ha venido a ser la alternativa para recuperar el poder sin votos, haciendo un uso inescrupuloso de los medios de comunicación, la mayoría de los cuales controlan dejando a las fuerzas populares una invisible minoría, para de allí dar el salto a la “justicia” con el propósito de matar políticamente a los que se atrevieron a desafiar su largo, inexpugnable y prepotente dominio.

Esta edición de *La izquierda democrática en América Latina* consta de una tirada de 1,000 ejemplares y se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2017, en Santo Domingo, República Dominicana.

